



ROBINSON MEXICANO

LECTURAS DE ECONOMÍA POLÍTICA

PARA LAS
ESCUELAS DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA SUPERIOR



POR
CARLOS DÍAZ DUFOO

*Profesor adjunto,
por oposición, de la Cátedra de Estadística é Historia del Comercio
de la Escuela Nacional de Comercio*



MÉXICO

J. BALLESCA Y C.², SUCESORES, EDITORES
San Felipe de Jesús, 572



ROBINSÓN MEXICANO

ROBINSON MEXICANO

LECTURAS

DE

ECONOMÍA POLÍTICA

PARA LAS

ESCUELAS DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA SUPERIOR

POR

CARLOS DÍAZ DUFOO

Profesor adjunto,

*por oposición, de la Cátedra de Estadística é Historia del Comercio
de la Escuela Nacional de Comercio*



MÉXICO

J. BALLESCÁ Y C.^ª, SUCESORES, EDITORES

San Felipe de Jesús, 572

*Reservados los derechos de propiedad
conforme á la ley.*

Al Licenciado

DON JOAQUÍN D. CASASÚS

*Director de la Escuela
Nacional de Comercio.*

Junio 17 de

1909

Roberto L. Ozano

— La enseñanza debe estar de acuerdo con los deseos y gustos de los niños. — Las lecciones deben partir de lo concreto para pasar á lo abstracto. — La enseñanza debe ser en pequeño la repetición de la historia de la civilización.

H. SPENCER, *La Educación*.

— Un programa completo de instrucción no debiera pasar de veinticinco líneas, de las que deberían consagrarse algunas á decir que el alumno no debe estudiar de cada ciencia sino un pequeño número de nociones, pero conocerlas á fondo.

DR. GUSTAVO LE BON, *Psicología de la educación*.

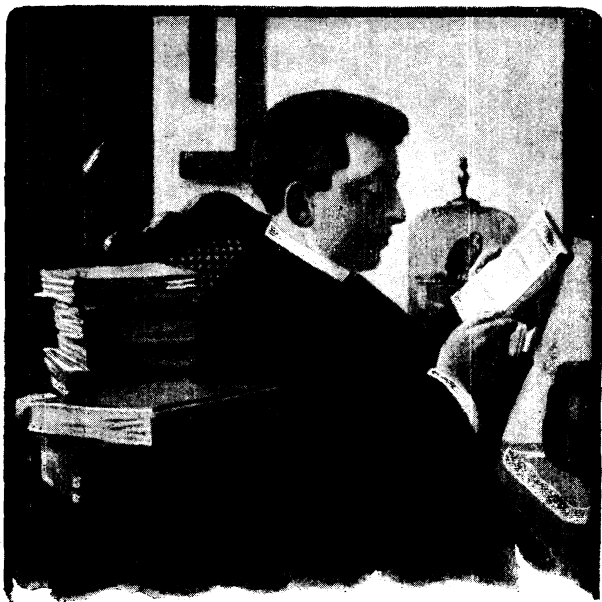
CAPITULO PRIMERO

No hace muchos años que vivía en Mazatlán un excelente matrimonio, con un hijo único, como de quince años de edad.

El padre, marino en su juventud, se había retirado á aquel tranquilo puerto del Pacífico, con una pequeña fortuna que, empleada en *negocios agrícolas y comerciales*, le proporcionaba una *renta* suficiente para atender á su esposa y á su querido Juan, que así se llamaba el niño. Era el padre un hombre sumamente ilustrado, al que sus viajes y penalidades habían dado una gran experiencia, que procuraba transmitir en consejos y advertencias al jovencito, protagonista de este relato.

La madre, tierna y amorosa, consagrada exclusivamente á las atenciones de su hogar, procuraba secundar á su esposo en la tarea de educar á Juanito.

Era éste un muchacho inteligente, simpático y aplicado. Desgraciadamente, estas cualidades estaban en buena parte opacadas por el defecto de dejarse arrebatar frecuentemente por la *imaginación*, á la que no oponía el correctivo de la *voluntad*.



Le gustaban extraordinariamente todas las *lecturas*.

Le gustaban extraordinariamente todas las *lecturas*; pero prefería, sin embargo, las que narraban aventuras maravillosas, en las que lo fantástico desempeñaba el papel más importante.

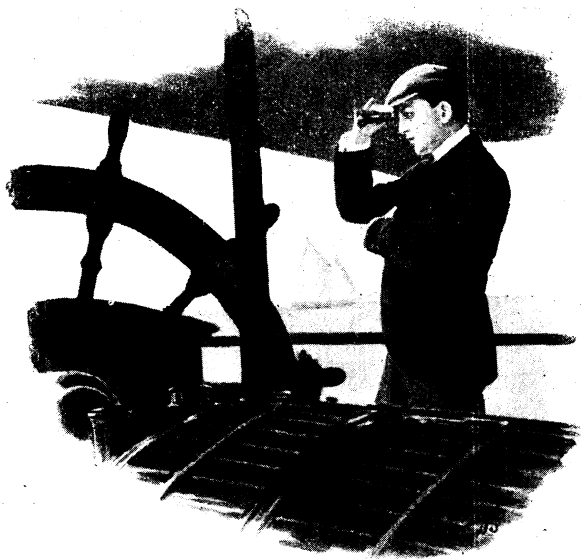
Fué fortuna que en sus manos cayeran narraciones tan interesantes como el *Robinson* de Daniel Foe y la *Isla Misteriosa* de Julio Verne, pues en ambas, al par que se ponen de resalto la *constancia* y la *energía* humanas, se dan á conocer algunas nociones de ciencias físicas y naturales, hábilmente disimuladas en la amenidad de la narración.

Así iban pasando felizmente los años, sin que el menor contratiempo viniera á turbar la paz de aquella casa. Un día, sin embargo, huyó de ella la dicha para no volver jamás. Enfermóse gravemente el padre y, sin que le valieran los remedios de la ciencia ni los cuidados de su esposa, exhaló el último suspiro. La desdichada viuda no tardó en seguir al sepulcro al compañero de su vida, de suerte que en pocos meses el niño quedó huérfano, al amparo de un tutor, que al mismo tiempo que de la criatura, se hizo cargo de la regular fortuna que Juan había heredado.

Era el tutor un individuo de carácter áspero, rudo y á ocasiones hasta brutal y despiadado. Con esto decimos ya que para el pobre jovencito comenzó una existencia llena de angustias y sinsabores, pues aquel hombre cruel llegó hasta á golpear á la criatura. Por último, un día le maltrató de tal manera, que el niño resolvió abandonar aquel lugar de sufrimientos. Y he aquí cómo realizó su propósito:

Sabido es que en la bahía de Mazatlán anclan frecuentemente algunas embarcaciones que hacen la

travesía de este puerto mexicano al de San Francisco de California, en los Estados Unidos del Norte. Juan resolvió aprovechar uno de estos buques para alejarse de su patria, y con algunos ahorros que había logrado realizar compró un pasaje y, sin despedirse de nadie, se hizo á la mar una hermosa mañana en la que hasta el cielo, de un azul purísimo, parecía evocarle el recuerdo de sus días felices.



Quedó Juan encantado...

Quedó Juan encantado de la travesía, que fué excelente hasta San Francisco. Desgraciadamente, los pocos fondos de que nuestro joven disponía, se ha-

bían con mucha rapidez agotado, y no veía, por lo tanto, la posibilidad de proseguir su viaje.

Quiso, sin embargo, la que él consideró por el instante su buena suerte, que el contraamaestre de uno de tantos barcos que hacen la carrera de San Francisco á los puertos chinos, tropezara con nuestro joven, una tarde en que Juan contemplaba desde el muelle, con mirada de envidia, las embarcaciones listas para levar anclas. Aquel hombre, viejo lobo de mar, sorprendió muy fácilmente el pensamiento que preocupaba al niño, y como entre sus muchos negocios, más ó menos ilícitos, estaba el de contratar jóvenes fuertes y robustos, como era Juan, para las maniobras del barco, al menor precio posible, se dirigió al expatriado y con mucha maña logró embaucar al chico, que sin darse cuenta de ello, entró á formar parte de la tripulación de un gran navío que debía dejar á San Francisco algunas horas más tarde.

Partió el vapor, en efecto, y desde el primer momento comprendió nuestro joven la torpeza que había cometido. ¡Qué rudas y ásperas eran las tareas que se vió obligado á desempeñar! Mal alimentado, durmiendo en el fondo de una bodega, Juan sufría, además, el maltrato de palabra y de hecho del contraamaestre y de los marineros, que no le dejaban descansar un momento.

Entretanto proseguía la navegación sin el menor incidente. Más de quince días habían transcurrido,

con un hermoso tiempo, cuando al comenzar la tercera semana, se inició un brusco cambio en el Océano: las aguas, que hasta entonces habían ofrecido la tersura de un espejo, comenzaron á alterarse profundamente, para elevar al cabo las olas tan alto como montañas; se levantó un viento furioso, y la embarcación, juguete de los elementos, concluyó por marchar sin rumbo fijo, en medio de aquella espantosa tormenta.

Así transcurrieron un día y otro y otro más, é inútil es decir la aflicción de Juanito, que ya consideraba que había llegado su hora postrera.

La noche del tercer día, la tempestad parecía hallarse en su mayor fuerza; el barco giraba sobre sí mismo á impulsos de las ráfagas, ó se precipitaba desde una tremenda altura con violencia vertiginosa. Por último, ya casi al llegar la madrugada, se produjo un terrible choque. La embarcación había tropezado con un escollo, indicio de que se encontraba en las cercanías de la tierra, y la violencia del golpe fué tal, que abrió el casco del buque como si se tratara de una cáscara de nuez.

La tierra estaba, en efecto, muy cercana; se divisaba la playa, abierta en forma semicircular, sembrada de arrecifes. Pero una imponente cadena de olas separaba á los náufragos de aquella tierra. El buque, encallado en las rocas, se encontraba en la imposibilidad de avanzar una pulgada.

Por último, una ola más furiosa que las otras, se

desplomó sobre el navío, que, envuelto en aquel remolino, desapareció inmediatamente.

Juanito sólo tuvo tiempo para afianzarse de un



...arrastrado por la corriente...

remo, que, sin saber cómo, se encontró en sus manos. Rodó sobre aquella avalancha de agua, arrastrado por la corriente, que acabó por arrojarlo, sin conciencia, y casi sin vida, sobre la playa.

CAPÍTULO II

SUMARIO. — Necesidades; necesidades corporales y del espíritu. — Ventajas de la vida social; la cooperación. — Objeto de la vida en sociedad: bienestar de cada uno y de todos los hombres asociados. — Utilidad: por qué se llaman objetos útiles. — Riqueza y pobreza. Lo que constituye una y otra. — Riquezas naturales y riquezas económicas. Dones gratuitos. — Producción; su objeto.

Cuando Juan volvió de su desmayo, estaba muy adelantada la mañana. Repentinamente, la tragedia de la noche anterior, en todos sus variados cuadros, se presentó á la imaginación del pobre náufrago: la extraordinaria violencia de la tormenta, la lucha de la embarcación contra los elementos, y, por último, el choque del buque contra los arrecifes. Entonces, hondamente conmovido por aquellos recuerdos, dirigió al horizonte sus miradas; en la amplia extensión del mar no se distinguían sino restos del naufragio: remos, tablones, cuerdas, pero ni un solo cadáver. Juan creyó que los habría arrastrado la corriente, ó que tal vez sus compañeros de infortunio hubiesen

tenido la misma suerte que él, y encontrado salvación á alguna distancia en aquella misma costa.

Juan pensó que tendría tiempo de averiguar lo que había sido de ellos, y que por el momento era justo que se preocupase de sí propio. Le atormentaba una violenta sed, no era menor su hambre; sus vestidos, empapados, reclamaban ser cambiados por otros. Estas eran *necesidades* que debía satisfacer. Como otra *necesidad* era la de procurarse un albergue, que lo amparase de la intemperie y de los ataques de los animales dañinos; otra, la de proporcionarse alumbrado, ropa interior, calzado y otra multitud de objetos. Y tras las *necesidades del cuerpo*, venían *las del espíritu*: la de comunicarse con sus semejantes, la de proveerse de lecturas útiles y agradables, y otra porción más que distinguen á la gente que *vive en sociedad* en una época de civilización muy avanzada.

Desgraciadamente, el náufrago no veía en torno suyo el menor indicio de que aquella tierra se encontrara habitada. La playa que lo había recogido se extendía al pie de una cadena de colinas bajas, cubiertas en su parte superior de espesos bosques; pero ni en la playa ni en las colinas se descubría casa, choza ni construcción alguna que atestiguara la presencia de los hombres. En los campos no se veía tampoco ninguna señal de que la tierra hubiese sido labrada. Nuestro protagonista pensó que internándose en aquel país, descubriría algún lugar po-

blado, y con este objeto se propuso escalar aquellas colinas.

Conforme iba avanzando en su camino, mil ideas desconsoladoras lo asaltaban. ¿Qué sería de él, si aquella comarca se encontrase completamente deshabitada? Entonces comprendió todas las ventajas de vivir en *sociedad*, pues que en la vida social cada hombre contribuye á satisfacer las necesidades de los demás y todos juntos, unidos en *intereses* y as-



...encontró un pequeño lago...

piraciones, trabajan en común para que cada individuo satisfaga esas necesidades. Esto es lo que se llama *cooperación*, porque cada individuo coopera al *bienestar* de todos y todos *cooperan* al *bienestar* de cada uno.

En tanto, Juan seguía subiendo á través de grandes bóvedas de verdura, formadas por corpulentos árboles. No había caminado media hora, cuando quiso su buena suerte que tropezara con un arroyo en el que pudo calmar su sed. Algo fortificado, prosiguió su ascensión, siempre hacia la cúspide de las

colinas, desde donde pensaba descubrir algún indicio de habitaciones humanas. Antes de llegar al término de su camino, encontró un pequeño lago de agua cristalina, mantenido, indudablemente, por algún manantial interior. Poco faltaba para escalar la más alta cima de aquella pequeña sierra, y llamando en su auxilio todas sus fuerzas, acabó por alcanzar el término de su viaje.

Lo que allí le esperaba era aterrador; no sólo no descubrió ningún vestigio de habitación, sino que tendiendo sus miradas al rededor de aquella altura, únicamente vislumbró por todas partes la curva prolongada de las aguas. Así, pues, se encontraba solo en una isla desierta.

¡La desesperación que se apoderó del náufrago no es para descrita! Se hallaba completamente aislado de los demás hombres, ninguno podría socorrerlo, ninguno ayudarlo, aconsejarlo ni atenderlo! Y ante tal idea, Juan creyó que había llegado su última hora, ya que por sí solo no podría conjurar ni destruir todos los peligros que amenazaban su existencia.

En medio de la rudeza de aquel golpe, Juan comprendió que necesitaba toda su energía, si había de vencer, como lo deseaba, todas las dificultades y los riesgos de su triste situación. Y como el hambre lo seguía martirizando, resolvió bajar á la playa, para ver si encontraba en ella algunos mariscos que pudieran servirle de alimento. Fácil le fué desprender

de las rocas algunas docenas de ostras, que repararon sus agotadas fuerzas.

Cada vez más dueño de sí mismo, se propuso buscar un lugar á cubierto en el que pasar la noche.



... se deslizó en el interior de la cueva...

No tardó en descubrir entre los peñascos que, en una parte de la isla, limitaban la playa de los montes, la boca de una cueva. El náufrago, sin embargo, vaciló mucho antes de introducirse en aquella abertura. Posible sería que aquella fuese la guarida de alguna fiera, que hiciese pagar á Juan con su vida

la audacia de haberse atrevido á molestarla. Por último, silenciosamente, y con las mayores precauciones, se deslizó en el interior de la cueva, en la que reinaba obscuridad completa.

Poco á poco, sus ojos se acostumbraron á las tinieblas y le fué posible estudiar detalladamente las condiciones de su nueva habitación. Era una especie de gruta como de seis á ocho metros de profundidad, y aunque la boca era estrecha, iba ensanchándose en el interior hasta alcanzar unos tres metros. Resuelto estaba Juan á escogerla por domicilio, á falta de otro mejor; pero volvió á asaltarle la idea de que pudiera servir de albergue nocturno á algún animal carnívoros, que ausente en el día, tornara á la gruta tan pronto como la luz desapareciera del horizonte.

— ¡Ah! pensaba el infeliz. ¡Si al menos tuviera una escopeta, un machete, un hacha, algo con que defenderme!

Pero es verdad que con estos objetos, Juan hubiese deseado tener á su disposición otros no menos indispensables: martillo, clavos, cuchillos, platos... Y así iba pasando de unos á otros, hasta completar todos los que posee un hombre civilizado. Entonces comprendió Juan que todos esos objetos *útiles*—*útiles* porque sirven para *satisfacer necesidades*—constituyen la *riqueza* de un individuo, como la de una sociedad. Así, un individuo (ó una sociedad) será tanto más *rico* cuanto mayor número posea de esos objetos, y tanto más *pobre*, conforme menos tenga

á su disposición. Por eso Juan, al carecer de los más indispensables, era más pobre que el último de los pobres que tiende la mano en una ciudad populosa.

A punto estaba de entregarse nuevamente á la desesperación, cuando pensó que si era cierto que no poseía ninguno de tales objetos, podía llegar á *producirlos*, aplicando su *trabajo* y su inteligencia á los dones que *gratuitamente* le proporcionaba la naturaleza. Era evidente que en la isla habría de encontrar frutas, raíces, semillas, y otra porción de *riquezas naturales* que el hombre *transforma*, convirtiéndolas en *riquezas económicas*. Así, pues, no se trataba sino de *producir* la mayor cantidad posible de objetos ó *productos* destinados á satisfacer también el mayor número posible de necesidades. Tal es, precisamente, el *objeto* de la *producción*.

Juan salió de la gruta con la decisión de instalarse en ella, tomando, no obstante, todas las precauciones que estuvieran en su mano. Sabía que el mejor modo de alejar á las fieras, si por acaso las había en aquellos parajes, era encender una hoguera, tal como lo había leído en las narraciones de viaje. Pero, para encender una hoguera, lo primero que el naufrago necesitaba era fuego é ignoraba cómo procurárselo. En vano buscó en sus bolsillos, por ver si en ellos tropezaba con alguna cerilla que por casualidad se hubiera quedado olvidada; no encontró ninguna. Trató entonces de extraer chispas hiriendo un pedazo de pedernal que encontró entre la inmensa va-

riedad de piedras que á su paso hallaba, con la hebilla de su chaleco; no obtuvo feliz resultado. Por último, ensayó el sistema de frotar dos pedazos de madera seca, sin alcanzar mejor éxito.

Dejó, pues, la cuestión de fuego para más adelante, y trató, por el momento, de valerse de otros medios que impidieran, durante la noche y mientras dormía, la aproximación de huéspedes peligrosos á lo que ya consideraba «su casa»; pero como los medios eran muy limitados, no le ocurrió nada mejor que estorbar la entrada de la gruta, una vez que estuviera dentro, con ramas y plantas, improvisando de esta suerte una barrera, muy débil, es verdad, pero al cabo barrera, que después destruiría en la mañana.



Media hora más tarde...

Otra idea le ocurrió, y fué la de fabricarse una cama con musgo seco y yerba, que afortunadamente había en abundancia en los huecos de las peñas, y al pie de los grandes bosques de las montañas. Decidió emprender la excursión á los «Bosques», como en lo sucesivo llamó á la región montañosa de «su isla»; pero, antes, y como la noche no tardaría en llegar, á juzgar por la prisa que tomaba el sol en

ocultarse, se encaminó nuevamente á los arrecifes y desprendió algunas otras docenas de ostras, que destinó para su cena.

Media hora más tarde, Juan se encontraba de regreso en la gruta, con un enorme cargamento de musgo, yerbas y ramas. Bien había trabajado el náufrago durante aquel día; ¡pero con cuánto gozo veía el *resultado* de sus *esfuerzos* destinados á mejorar la triste condición de soledad y desamparo en que se encontraba!

Mas ¡ay! que conforme iba desapareciendo la claridad del día, el infeliz niño comenzaba á sentir que le faltaba el ánimo. ¡Cuánto hubiera dado por tener á su lado una luz cualquiera, por más que fuese de la más miserable bujía! Y es que la luz constituye otra de las *primeras necesidades*.

En la obscuridad más completa, se despojó de sus vestidos, que sus excursiones á los «Bosques» habían acabado por secar en su cuerpo, y se acomodó lo mejor que pudo en su improvisado lecho, en el que, rendido por el cansancio, el temor y la tristeza, acabó por dormirse profundamente.

Y así pasó su primera noche en la Isla, nuestro joven «Robinsón Mexicano».

CAPÍTULO III

SUMARIO — El primer factor de la producción: la tierra. — Elementos y fuerzas naturales. Lo que produce la tierra: producción vegetal y producción mineral. — El suelo y el subsuelo. — Cómo el hombre utiliza la producción de la tierra. — Las materias primas y su transformación. — Otros elementos naturales favorables á la producción de la tierra: las lluvias; las corrientes de agua; el clima.

¿Por qué ha madrugado tanto el buen Juan esta mañana, cuando, meses atrás, su cariñosa madre había de llamarlo cuatro ó cinco veces y ya el sol estaba muy avanzado en su carrera antes de que se resolviera á dejar el lecho? Es que entonces el niño no tenía que preocuparse por su vida, mientras que ahora él y ninguno más que él debe atender á ella. Y tarde se le hacía por reconocer nuevamente «su isla», con más atención y detenimiento, con objeto de conocer pormenorizadamente todos los *elementos* y todas las *fuerzas* que la naturaleza ponía á su disposición para la gran tarea que se había propuesto.

Así, después de haberse desayunado ligeramente, con el mismo alimento que el día anterior, se encaminó á los «Bosques», dispuesto á hacer un *inventario* de esas *fuerzas* y de esos *elementos* para tratar de servirse de éstos y de aquéllas en su propio provecho.

Eligió Juan el mismo camino que la víspera, y muy pronto se encontró en medio de la montaña, rodeado por una red impenetrable de árboles y plantas. Fijándose atentamente en aquéllos, acabó por descubrir algunos que le eran bien conocidos, y cuya vista le proporcionó una inmensa alegría. El primer árbol que atrajo sus miradas, fué un enorme plátano con anchas hojas de un verde tierno que apenas ocultaban grandes racimos de la sabrosa fruta. Tomó el niño algunas piedras y haciendo puntería, acabó por derribar uno de aquellos racimos. Nunca le había parecido tan agradable y substanciosa aquella fruta. Así, la naturaleza le proporcionaba un nuevo alimento que agregar al que hasta entonces había tenido á su disposición.

Juan recordó entonces lo que su viejo maestro de escuela de Mazatlán le había dicho en más de una ocasión acerca del poder nutritivo del plátano, que hace de él un *alimento completo*. Recordó también que, refiriéndose al sabio barón de Humboldt, su educador aseguraba que el plátano verde contiene la misma *substancia nutritiva* que el trigo y el arroz, y que en algunas comarcas del continente americano

esta fruta constituye el principal, si no el único alimento de los habitantes.

Algunos metros más adelante, se alzaba un gigantesco cocotero, que asimismo presentaba algunos gruesos ejemplares de su característica fruta. No fué menor la alegría que Juan experimentó al tropezar con este viejo amigo. Nuestro Robinson pensó que los cocoteros, que en número bastante considerable crecían en aquella parte de los «Bosques», no sólo le procuraban otro nuevo manjar, sino que podían de igual modo proporcionarle una multitud de servicios. Con las cortezas de la fruta podría fabricar tazas en las que recoger y guardar



... un gigantesco cocotero...

el agua; substituiría ventajosamente con las barbas, el musgo y las hojas secas que durante la noche pasada le habían servido de lecho, y acaso lograría extraer aceite para alumbrado, como recordaba ha-

ber leído que hacen algunos pueblos de la India, el día en que hubiese llegado á obtener fuego.

Otra gran variedad de árboles crecía en aquella porción de la isla. Algunos de ellos hubieran proporcionado á nuestro héroe excelente madera de construcción, si hubiera contado con *herramientas* para hacerlos venir al suelo y labrarlos. Por desgracia Juan no poseía, como ya sabemos, uno solo de tantos *útiles* de todos los que han servido al hombre para simplificar y dar mayor fuerza á su *tarea manual*.

Por último, un centenar de pasos más allá, tropezó Juan con una planta cuyo tallo se formaba de muchas hebras, á semejanza del lino ó del cáñamo. Indudablemente con aquellos *filamentos*, tejidos con cuidado, podría obtenerse un *lienzo*, más ó menos fino, pero de todos modos muy útil para la confección de ropa blanca. ¿No proporciona asimismo otra planta, el *algodón*, otras *telas* destinadas á las *necesidades de vestido* de la especie humana? Ya se veía Juan tejiendo sus propias camisas, cortándolas y cosiéndolas, como si en su vida hubiese hecho otra cosa. Pero el náufrago olvidaba que para llevar á cabo este trabajo, le eran indispensables infinidad de objetos que no poseía: tijeras, agujas, dedal... Así, la naturaleza proveía de sus dones gratuitamente al hombre, pero éste utiliza esos dones con sus *inventos*, resultado de su trabajo y de ingenio.

Prosiguiendo su camino, el Robinsón Mexicano

concluyó por encontrar el arroyo que la tarde anterior había calmado su sed. Siguió nuestro jovencito el curso de aquella corriente, hasta dar con su origen, que no era otro sino el de un manantial que entre unas peñas brotaba, formando una especie de remanso de agua limpia y transparente que dejaba ver el fondo, sembrado de piedras blancas. A juzgar por la lozanía de la vegetación en ésta y en otras partes de la isla, debían en ella abundar los manantiales y riachuelos como el que á su vista corría; lo que no dejaba de agradar á Juan, que demasiado sabía que el *agua* es el *primer elemento* de la *agricultura*, es decir, de la *producción de la tierra*.

Al rededor del remanso que formaba el manantial antes de encauzarse, se extendía una amplia pradera tapizada de un crecido *pasto*. Podía en él encontrar alimento un gran *rebaño*. ¿Pero existían animales en la isla? Juan no había visto hasta aquel momento ninguno, pero era indudable que sí los habría, cuando aquella tierra les proporcionaba en abundancia todos los elementos necesarios á su mantenimiento.

En aquel instante, y como en respuesta á la pregunta que acababa de hacerse, una tupida bandada de gallinas silvestres cruzó por encima de su cabeza. Juan pensó que podría tal vez, lanzando alguna piedra, hacer caer una de aquellas aves; pero lo detuvo la idea de que careciendo de fuego para condimentarla, sería un sacrificio completamente inútil. Pero en donde hay aves hay huevos, y éstos sí que se

encontraba dispuesto á comerlos en su natural estado, sin otros aderezos que los de su apetito. Y dicho y hecho. Procuró observar el paraje en donde se refugiaban las aves y no tardó en descubrir que iban á ocultarse tras de unos matorrales, al pie de



...los guardó cuidadosamente...

un grupo de rocas. Llegóse á aquellos matorrales, con lo que alborotadas las gallinas tendieron nuevamente el vuelo, no sin dejar al descubierto una gran cantidad de nidos con su abundante provisión de huevos. Nuestro Robinsón probó unos cuantos, que le supieron al más delicado de los manjares, tomó como una docena de los que quedaban y los guardó

cuidadosamente para su comida de aquella tarde, en los bolsillos de su saco, entre un puñado de yerbas.

Cada vez más animado continuó Juanito su camino, que, ya con mayor calma que el día anterior, observó cómo comenzaba á transformarse, á medida que subía hacia las cimas de las montañas. Poco á poco el terreno se hacía más pedregoso, más desprovisto de vegetación, más áspero y erizado de rocas. Así llegó á las orillas del lago, que la víspera había apenas vislumbrado. Era un vasto depósito de agua, limitado por murallas de granito, que en la parte de la montaña que caía sobre la playa, sobrepujaba solamente algunas pulgadas al nivel de la superficie. Creyó, como la vez anterior, que aquel depósito ó vaso de agua estaba alimentado por algún manantial interior. En cuanto al desagüe, no tardó mucho en encontrar un pequeño canal natural por el que el líquido corría con apresuramiento, para fraccionarse más abajo en pequeños hilos, que huían locamente hasta perderse bajo las frondas de los «Bosques».

Y siguió ascendiendo Juan. Y á medida que ascendía, el terreno se iba haciendo más abrupto y rocalloso. ¿Cómo, la víspera, tras las fatigas del naufragio, había podido llegar Juan hasta aquellas alturas, sin darse cuenta de ello, sin experimentar mayor cansancio que el que ahora, más repuesto y alentado, experimentaba? Robinson pensó que esto, sin duda alguna, se debió á la prisa que tenía por

encontrar un auxilio, esperanza infinitamente más poderosa que las fatigas del cuerpo.

Conforme iba avanzando, se fijaba más atentamente Juan en la cantidad de piedras y fragmentos



Recogió varias y las examinó...

de roca con que tropezaba á cada paso. Le pareció que algunas de ellas contenían *minerales* de distintas clases. Recogió varias y las examinó con la atenta y sagaz mirada del habitante de un país esencialmente minero, como es México. En unas creyó encontrar indicios de *carbón de piedra*, otras se le antojó que

contenían cantidades muy apreciables de *hierro*, y no faltaron algunas en las que pensó descubrir *leyes* de *plata* y *oro*. Así, pues, era posible que aquella isla, no sólo encerrara abundantes *riquezas vegetales*, sino también *minerales*, y así como su *suelo* ofrecía grandes elementos de *producción agrícola*, su *subsuelo* no los presentara menores de *producción minera*. En ese subsuelo estaban acaso encerrados los *metales* que el hombre emplea para satisfacer sus necesidades. Pero ¡ay! que así como para hacer una camisa Juan carecía de los útiles indispensables, así también para obtener aquellos *metales* y transformarlos en *herramientas*, *aparatos* y *utensilios* de toda clase, le era indispensable otra multitud de *aparatos*, *herramientas* y *utensilios* de que carecía totalmente.

Entonces Juan comenzó á comprender lo que el hombre debe á la *tierra*, puesto que ella es la que proporciona todas las *materias primas*, es decir, las substancias con que se *elaboran* los objetos ó productos indispensables á satisfacer necesidades. De la tierra se obtienen todas las semillas y los vegetales que constituyen el alimento de la especie humana; la tierra procura pasto á los animales que se comen ó utilizan en las faenas domésticas; de la tierra sacamos los filamentos que sirven para tejer nuestros vestidos, las maderas que empleamos en la construcción de casas, muebles, embarcaciones, etc., etc., los metales para la fabricación de herramientas y ma-

quinaria, puentes, locomotoras, así como también para los objetos de lujo y adorno.

Juan vió que todo lo que contribuye á conservar la existencia proviene *directa ó indirectamente* de la tierra. De esta suerte, la *tierra* es el primer *elemento* de la *producción*, la primera *fuerza* productora de *riquezas*.

Nuestro joven Robinsón no ignoraba, sin embargo, que para que las *materias primas* broten y se desarrollen, son indispensables otras *fuerzas* y otros *elementos* que activan la energía productora de la tierra: la composición de cada terreno, la cantidad de lluvia que cae sobre él, el calor que absorbe, etc., etc. Muchas veces había oído decir Juan á su padre, que poseía una hacienda, que las cosechas se habían *perdido* por *falta de agua*, que la *sequía* ocasionaba una gran mortandad en el *ganado* ó que una helada había agostado las *sementeras*. Todo esto le hacía entender que á la tierra le es indispensable para producir, el concurso de estas circunstancias, y que sin ellas permanecería *infecunda*. De esta suerte, las lluvias y el clima son *elementos* que forman parte de la riqueza de las naciones.

Respecto del clima, Juan veía que el que reinaba en «su isla» era á propósito para hacer crecer en ella una gran variedad de plantas. ¡Cuán triste y miserable hubiera sido su situación si se encontrara en una de esas comarcas en que la tierra está la mayor parte del año cubierta de hielo ó en alguna otra

de calor abrasador y suelo arenoso, en que no hubiese arraigado la vegetación más raquítica! Nuestro Robinson pensó entonces que, en medio de sus desdichas, aun debía considerarse como muy feliz al hallarse en un país que reunía todas las condiciones propias para la vida.



...se encontraba en una isla...

Discurriendo de esta suerte, Juan escaló, al cabo, la más alta cúspide que el día anterior le había servido para darse cuenta de su soledad. Una rápida mirada en torno suyo le bastó para convencerse de que no se había engañado la víspera: era cierto que se encontraba en una isla, absolutamente solo, aislado del resto de la humanidad por la vasta extensión de los mares.

CAPITULO IV

SUMARIO. — La tierra, primer factor de la producción (continúa). — La configuración geográfica y sus consecuencias para la riqueza de las naciones. — Vías de comunicación (fluviales y terrestres). — Ventajas de las comarcas situadas á orillas del mar. — Poder del hombre sobre la naturaleza. — El trabajo de la humanidad en el transcurso del tiempo. — Utilidad de los animales domésticos. — El hombre es reemplazado por la bestia y la bestia por la máquina.

Desde aquella altura, la isla se ofrecía en todos sus detalles á las investigadoras miradas de Robinsón.

Primeramente, las costas, de forma irregular, extendiéndose en pequeños golfos y ensenadas; en otras partes, coronadas de rocas, que avanzaban en promontorios hacia el mar, que azotaba con furia los escollos. Más tierra adentro, las vertientes de las colinas tapizadas de corpulentos árboles y grandes macizos de verdura, separados por praderas, en las que se deslizaban los riachuelos. Después, las crestas de las montañas, desprovistas de vegetación, su-

cediéndose de meseta en meseta, subiendo en una escalinata de piedra, por la que Juan había trepado trabajosamente.

Todas estas líneas, todos estos desniveles, todas estas *modificaciones de terreno*, constituían la *configuración geográfica* de la isla, y en verdad que esta *configuración* venía á ser un nuevo elemento que la *tierra* presentaba á nuestro héroe en la tarea de la *producción*.

Desde luego, Juanito echó de ver las ventajas que en la absoluta soledad á que se hallaba reducido, ofrecía la circunstancia de encontrarse en una isla, en vez del interior de un continente ó país poco habitado, en donde, para llegar á algún centro de población, le habría sido indispensable emprender un largo viaje, acaso á través de desiertos, sin caminos transitables, tropezando constantemente con obstáculos que tal vez no hubiera podido vencer. Los países situados á orillas del mar ó en la desembocadura de algún río caudaloso que permite la navegación á grandes embarcaciones, se hallan admirablemente dispuestos para *comunicarse* con el resto del mundo, desde los tiempos, muy remotos, en que los hombres se aventuraron á surcar los mares.

Así, estos países ofrecen mayores *facilidades de comunicación* con los demás pueblos. A esto se debe, según recordaba Juan haber leído, la *prosperidad* y el progreso de la Gran Bretaña, nación formada por un grupo de islas, en contacto, por medio

de sus costas, con las demás naciones del planeta.

En virtud de esta situación, el náufrago esperaba que tarde ó temprano llegaría á sacarlo de su destierro alguno de tantos navíos, de los millares de éstos que cruzan constantemente la superficie del Océano. Y en último extremo, Juan podía, más tarde, construir por sí mismo una embarcación, un bote, una canoa, una piragua ó una balsa, que le permitiera abandonar su destierro.

Nuestro náufrago se extasiaba contemplando el hermoso espectáculo que ofrecían los «Bosques»: los grupos de árboles, los verdes prados, los pequeños ríos! ¡Cómo hubiera deseado fijar allí su habitación! Por desgracia, Juan no descubrió ningún hueco ó cavidad en el que improvisar una vivienda; y en cuanto á edificar una cabaña, ya sabemos que no poseía ninguna herramienta que le hiciera posible realizar tal trabajo. Así, pues, estaba obligado, por el momento cuando menos, á seguir refugiándose en la gruta de la playa, ya que ésta le ofrecía un albergue relativamente seguro y amplio.

Si á lo menos la isla no ofreciera grandes desniveles en su suelo, los arroyos que la atravesaban, en lugar de precipitarse en saltos ó cascadillas, correrían espaciosamente hasta desembocar en el mar. En este caso, esas corrientes habrían servido á Juan como *medio de transporte*. Serían *caminos que andan*—como los ha llamado un sabio,—que hubiese utilizado para la conducción á la playa, de los pro-

ductos que abundaban en los «Bosques» y de que tanto necesitaba el joven para su existencia.

También recordaba Juan haber leído que la abundancia de ríos, principalmente de los navegables, es otro elemento que la naturaleza proporciona á la riqueza de los pueblos, porque esos ríos sirven para conducir de un lugar á otro los objetos, productos ó mercancías. En todo caso, si la isla presentara una superficie plana, ya que carecía de *caminos fluviales*, hubiese podido abrir *caminos terrestres*. Pero la *configuración geográfica* hacía muy difícil, si no es que imposible, semejante tarea.

Ahora se explicaba Juan por qué en México, cuya estructura territorial era tan semejante á la de su isla, ha habido tantas dificultades para construir *caminos carreteros* y de *hierro*, y los grandes sacrificios que han sido indispensables para dotar á su país de una extensa red de *líneas de comunicación*.

¿Podría nuestro Robinson vencer todos los obstáculos que le oponía el *medio físico*, es decir, la *naturaleza que lo rodeaba* y aprovechar todas las circunstancias favorables que le ofrecía esta misma naturaleza?

No ha sido otro el *trabajo* de la humanidad desde los primeros días de su aparición en el planeta: *vencer* los obstáculos y *aprovechar* los elementos favorables de la naturaleza. Los hombres han *desviado* corrientes de agua, han *canalizado* ríos, han *desechado* terrenos, han *abrigado* puertos, han *abierto* ca-

minos, han *perforado* montañas, han *tendido* puentes; es decir, han *modificado* la naturaleza. Y también han *aprovechado* las *fuerzas y elementos naturales* levantando molinos y fábricas que han *movido* el *viento* y el *agua* ó las *substancias combustibles* y



.. Esta era la duda cruel...

la *electricidad*; han *elaborado* todas las *materias primas*; han *sembrado* los terrenos productivos y *ahondado* las entrañas de la tierra.

¿Realizaría Juan esta tarea, en la que se han gastado tantos millones de hombres en tantos millones de años?... Esta era la duda cruel y persistente que afligía á nuestro naufrago.

Entretanto, ya se hacía tarde y era necesario descender de aquel observatorio. Bajó, pues, de las «Cimas», nombre que dió á aquella alta parte de la isla, y su primer cuidado al entrar en los «Bosques» fué hacer un regular cargamento de plátanos y cocos, que ató con unas lianas, suficientemente fuertes para reemplazar á una cuerda. Echóse Juan el hatillo

sobre sus espaldas y emprendió el regreso á la playa. No dejaba de serle gravosa aquella carga, y lamentó no tener ningún animal, un caballo ó un asno, que



...le brindaban una comida más variada...

se encargase de transportarla. De esta suerte, comprendió la utilidad de los *animales domésticos* consagrados desde muy antiguos tiempos, al *acarreo*. Así se ha *ahorrado* la humanidad un *esfuerzo* en la tarea

general, substituyendo el *hombre* por la *bestia*, como después ha substituído la *bestia* por la *máquina*.

Las provisiones que había recogido en los «Bosques» le brindaban una comida más variada y abundante que la de la víspera. Tenía á su disposición una docena de ostras, media de huevos, un racimo de plátanos y un gran coco.

Seguíale molestando la falta de fuego, pues de haberlo tenido, hubiese asado alguno de aquellos sencillos manjares.

Ensayó nuevamente los procedimientos de la víspera, pero no obtuvo mejor éxito. Observó, sin embargo, que frotando fuertemente dos piedras pulidas, que había recogido en la playa, se calentaban de tal suerte, que no podía tocar ninguna de ellas sin que se le quemaran las manos. Entonces imaginó asar algunos huevos en aquella improvisada hornilla, lo que le dió un resultado satisfactorio. Y como en el hueco de una roca había encontrado capas de sal, sedimentos del agua del mar al evaporarse, pudo sazonar sabrosamente su comida.

Como el día anterior, se retiró, apenas el sol transpuso el horizonte, á su hospitalaria gruta, cuya abertura procuró obstruir con ramas secas y algunos troncos de árboles. Se acomodó en su lecho y trató de conciliar el sueño. Pero no fué aquella noche tan tranquila como la otra. Apenas había transcurrido escasamente media hora, cuando creyó oír Robinsón un ruido entre el ramaje que le servía de débil de-

fensa contra cualquier intempestivo ataque. Prestó atención, y, en efecto, no se había equivocado: el ruido llegó perceptiblemente á sus oídos. Aunque lleno de temor, el joven tuvo bastante entereza para lanzar un gran grito. Inmediatamente reinó el más profundo silencio y aun le pareció escuchar las pisadas de un ser viviente que se alejaba.

Era, con toda evidencia, un animal. ¿Sería carnívoro y feroz ó pacífico é inofensivo? Esta pregunta atormentó al pobre náufrago hasta las altas horas de la madrugada, en que las emociones y las fatigas del día acabaron por rendir su espíritu.

CAPITULO V

SUMARIO. — El trabajo, segundo factor de la producción. — Cómo el trabajo aprovecha y modifica á la naturaleza. — Objeto del trabajo: la producción de riquezas. — La riqueza ó pobreza de una sociedad ó de un pueblo dependen del número de individuos que trabajan. — El trabajo físico y el trabajo intelectual. — Elementos del trabajo: la voluntad, la inteligencia y las fuerzas físicas. — De qué modo interviene cada uno de estos elementos.

Una, dos y tres semanas habían transcurrido desde que Robinsón llegó á la isla. Para tener idea del tiempo, el náufrago eligió un árbol en cuyo tronco señalaba una raya cada mañana, con una aguda piedra.

Su vida no había tenido grandes cambios. La misma gruta le seguía sirviendo de albergue, al que se retiraba, como en los primeros días, tan pronto como faltaba el sol del horizonte, empleando iguales precauciones para precaverse de cualquier ataque nocturno, por más que ya no hubiese vuelto á oír ruido ninguno que le causara sobresalto.

En cuanto á productos destinados á su alimentación, el náufrago había encontrado en los «Bosques» nuevas frutas que añadir á las que recogió el primer día. No le faltaban tampoco huevos y ostras en abundancia.



...señalaba una raya cada mañana...

Además, descubrió algunos vegetales y algunas raíces muy agradables y substanciosas. Entonces imaginó hacer una huerta, y al efecto trazó, en una de las praderas escalonadas en las vertientes de las colinas, un amplio espacio que tapizó con tierra que

le pareció de la mejor clase; limpió de yerbas aquel espacio y trasplantó en él una variada cantidad de vegetales. Todas las tardes regaba Juan sus plantíos, tomando el agua de los manantiales en jícaras *fabricadas* con cáscaras de coco.

Naturalmente, no había dejado de sembrar aquella planta filamentosa que tanto le llamó la atención en su segunda visita á los «Bosques».

Resuelto á sacar el mejor partido de ella, Robinson había arrancado un puñado de esos filamentos, los ató en manojos y los puso á remojar. Al cabo de algunos días, observó que la corteza exterior se había ablandado considerablemente con la humedad, y desatando los manojos los tendió al sol. Luego que los vió secos, probó á machacarlos con un grueso tronco, lo que les dió una gran flexibilidad. Empezó á hacer con aquella hilaza cordeles, que aunque no muy perfectamente retorcidos, pues carecía de rueda y torno, le resultaron mucho más fuertes que las lianas que hasta entonces le habían servido para amarrar los cargamentos que transportaba de los «Bosques» á la «Gruta».

Así, toda nueva utilización en las substancias ó materias primas empleadas en los objetos destinados á la labor, marca un *progreso* en el *trabajo* humano.

Como el primer día que descubrió aquella planta, pensó Juan que pudiera serle útil para tejer una tela, que, por tosca que fuese, siempre le serviría para confeccionarse alguna ropa.

Si nuestro Robinsón hubiera conocido más á fondo la historia de su país, habría sabido que los antiguos mexicanos empleaban un procedimiento semejante para utilizar las plantas filamentosas con las que elaboraban sus tejidos en la edad primitiva en que pasaron de *pueblo nómade*, es decir, que no se fijaba aún en lugar alguno de las comarcas que recorría (edad en la que se alimentaban exclusivamente de los frutos y de la caza que encontraban en sus excursiones), al *período pastoril* y de la pequeña industria, en el que cultivaban y explotaban las plantas utilizables para satisfacer sus necesidades.

¿De qué le sirvieron al náufrago aquellos cordeles obtenidos á costa de tan obstinada tarea? Desde luego le proporcionaron un nuevo elemento de defensa contra cualquier ataque á la Gruta. El joven *construyó*, efectivamente, en derredor de su vivienda una alta empalizada que rodeó de una espesa red de cordelería. Para entrar, desataba los cordeles, volviéndolos á atar tan pronto como se encontraba dentro. De esta suerte, pensó haber aumentado las seguridades que le proporcionaba aquel albergue.

Otro empleo que dió inmediatamente á aquellas cuerdas, fué la construcción de una flecha, cuyo arco formó de una rama de madera muy elástica. Las cuerdas le sirvieron para unir los extremos del arco, y en cuanto á los proyectiles, los construyó con varillas de un árbol muy duro, cuyas puntas aguzó en las rocas de las «Cimas».

¡Ah! ¡cómo lamentó una vez más nuestro Robinson no disponer de un cuchillo, una navaja, un cortaplumas, que hubiese simplificado su tarea! Pero



El joven construyó, efectivamente...

de todos modos, ya tenía un arma á su disposición, no sólo para *defenderse* contra cualquier agresión de las que tanto temía, ya fuera de alguna bestia dañina ó de cualquier ser humano en estado salvaje

que por azar se presentara en la isla, sino también para el *ataque* contra los animales que pudieran servir para su alimentación.

Y que estos animales existían en la isla, no le cabía ya á Robinsón duda alguna. En efecto, recorriendo los prados y montes de los «Bosques», había encontrado gran cantidad de conejos y otros roedores, cuyos nombres le eran desconocidos, que en cantidades considerables corrían por aquellos terrenos. Por cierto que para precaver su huerta de una invasión de estos animales, Robinsón imaginó rodearla de otra empalizada semejante á la que cercaba la entrada de su «Gruta». De este modo, evitó cualquier perjuicio á los plantíos, que cada día cuidaba con mayor esmero.



... vió venir á un tropel de cuadrúpedos ...

Una tarde que Robinsón se encontraba á orillas de uno de los arroyos que surcaban la isla, oyó un ruido como el que hiciera un gran rebaño de animales que se acercase al lugar en que se encontraba.

El joven apenas tuvo tiempo de ocultarse detrás de un árbol, desde donde vió venir á un tropel de cuadrúpedos que no tenían mayor tamaño que un ciervo. Eran *llamas*, á juzgar por la descripción que Juan había oído hacer de estos animales.

Instintivamente montó su flecha y, apuntando á una hembra, que tenía á su lado á un pequeñuelo, dejó ir su dardo. El tiro fué certero, puesto que el animal se desplomó en tierra, en tanto que el rebaño, sorprendido, emprendió apresuradamente la fuga. Juan se llegó al sitio en donde yacía el animal, esperando encontrarlo con vida, pues en su rápida acción, no había tenido el deseo de matarla. Por desgracia, la llama había sido herida profundamente, y á pesar de todos los esfuerzos del náufrago, expiró á los pocos minutos.

No se había apartado de la madre el pequeñuelo, que miraba á Juan con ojos azorados. El niño no tuvo grandes dificultades en apoderarse de él y conducirlo á la empalizada de la huerta, en donde le improvisó una especie de cobertizo con ramas y hojas, prometiéndose tener cuidado de él y ver si lograba domesticarlo.

En cuanto al animal muerto, Juan lo desolló trabajosamente, sirviéndose, en vez de cuchillo, de una piedra cortante; una vez terminada la tarea, puso la piel al sol, imaginando que podría serle de mucha utilidad. En efecto, cuando estuvo curtida, aquella piel le sirvió para hacer unas sandalias, que reem-

plazaron á sus zapatos, que ya se hallaban en estado deplorable. Y todavía la aprovechó para varias cosas más, entre otras, para un morral y una vaqueta para su lecho.

De esta suerte, *el trabajo* de Juan *utilizando las materias primas (vegetales, minerales y animales)* que ponía á su disposición *la tierra*, iba, poco á poco, proporcionando al náufrago todos los objetos de que, en el primer día de su estancia en la isla, carecía. *El trabajo*, en efecto, *dirige y modifica* á la *naturaleza*, con el fin de obtener de ella la *mayor cantidad de objetos útiles para satisfacer necesidades*.

Juan había tenido razón en días pasados para pensar que la riqueza ó pobreza de un individuo ó de una sociedad dependen del mayor ó menor número de semejantes objetos; pero ahora comprendía que ese número depende *del trabajo de este hombre ó de esta sociedad*. Así, un país será tanto más ó menos rico, cuanto *más ó menos trabajadores* sean los *individuos* que le componen.

Si Robinson *no hubiese trabajado nada* desde que llegó á la isla, tampoco tendría en aquel momento *nada* que le sirviera para procurarse *satisfacciones*. Tal vez habría perecido ó, cuando menos, arrastraría la vida de un animal, que se contenta con el sustento que espontáneamente le proporciona la tierra. *Trabajo* había sido para Juan recoger los frutos que producían los árboles; *trabajo* hacinar hojas y musgo que le sirvieron de lecho; *trabajo* formar un huerto;

trabajo construir una empalizada; *trabajo* hacer una flecha; *trabajos* los esfuerzos para domesticar la



... domesticar la llama ...

llama que había apisionado.

Y es que el trabajo preside á toda la vida humana, y se encuentran las huellas de él *en todos los objetos* que sirven para la *conser-*

vación y el agrado de la existencia; en los alimentos que nos nutren, en la ropa con que nos vestimos, en las casas que habitamos, en las herramientas destinadas á construirlas, en las máquinas é instrumentos que tienen por objeto *transformar* las *materias primas*, *aumentar* la *fecundidad* de la *naturaleza* y *servirse* de los *elementos* que esa misma naturaleza pone á disposición del hombre.

Y si de esos *objetos materiales* pasamos á las cosas *inmateriales*, nuestro joven echaba de ver que aprender una lección, desarrollar una idea, realizar un invento, constituyen también *trabajos* más útiles tal vez, que los que tienen por fin producir objetos.

Los *trabajos intelectuales* tienen, pues, tanta ó más importancia que los *trabajos físicos*. En los primeros intervienen su *voluntad* y su *inteligencia*; en los segundos las *fuerzas físicas del hombre*.

Así, para construir una flecha, Juan, ante todo, había *querido* hacerla, lo que ya constituye un es-

fuero, es decir, *un trabajo*; después entró en juego su *inteligencia*, que le indicó los *materiales* de que se podría valer y la mejor forma que daría á su arma; y, por último, sus *fuerzas físicas* le sirvieron para desprender las ramas de los árboles, atar las cuerdas á los extremos del arco y aguzar los dardos.

Todas estas *facultades*, así las *físicas* como las que procedían de su *voluntad* y de su *inteligencia*, se habían *unido* para producir un objeto útil, de igual manera que en la tarea común de las sociedades, los trabajos del sabio y del bracero, los del patrón y el operario, los del arquitecto y el albañil, los del hombre que trabaja con su inteligencia y del que trabaja con sus músculos, se unen para producir, asimismo, la *riqueza pública*, es decir, el *conjunto de productos* con destino á *todos los asociados*.

¿Cuál hubiera sido la situación del Robinson mexicano sin su trabajo? El hambre, la desnudez, la miseria, la muerte acaso. Ese es también el estado y el fin de los pueblos formados por individuos que el *trabajo* no eleva de la primitiva condición de ciertos *grupos humanos* que se aproximan más á las bestias salvajes que á los hombres civilizados.

CAPÍTULO VI

SUMARIO. — El trabajo, segundo factor de la producción (continúa). — El trabajo aislado y el trabajo en común. — Unión de los esfuerzos humanos. — División del trabajo. — Ventajas de la división del trabajo. — División territorial del trabajo. — Sus consecuencias. — La acción del trabajo sobre la naturaleza y la acción de la naturaleza sobre el trabajo.

Los días transcurrían para el Robinsón Mexicano con una rapidez extraordinaria, porque ocupado en sus trabajos, el tiempo se le hacía más corto de lo que, en medio de su soledad, podría imaginarse.

Cada vez encontraba en la isla nuevas *provisiones* con que atender á su *subsistencia*, es decir, á las necesidades de su vida.

Había grandes cantidades de árboles frutales (limoneros, naranjos, manzanos, etc.); otros de maderas de construcción, otros tintóreos, y gran variedad de los que producen goma, cuando se les practica una incisión en el tronco. Había también plantas tuberculosas (como la papa) y hortalizas. Lo que no

pudo descubrir fué ningún cereal (como el trigo), y lo deploró el joven profundamente, pues bien sabía que los cereales constituyen alimentos sanos y sustanciosos.



Había grandes cantidades de árboles frutales...

Inútil es decir que, en virtud de estos hallazgos, su huerto se iba ensanchando poco á poco, lo que hizo que su tarea aumentara proporcionalmente; y como al par que á sus plantíos tenía que atender á otras labores, resultaba que en multitud de ocasiones se veía obligado á dejar un *orden de trabajo* para consagrarse á *otro*.

— ¡Ah! — se decía el desterrado. — ¡Si á lo menos tuviera un compañero que me ayudara en mis labores!

Es que, en efecto, la labor de *dos hombres reunidos* da un resultado muy superior á la labor de dos hombres que trabajan *cada uno aisladamente*.

Por eso hay ciertos trabajos que reclaman la co-

operación de muchos hombres: talar un bosque, recoger una cosecha, construir una casa, perforar una montaña, etc., etc.; en nada de esto podía pensar el joven, porque tales trabajos son la consecuencia de la *unión de los esfuerzos humanos*.

Su padre le había dicho á menudo, que solamente para fabricar un colchón de lana trabajan cientos de manos: las que cuidaron las ovejas, de las que se obtuvo la *materia prima*; las que las trasquilaron; las que lavaron la lapa; las que vendieron ésta; las que la cardaron; sin contar las que prepararon la tierra para que pastaran esas ovejas, las que regaron esa tierra y la limpiaron, etc., etc.

También le había dicho su mismo padre, que la vida de un hombre no bastaría para construir por sí solo un reloj.

De esta suerte, si Juan hubiera tenido un compañero, éste se habría encargado de atender al huerto, por ejemplo, en tanto que el joven proseguiría la labor de fabricarse herramientas, cuya falta le era cada día más sensible. Hasta entonces sólo había fabricado un hacha de piedra y un mazo de madera, que aunque muy toscos y de difícil manejo, no dejaban de *prestarle servicios*.

Más esfuerzos reclamó todavía la construcción de un quitasol con que resguardarse de los rayos del astro del día.

Para conseguirlo, armó con varillas de un árbol un enrejado en figura de media naranja y el centro

lo atravesó con un palo, que aseguró con una cuerda. Después, tomó las hojas más anchas de un cocotero y las prendió con alfileres sobre aquella armazón.



Más esfuerzos reclamó la construcción de un quitasol...

Pero, ¡cómo! ¿Juan tenía alfileres? ¿Los había encontrado acaso en las solapas de su saco? No, por cierto, sino que los fabricó igualmente. ¿Y con qué? Con las espinas de algunos peces muertos que el mar arrojaba á la playa.

Esto demuestra que *la industria del hombre* aprovecha todo lo que le proporciona la naturaleza, y

que en ella no hay nada que sea verdaderamente inútil.

Però la idea de que por grande que fuese su energía y tenaces y persistentes sus esfuerzos, no llegarían nunca á satisfacer todas sus necesidades, le seguía atormentando. Por eso suspiraba constantemente por aquel compañero cuya ayuda le habría sido tan beneficiosa. No sólo *reunirían ambos sus esfuerzos* para alcanzar un *determinado objeto*, por ejemplo, derribar un árbol, sino que cada uno se consagraría á una *sola labor*, lo que haría más fácil y sencilla la tarea. Esto es lo que se llama la *división del trabajo*, que tan poderosamente ha contribuido al progreso de la producción de objetos útiles.

Así, en el caso del reloj que había acudido á la memoria de Juanito, es verdad que la vida de un hombre apenas bastaría para construir uno; pero si se reunen cincuenta, el resultado es muy distinto. Unos se consagrarán á hacer esferas, otros manecillas, éstos ruedas y los otros á armar las diferentes piezas. Procediendo de este modo, la fabricación de un reloj solamente reclama uno, dos ó tres días, según el número de operarios que intervienen en la tarea.

Un sabio inglés, que pudiera llamarse el padre de la *Ciencia Económica*, Adam Smith, ha llegado á afirmar que el *desarrollo de la producción*, es decir, el *desarrollo del bienestar* de la especie humana, descansa en la *división del trabajo*.

Grandes son, efectivamente, las ventajas que resultan de esta división. Si Robinson se hubiera podido dedicar *únicamente* á construir quitasoles, claro es que el segundo que construyera le habría resultado mejor que el primero, el tercero mejor que el segundo y así sucesivamente. Llegaría á adquirir mayor *habilidad*, emplearía *menos esfuerzos* y los quitasoles saldrían cada vez *más perfectos* de sus manos, también cada vez *más diestras y veloces* en esta tarea.

Después, *economizaría* mucho *tiempo* del que se veía obligado á gastar abandonando la construcción del quitasol para regar sus plantas ó hacer unos metros de cuerda. Así, un obrero que en un taller ejecuta una misma tarea con una sola herramienta, sin cambiar de lugar, ahorra mucho *esfuerzo inútil* destinado á moverse de un sitio á otro y á buscar varias herramientas que, por tener *mecanismos distintos*, exigen *cambios* sucesivos de esfuerzos. Un martillo no se mueve como una sierra ni una sierra como un destornillador. Tres hombres que movieran: uno un martillo, otro una sierra y el tercero un destornillador, con un mismo objeto — fabricar un mueble, por ejemplo, — *producirían más trabajo* en un día que *un hombre* que en ese mismo día hiciera uso de las tres herramientas.

Juan *perdía*, pues, mucho tiempo y mucha habilidad por no poder llegar á *especializar* sus *funciones*, es decir, por no emplear sus esfuerzos — físicos é intelectuales — en un *trabajo especial*.

De buena gana se habría dejado llevar por sus inclinaciones hacia determinado trabajo que prefería á los otros, con la certeza de que ejercitando este trabajo, llegaría á dominarlo — y ésta es otra ventaja de la *división del trabajo*, que permite á cada hombre seguir sus aficiones y ejercitar sus facultades, distintas para cada uno; — pero, desgraciadamente, esto no le era posible, por tener que obtener por sí propio todos *los productos* que había menester.

En la *vida social* no pasa lo mismo, puesto que cada hombre se limita á obtener *una parte* de *los productos* que hacen falta á todos, sabiendo que otro hará *otra* parte, otro *otra*, y así *todos*, hasta obtener el *total de productos* que necesita esa sociedad.

Entonces comprendió Juanito, que si la riqueza de un pueblo consiste en el número de *objetos útiles* que produce ese pueblo y el número de tales objetos depende del número de *hombres trabajadores* que hay en él, esa riqueza también procede de lo más ó menos *divididas* que están las labores, ya que la *división del trabajo* da por resultado la *mayor producción* de los *objetos útiles*.

Mientras tanto, seguía Robinsón *explorando* la isla, con objeto de descubrir nuevas *fuentes de riqueza*, ó sea nuevas sustancias materiales aprovechables para sus labores. Su lugar preferido, no obstante, era los «Bosques», cuya feracidad y hermosura no dejaba nunca de admirar. Continuaba lamentando no poder trasladar allí su albergue; pero

por más que había buscado cuidadosamente, no encontró, como en la playa, gruta ni caverna alguna que le sirviera de retiro.

Tenía, pues, que cultivar sus plantas en los «Bosques», tomar las piedras que aprovechaba para fabricar herramientas en las «Cimas» y habitar en la «Playa».

Cada comarca tiene, efectivamente, en el mundo, sus *riquezas naturales diferentes*; y como la *explotación de cada riqueza natural reclama labor distinta*, la misma naturaleza ha establecido la *división territorial del trabajo*.

Así es como en una comarca sólo se cultiva el algodón; en otra, se siembra exclusivamente trigo ó maíz; ésta no tiene sino plantíos de caña de azúcar; aquélla ofrece nada más que minas de plata, oro, carbón ó hierro. Y resultan de ahí, para las comarcas, las mismas ventajas que para los individuos al



Su lugar preferido...

dividirse el trabajo, puesto que cada una de ellas puede ofrecer productos *especiales* más bien *elaborados* y en *mayor cantidad* que si la tarea se hubiera empleado en varias producciones á la vez.



... tenía que habitar' en la *playa*

La naturaleza marca á los hombres la dirección que deben dar á su trabajo. *Luchar contra ella y*

vencerla, es, sin duda, uno de los objetos del esfuerzo humano, pero vencerla en aquellos elementos *contrarios* á la vida y al bienestar. A la inversa, los hombres están obligados á *obedecerla y ayudarlã* cuando sus elementos son *favorables* á esos mismos fines.

CAPÍTULO VII

SUMARIO. — El capital, tercer factor de la producción. — Primera forma del capital: provisiones y herramientas. — Capitales materiales y capitales inmateriales. — Todo capital procede del trabajo. — Formación del capital. — El sacrificio presente y el bienestar futuro. — El capital y la riqueza de los pueblos.

Una de las cosas que más seguía preocupando á nuestro protagonista era la falta de fuego.

El fuego, no sólo le habría servido para condimentar sus alimentos y caldear el interior de la «Gruta», pues el invierno se iba aproximando rápidamente, sino también para otra multitud de empleos, todos relacionados con el mejor éxito de sus trabajos.

El fuego, en efecto, es el principal elemento de todas las industrias, y no hay un solo pueblo que no lo haya aprovechado, desde los más antiguos tiempos. Aun en nuestros días, el *combustible* continúa siendo una de las primeras *necesidades industriales*, de donde resulta que las naciones que poseen en su subsuelo *minas de carbón de piedra ó yacimientos de*

petróleo, se encuentran en condiciones superiores á las que no tienen esas fuentes de riqueza.

Desde un principio, si Robinson hubiera tenido fuego, habría tratado de construir vasijas de barro, inaugurando de este modo la *alfarería*, una de las más primitivas industrias.

Después hubiese intentado hacer platos y tazas de loza; vendrían los vasos de vidrio, y ¿quién sabe? tal vez el fuego le permitiría trabajar los minerales que contenían las «Cimas», fundirlos y forjarlos, para elaborar con ellos las herramientas é instrumentos que le hacían falta.

Pero los días pasaban, sin que Juan llegase á descubrir el medio que lo condujera á la conquista del preciado elemento.

Con la aproximación del invierno, comenzaban á formarse terribles tempestades que descargaban sobre la Isla. Entonces, el viento soplab furiosamente y las olas salpicaban con sus espumas la entrada de la «Gruta».

Una tarde en que Juan se encontraba en los «Bos-



... las olas salpicaban ...

ques», le sorprendió una de aquellas tormentas. Truenos y relámpagos se sucedían sin descanso y la Isla entera parecía estremecerse en sus bases.

Repentinamente, una horrible detonación estalló sobre la cabeza del náufrago y una luz rojiza iluminó con sus fulgores las frondas: un rayo se había desprendido de las nubes, cayendo sobre uno de los árboles más corpulentos, cuyas ramas prendió en un inesperado incendio. La madera ardía vorazmente, y ante aquel espectáculo el joven tuvo un movimiento de alegría, en medio del horror que esparcía la tormenta.

¡Por fin alcanzaba lo que con tanto esfuerzo había buscado; por fin ya tenía fuego á su disposición!

Comunicó aquel fuego á una gruesa rama, que desgajó de otro árbol, y con ella encendida tomó apresuradamente el camino de la «Gruta» con aquella improvisada antorcha. Una vez en la «Gruta», amontonó gran cantidad de hojas secas, y muy pronto una hoguera alegró con sus resplandores el interior del albergue. La principal dificultad estaba vencida: únicamente se trataba de conservar viva aquella hoguera, manteniéndola constantemente con ramas gruesas y troncos de árbol.

Aquella noche Robinson se proporcionó una sabrosa cena. Había previamente matado con su flecha una gallina silvestre, que asó en un asador de madera, construído sin grandes trabajos, y como había puesto á cocer algunos huevos y plátanos entre las

cenizas de la lumbre, aquél fué un verdadero banquete para el desterrado.

Al día siguiente, Juanito comenzó los trabajos de alfarería, para los que no escaseaba la *materia prima*, una gran cantidad de barro que las lluvias habían formado en los «Bosques». El joven reunió



... prosiguió haciendo cazuelas, vasijas ...

una buena masa de aquel barro y principió á modelar una olla, que, con mucho esfuerzo, pudo al cabo construir. La puso á cierta distancia de su lumbre para que se fuese secando lentamente, y prosiguió haciendo cazuelas, vasijas, todo un arsenal de co-

cina, que habría de serle muy útil en lo sucesivo.

Al mismo tiempo, iba, poco á poco, aumentando el número de sus herramientas, con las que simplificaba su *trabajo manual*, y obtenía de éste mayor *cantidad de fuerza*. La herramienta no es, efectivamente, sino un medio de *aumentar la fuerza* de los miembros ó porciones del cuerpo del hombre que entran en ejercicio en el trabajo primitivo: el martillo ha substituído al puño, la pala á la palma de la mano, la cuchara del albañil á la mano hueca, la sierra á los dientes, las tenazas á los dedos y el fuelle á los pulmones. El hombre ha tratado siempre de *economizar sus fuerzas* para obtener el mismo ó mayor resultado en la tarea.

Estas herramientas constituían el *capital* de Robinsón, como también eran *capitales* las provisiones que tenía almacenadas en la «Gruta». Y al lado de estos *capitales materiales* — *materiales* porque procedían de la *materia*, es decir, de las diversas substancias contenidas en la tierra,—venían los *capitales inmateriales*, que no provienen de esas substancias, sino que son fruto del espíritu humano.

Los *conocimientos* adquiridos por el joven acerca de la *organización del trabajo* y de las *industrias* en los libros de viajes que había leído, su *inteligencia*, su *salud*, su *energía* para dedicarse á la labor, eran *capitales inmateriales*.

Por lo demás, aquellas herramientas fabricadas por Robinsón eran producto de su trabajo. Así es

como, efectivamente, todo capital supone un *trabajo* para producirlo. Hasta se ha llegado á decir que *el capital* no es sino *trabajo almacenado*, trabajo de un solo hombre ó de muchos, que han creado la inmensa cantidad de *capitales* que tiene á su disposición la especie humana.

De esta suerte, comprendía Juanito que una sociedad no era más ó menos rica, como había pensado en semanas pasadas, únicamente por el mayor ó menor número de hombres *trabajadores* que existan en ella, ni por la mayor ó menor *división del trabajo*, sino también por la *abundancia* ó *escasez de capitales*.

Pero ¿qué es indispensable á una sociedad, como á un hombre, para *obtener un capital*?

Bien lo adivinaba el joven pensando en la conducta que había observado.

Para fabricar sus herramientas, Robinson había trabajado más tiempo del que le habría sido indispensable para satisfacer sus necesidades diarias; se había impuesto un *sacrificio*, con objeto de obtener *en lo futuro, mayores satisfacciones*, un *bienestar más grande*.

De esta manera, la *formación del capital* proviene de que el hombre sacrifique los *placeres* y los *ocios presentes*, con el fin de obtener *ventajas venideras*. El *capital* se forma pensando en el *porvenir*, y para alcanzarlo, es necesario que el hombre sea *previsor y activo*.

¿Por qué almacenaba Robinsón provisiones en el interior de la «Gruta»? Porque temía que los rigores del invierno destruyeran sus plantíos. ¿Por qué conservaba carne asada en el interior de sus vasijas?



¿Por qué almacenaba Robinsón provisiones ...

Porque pensaba que acaso llegara un día en que ningún animal se pusiera al alcance de su flecha. Y por eso se imponía á menudo *privaciones*, que

serían compensadas por una *abundancia* próxima.

Los pueblos que no forman capitales, permanecen en la miseria; podrán un día poseer suficientes productos con que atender á sus primeras necesidades; pero como no pueden aumentar su *fuerza productora* — porque el *capital aumenta la fuerza de la producción*, como la *herramienta aumenta la fuerza del hombre*, — al menor contratiempo se ven reducidos á la pobreza, á la escasez, al hambre.

Viven con el día, sin preocuparse por el «mañana», y el «mañana» es siempre amenazador y sombrío cuando no se trata de precaver los peligros que puede traer consigo.

Robinson había ido formando un capital y, por consiguiente, sus temores por el porvenir eran mucho menores que los primeros días que habitó la isla. Era más rico, porque disponía de *fuerzas y reservas* de que antes carecía.

Y así sucede con las naciones. Si Robinson era más rico conforme iba adquiriendo mayor número de herramientas, Inglaterra, por ejemplo, se ha ido haciendo también más rica, según ha aumentado su maquinaria, sus instrumentos, sus fábricas, sus talleres, sus *capitales*, en una palabra.

Así, el *capital*, como la *tierra* y el *trabajo*, es otro de los elementos de la *producción*.

CAPITULO VIII

SUMARIO. — El capital, tercer factor de la producción (continúa). — Inventario de capitales en una nación. — Capitales de consumo y capitales de producción. — Capitales fijos y capitales circulantes. — Las herramientas y las máquinas. — Errores contra las máquinas. — Persecución de sus inventores. — Ventajas de las máquinas.

Claro es que Juan no se había resignado á vivir perpetuamente en aquella isla. No sólo echaba de menos las *satisfacciones* de la *vida social*, sino también le atormentaba el deseo de habitar nuevamente el territorio patrio.

Hasta entonces el náufrago no había distinguido en el horizonte ninguna embarcación, á pesar de que con mucha frecuencia ascendía hasta las más elevadas alturas de las «Cimas», desde donde escudriñaba obstinadamente el Océano. Con objeto de llamar la atención de cualquier buque que surcara aquellas aguas, el joven había tejido con las plantas filamentosas que cultivaba en su huerto, una amplia

bandera, que, sujeta á un improvisado mástil, flotaba en los aires.

Acaso un día algún bajel que siguiese aquel derrotero acabaría por salvarlo, devolviéndolo á su patria. Entonces abandonaría aquella isla, que en los primeros tiempos solamente le había ofrecido los primitivos elementos que la naturaleza ha puesto á disposición de todo hombre, y de los que él había obtenido el mayor partido merced á su tra-



...sujeta á un improvisado mástil...
bajo, primero, y á la creación de *capitales* más tarde.

Rápidamente hacía el *inventario* — es decir, el resumen completo — de todos los *productos* y *objetos* que se había procurado desde el día que llegó á la isla. En primer lugar, el joven se había proporcionado mariscos, frutas, huevos, caza, lo que constituía un *capital de consumo*, porque está consagrado al *consumo* inmediato *del individuo*. Después había construido herramientas, que asimismo constituían otro *capital de producción*, puesto que estaban destinadas á *obtener un producto*.

Y no serían éstos los únicos capitales que Robinson tendría que hacer figurar en su *inventario*, sino que además de los *productos* que se había propor-

cionado y de los *objetos* que había construido, tendría que incluir el huerto, la llama doméstica, y hasta la hoguera que con tanto afán cuidaba y la leña que le servía para alimentarla.

Por grande que le pareciera el *número de capitales* con que contaba, no era este número comparable con el que presenta una nación civilizada.

Efectivamente, cuanto más avanza un país en *riqueza y prosperidad*, más cuantiosos y diversos son los *capitales* con que cuenta: edificios, fábricas, maquinaria, campos cultivados, instrumentos para la agricultura, animales de labranza, caminos de hierro, obras de arte... Y al lado de éstos vienen otros: moneda, billetes de banco, *acciones* de minas y otras industrias... El número es tan considerable, que no cabía en la memoria de Robinsón.

Fijándose atentamente en ellos, nuestro joven observaba, no obstante, que había una notable diferencia entre estos *grupos de capitales*. Los unos tienen un carácter permanente, invariable, no se modifican ni se alteran con la obra de producción; éstos son los *capitales fijos*: las herramientas, las máquinas, las fábricas, etc. Los otros están destinados a desaparecer en la tarea de la producción; son los *capitales circulantes*: los filamentos, el carbón, y en general todas las *materias primas*.

Así, su huerto era un *capital fijo*, mientras que las plantas y frutos que de él recogía y que acumulaba en la «Gruta» eran *capitales circulantes*. En

cierto modo podría decirse que su hoguera era otro *capital fijo*, en tanto que la leña era uno *circulante*.

En los primitivos pueblos, en los que no hay otros *capitales materiales* sino los mismos que Robinsón poseía: *provisiones* y *herramientas*; las primeras constituyen los *capitales circulantes*, las segundas los *capitales fijos*.

Todas estas observaciones de nuestro joven no le impedían seguir pensando en abandonar la isla, y ante la probabilidad de que transcurriese mucho tiempo todavía antes de que apareciera embarcación alguna, Juan resolvió construir una canoa en la que pudiera lanzarse al agua. Al principio le pareció muy fácil la realización de la idea, puesto que le sobraba madera con que construir la embarcación proyectada. Pero bien pronto vió que la empresa presentaba mayores obstáculos de los que había imaginado.

Para hacer un bajel, por sencillo que fuese, le eran indispensables instrumentos que no poseía: martillo, sierra, cepillos, etc. Nuestro joven sólo contaba con su mazo de madera, su hacha de piedra y una pala construída con la concha de una tortuga que encontró en la playa.

El Robinsón Mexicano se acordó entonces de que en uno de los libros de aventuras que había leído, los héroes de la novela, que se encontraron en situación semejante á la en que se hallaba el náufrago, habían conseguido extraer el hierro que contenían

los minerales de la isla que habitaban, y con este hierro construyeron todas las herramientas que les hacían falta. ¿Por qué no podría él hacer lo mismo?



... acabó por descubrir una gran porción de piedras ..

Buscando entre las rocas de las «Cimas» acabó por descubrir una gran porción de piedras que al parecer contenían cierta cantidad de hierro mezclado con azufre. Todo el problema consistía, pues, en extraer el hierro de las piedras, y evocando todavía sus recuerdos, discurrió que alcanzaría tal vez

su objeto empleando el *método catalán*, que es uno de los más primitivos, y que consiste en mezclar el mineral de hierro con carbón — que también existía en abundancia en las «Cimas» — y someter esta mezcla á la fusión por el fuego.



Después de muchos trabajos ...

Después de muchos trabajos que no son para contados, y que reclamaron, entre otras cosas, la construcción de un fuelle, hecho con la piel de una llama, que se vió precisado á sacrificar, y la transformación de un bloque de granito en yunque, nuestro joven tuvo por fin la inmensa dicha de forjar varias barras de hierro que habían de transformarse más tarde en martillos, tenazas, picos, azadones y otra diversidad de instrumentos y herramientas que acrecentarían el capital que ya poseía.

Robinsón entraba de este modo en el *período me-*

talúrgico, que marca el principio de la *edad industrial*, en que nos encontramos. Por lo demás, la *herramienta* ha sido la precursora de la *máquina*. Así, la canoa y el carro primitivos se han convertido en el navío y la locomotora, al igual que la vara de madera con que en los primitivos tiempos se removía la tierra, se ha transformado en el arado de vapor usado en nuestros tiempos.

Como Juan no conocía la *Historia* de la *Economía Política*, ignoraba todos los terrores y las cóleras que han conmovido á los hombres, en otras épocas, cada vez que se ha inventado una *máquina*.

Se creía entonces que cada máquina inventada venía á hacer una *competencia* al trabajo del hombre, y que le quitaba el *salario* con que atiende á las necesidades de su vida. La *máquina* condenaba al operario á la miseria. Así era cómo se pensaba.

Fundadas en esta creencia, algunas autoridades se han opuesto á la adopción de las *máquinas* y han prohibido su uso, y se ha perseguido y maltratado á sus *inventores*. En el siglo XVI, una ciudad alemana prohibió la introducción de las primeras máquinas para hacer cintas, y su inventor fué ahorcado por el pueblo. Una reina de Inglaterra se opuso á que funcionaran las máquinas para hacer medias, y un rey de Francia persiguió al que construyó esta máquina. El inventor de la máquina para hacer hilo fué perseguido por los obreros y murió en la miseria, y Jacquard, el inventor del célebre telar

que lleva su nombre, estuvo á punto de ser muerto varias veces por las muchedumbres amotinadas.

La abnegación y el valor de estos *héroes del trabajo* han sido tan grandes como los *servicios* que han prestado á la causa del *progreso* y del *bienestar* de la humanidad. Los hechos, en efecto, se han encargado de dar la razón á estos grandes benefactores.

La máquina no ha venido á quitar al hombre su trabajo, sino que lo ha libertado de ciertas pesadas tareas, es decir, le ha *ahorrado* muchos *gastos de fuerza*, y al mismo tiempo le ha dado labores *más delicadas* y que *se pagan mejor*.

Antaño, para conducir una embarcación, se exigían los esfuerzos de varios hombres que agotaban su energía muscular en los remos; en la actualidad, los grandes navíos se conducen por medio de máquinas. Es verdad que los remeros no tienen ya este trabajo, pero, en cambio, las máquinas que mueven el barco solicitan maquinistas, fogoneros, etc., que obtienen en estos trabajos un *jornal mayor* á costa de un *menor esfuerzo*.

Destruídas todas las preocupaciones que en pasados tiempos existían en contra de las máquinas, éstas son aceptadas en todas las naciones civilizadas del mundo, como los medios más poderosos de acrecentar la *producción de las riquezas sociales*.

Juanito ignoraba todo esto y otras muchas cosas más relativas á los beneficios proporcionados

por las máquinas; pero sabía perfectamente que la construcción de herramientas le iba á simplificar



... sabía perfectamente que la construcción
de herramientas ...

notablemente sus tareas, proporcionándole mayor cantidad de *productos y medios* de *obtenerlos*, de los que hasta entonces había tenido á su disposición.

CAPÍTULO IX

SUMARIO. — Historia económica de la Humanidad. — Cómo se han ido presentando las industrias. — Los períodos industriales según la marcha de la especie humana. — Qué es una industria. — Clasificación de las industrias. — La vida es una lucha y el trabajo sólo es una forma de esta lucha emprendida por el hombre, para alcanzar, mediante su industria y á costa del menor esfuerzo, el mayor número de las satisfacciones que reclaman sus necesidades.

Dos años se habían cumplido desde que el joven Robinsón Mexicano se encontraba instalado en la isla. En estos dos años Juan había adelantado notablemente en la *explotación* de la tierra y de todas las substancias contenidas en ella.

Desde luego, su huerto se iba enriqueciendo más cada día con la adquisición de nuevas plantas útiles, que aprovechaba en un número cada vez más crecido de empleos. Ya no tenía únicamente una sola llama doméstica, sino que habiendo construído unas trampas, logró aprisionar otras, que, unidas á la primera, le prestaban grandes servicios como animales

de acarreo. Entre esas llamas había una hembra que criaba á un pequeñuelo y que, al mismo tiempo, proporcionaba al náufrago una excelente leche.

La mesa de Robinsón ofrecía ya una gran variedad de manjares. El joven se encontraba muy distante de los primeros tiempos, en que los mariscos y las frutas constituían su único alimento. Nunca le faltaban una tortilla de huevos, pescados — aprisionados con una red que había tejido al efecto, — un trozo de carne de llama, una pierna de gallina silvestre, papas, hortalizas, leche y fruta excelente. Todo ello era servido... por sí mismo, en platos, vasijas y vasos. Y para completar el cuadro de sus *satisfacciones*, diremos que Robinsón comía con cuchillos y tenedores de metal.

Sus trabajos metalúrgicos continuaban, efectivamente, progresando de un modo asombroso. Había construido un horno, con lo que simplificó notablemente sus tareas. Tenía ya una gran cantidad de herramientas, que le servían para labrar la tierra, unas, y otras para trabajar la madera. Con su deseo de abandonar aquella isla, á la que, sin embargo, amaba tanto, el joven había acabado por derribar un gran tronco de árbol, que con auxilio de esas herramientas había ahuecado convenientemente, y al que comenzaba á dar la figura del casco de un buque.

En cuanto á sus vestidos, el joven los había reemplazado con pieles de llamas y otros cuadrúpedos



... sus vestidos, el joven los había reemplazado...

que descubrió en los «Bosques». Es verdad que estas pieles no ofrecían el aspecto ni la finura de

nuestras telas; pero no han sido otras las vestiduras que usaron los hombres de los primeros tiempos. También hacía tejidos con sus plantas filamentosas, pero eran tan burdos y ásperos, que nuestro Robinson no pudo nunca utilizarlos para ropa interior. Se ha necesitado un gran progreso en el *cultivo* y *explotación* de las fibras y en la *industria* del tejido, para llegar á elaborar lienzos de cierta finura. Los primitivos mexicanos, en los momentos de la conquista española, cultivaban ya el algodón y lo hilaban, construyendo después túnicas de cierta delicadeza.

Así, paso á paso, nuestro compatriota había concretado en aquellos dos años la historia de la Humanidad.

Primero, Juan se había contentado con alimentarse con los frutos que le proporcionaba la tierra, é igualmente hicieron los primeros grupos de hombres. Eran éstos *tribus errantes*, que marchaban al acaso y vivían de lo que espontáneamente les brindaba el suelo.

Más tarde, Juan se fija en un pedazo de terreno y comienza á cultivarlo, y así también hicieron esos grupos primitivos. Ha encontrado una habitación, una cueva, y sabido es que las cavernas fueron la primera morada de los hombres.

Luego, el joven explota los minerales, para construirse con ellos herramientas y sacar mayor partido de su tarea. Asimismo ha hecho la Humanidad,

cuyos trabajos pueden ser considerados como los de un hombre que no muere nunca.

De tal suerte, este camino — el de Robinsón como el de la Humanidad — puede clasificarse por períodos ó etapas sucesivas: El primer período fué aquel en que el hombre, entregado completamente á los elementos de la naturaleza, no hace sino tomar los productos tales como ella los ofrece en su variada *distribución*.

El segundo se llama generalmente el período *pastoril*; el hombre, como hemos dicho ya, se fija en la tierra, la cultiva, extrae de ella los productos indispensables, no sólo para su alimentación, sino también para las necesidades del vestido; inaugura la alfarería, el tejido, y construye algunas herramientas: ya tiene capitales — provisiones é instrumentos, — ya está en condiciones de obtener mayores *satisfacciones* á costa de *menor* *esfuerzo*.



... ya tiene capitales

La tercera época está caracterizada por la explotación de minerales; las herramientas son más numerosas, más resistentes, más complicadas; nace la *pequeña industria*, y cada morada se convierte en un *taller doméstico*, en el que la familia fabrica por su propia cuenta los *útiles y utensilios* que le son indispensables.

Sin embargo, antes de llegar á este resultado, ¡cuántos hombres han desaparecido! ¡Cuántas generaciones han pasado sin que se procuraran algunas de las primeras satisfacciones que nosotros hemos alcanzado! ¡Cuántos esfuerzos y cuánto tiempo ha transcurrido antes de que, por ejemplo, se explotaran los metales!

Lo que para Robinsón habían sido dos años, para la Humanidad significan centenares de siglos. ¿Por qué? Porque Robinsón, aunque aislado del concurso de los demás hombres, había llevado á la isla lo que la Humanidad en sus comienzos no poseía: *conocimientos*, *experiencia* transmitida por sus lecturas, principios generales sobre *organización del trabajo y utilización* de los *elementos* de la naturaleza, nociones claras y precisas acerca de la utilidad de ciertos *productos* y medios de *transformarlos* á sus *necesidades*.

Y para llegar al punto de que partió Robinsón al emprender sus tareas, los hombres han tenido que trabajar mucho, que aprender mucho, que sufrir mucho.

La *historia económica* de la Humanidad puede condensarse en pocas palabras: en los primeros tiempos, ignorancia, hambre, desnudez, debilidad para vencer los obstáculos que se oponían á la satisfacción de sus necesidades; al final del camino: saber, fuerza para dominar todos los impedimentos, riqueza. ¿No era ésta también, en pequeño, la histo-

ria de Robinsón en aquellos dos primeros años que habitaba la isla?

Mucho faltaba al Robinsón Mexicano, no obstante, para alcanzar el período de la *gran industria*, que es el en que se encuentran los pueblos civilizados de nuestros tiempos. En este período, el *taller doméstico* se ha convertido en una *fábrica* — de igual modo que la *herramienta* se ha transformado en una *máquina*; — no es un solo hombre ni una familia la que se consagra á una sola tarea, sino que son muchos hombres los dedicados á muchas tareas; se ha realizado una extrema *división del trabajo*; se agrupan los capitales con objeto de aumentar la magnitud de las *explotaciones*, y en lugar de producir un número reducido de productos, se obtiene uno, cada vez mayor, que viene á satisfacer una cantidad, también cada vez mayor, de necesidades.

Es decir, que la Humanidad ha pasado de la *pequeña producción*, que es el patrimonio del período de la *pequeña industria*, para entrar en el de la *gran producción*, que caracteriza á la *gran industria*.

Pero ¿qué es una *industria*? No tenía necesidad Robinsón de quebrarse la cabeza para resolver esta pregunta; le bastaba darse cuenta del objeto que habían tenido sus trabajos. ¿Qué, había perseguido el joven al consagrarse al cultivo de la tierra? Proporcionarse, mediante este trabajo, los productos vegetales que le eran indispensables para la vida.

Pues ese es el objeto de la *industria agrícola*, llamada también *agricultura*. ¿Qué había tratado de alcanzar cuando comenzó á trabajar el barro y modelar vasijas? Procurarse recipientes en los que servir y conservar sus alimentos y los líquidos que utilizaba. Ese es el objeto de la *industria alfarera*. Cuando principió á explotar los minerales de las «Cimas» ¿qué esperaba Juan obtener? Herramientas, útiles, instrumentos... Tal es el objeto de la *industria metalúrgica*.

Así, el joven comprendió que la *industria* la constituye la habilidad, la destreza, la ciencia y también la energía de uno ó de varios hombres, aprovechando y transformando las *materias primas* y las *fuerzas de la naturaleza*, para apropiarse esas *fuerzas* y esas *materias* á los *diversos grupos* de necesidades. Cada uno de estos grupos constituye una *industria*.

De esta manera, el *número de las industrias* es *ilimitado*, como es *ilimitado* el *número de necesidades*; va en aumento con la *civilización*, que no es otra cosa, desde el punto de vista *económico*, sino el aumento de *bienestar de los hombres* con el aumento en las *satisfacciones* de sus necesidades.

Robinsón veía cómo esas *satisfacciones* habían ido en aumento cada día, conforme el joven había avanzado en las diversas industrias que tenían por objeto sus trabajos. Y aquí también, el naufrago no había hecho sino continuar el camino que la Hu-

manidad ha seguido en la adopción y marcha de sus industrias.



Robinson veía cómo esas satisfacciones ...

Los primeros pueblos se consagraron á la *industria agrícola*, puesto que de la agricultura obtuvieron los alimentos con que sustentarse, y también las substancias filamentosas con que tejer sus vestiduras, la cría de ganados, la caza, la pesca, etc., etc.

Después vino la *industria minera*, que tenía por fin extraer de la tierra los minerales destinados á la construcción de herramientas, instrumentos y demás objetos que tienen á los metales como materia prima.

Más tarde nació la *industria manufacturera*, cuyo objeto es la transformación de esas materias primas (vegetales y minerales) por procedimientos químicos y con el auxilio de grandes máquinas.

Y no son éstos todos los ramos de industrias, sino que, al impulso de la civilización, han surgido y surgen cada día otras y otras. Así, la *industria comercial* (por otro nombre el *comercio*), destinada á

obtener y procurar (esto es, *comprar y vender*) los *productos* que necesita cada individuo (y cada pueblo), y la *industria de transportes*, que se ocupa en *transportar* (por medio de carros, ferrocarriles y vapores) esos productos de una á otra comarca, llevando una *mercancía* del lugar *en donde se produce*, al lugar en que se solicita ó *demanda*.

Claro es que cada pueblo ha adoptado la industria que en mejores condiciones se encuentra para explotar; de suerte que la comarca en que las tierras sean ricas y las lluvias frecuentes, adoptará de preferencia la *industria agrícola*; otra comarca en la que el subsuelo ofrezca grandes cantidades de minerales, escogerá la *industria minera*, mejor que otra; la comarca que cuente con facilidades para el *tráfico*, como lo es, entre otras, la proximidad del mar, elegirá la *industria de transportes*, y así sucesivamente.

Pero aparte de estas preferencias — marcadas por las *desigualdades* en la *distribución de las riquezas naturales*, — el camino recorrido por Robinsón no se había apartado mucho del que ha seguido la Humanidad.

Y volviendo á andar, con la imaginación, este camino, es decir, pasando revista á la serie de trabajos que había realizado desde el día en que un golpe de mar lo arrancó de una embarcación desmantelada, para arrojarlo á las playas de la isla, el Robinsón Mexicano comprendió que todos estos trabajos, to-

dos estos esfuerzos, constituían una activa y constante *lucha*. Es que, efectivamente, la vida no es sino una *lucha* contra todos los elementos que le son adversos, y el hombre aislado, como la humanidad, no ha hecho ni hace otra cosa sino luchar constantemente para proporcionarse las *satisfacciones* que reclaman sus *necesidades*.

Mucho había aprendido el joven en estos años; desde luego, había aprendido á trabajar, cosa que antes ignoraba; había adquirido *disciplina*, tanto para dirigir su conducta, cuanto para *organizar* todos los materiales de labor con que contaba; había aprendido á *obser-*



... había aprendido á trabajar ...

var, reflexionar, y, por último, había aprendido también á sacar partido de todos los elementos y productos que le brindaba la naturaleza, comprendiendo que, en realidad, no hay nada en ella *inútil*, y que hasta lo más superfluo é insignificante adquiere importancia y utilidad cuando la industria del hombre lo *transforma* convenientemente.

Así, lleno de nuevo aliento y con las lecciones que le había transmitido la experiencia, comenzó Juan el tercer año de su estancia en la isla.

CAPITULO X

Una noche en la que, según su costumbre, se había retirado muy temprano á la «Gruta», creyó oir Robinsón un ruido de pisadas, como el que hiciera un grupo de seres humanos que cruzara apresuradamente la playa. Era la segunda vez que, después de más de dos años, llegaba un rumor semejante á los oídos del desterrado.

Lleno de natural sobresalto, el joven escuchó con mayor cuidado: no sólo se dejó oir de nuevo el ruido de las pisadas, sino, muy claros y perceptibles, los ecos de voces humanas. ¡Júzguese de la emoción que se apoderó del ánimo de Juanito!

Su primer movimiento fué arrojar-se fuera de la «Gruta» y salir al encuentro de aquellos inesperados amigos. Pero, ¿eran realmente amigos?

Nuestro Robinsón no ignoraba que, para que un hombre pueda considerar como amigos á otros hom-

bres de distinta raza ó nacionalidad de la suya, es indispensable que esos hombres hayan llegado á cierto grado de civilización. En los pueblos salvajes, todo extranjero es considerado como enemigo, y las tribus que constituyen esos pueblos viven en constante lucha unas contra otras.



... el joven escuchó con mayor cuidado ...

En ese caso, en vez de ver como amigos á los hombres que recorrían la playa, debía tenerlos como enemigos, y procurar defenderse, si era que trataban de atacarlo..

Robinson sólo tenía por armas su flecha y una especie de lanza de aguzada punta de hierro. Se apoderó, pues, de esta última, y colocándose en la

parte interior de la entrada de la «Gruta», esperó valerosamente, decidido á defenderse hasta que le faltaran las fuerzas.

Pero las horas pasaron sin ningún incidente; vino, por fin, el día, y con él la luz del sol iluminó con sus doradas claridades las brillantes arenas de la playa.

Juan se atrevió, entonces, á salir, siendo su primer cuidado reconocer escrupulosamente aquellas arenas; aquí y allá, siguiendo direcciones diversas, se distinguían con gran claridad los rastros de pasos humanos. No cabía la menor duda: un grupo de hombres, cuyo número no podía precisar el naufrago, había recorrido aquella noche la playa.



... ocultándose detrás de cada roca ...

¿Quiénes eran aquellos hombres y en dónde se encontraban? El joven se propuso averiguarlo.

Con grandes precauciones, ocultándose detrás de

cada roca, al abrigo de cada arbusto y siempre armado de su lanza, avanzaba Robinson lentamente, proponiéndose escalar una de las alturas, desde donde imaginaba que podría descubrir el lugar en que se hallaban los invasores de su isla.

No necesitó, sin embargo, adelantar gran espacio en su camino, porque desde una de las primeras rocas que limitaban la costa de los «Bosques», distinguió claramente, mar adentro, y como á cien metros de la playa, una piragua, tripulada por unos quince indígenas, completamente desnudos, cuyos gestos y ademanes le llamaron más la atención que aquel impensado encuentro.

Fijándose con mayor cuidado, vió la causa de la extraña agitación que conmovía á aquellos salvajes: en uno de los bordes de la piragua, un joven, casi un niño, de la misma edad, poco más ó menos, que Juanito, se debatía angustiosamente entre las manos de cuatro ó cinco tripulantes, haciendo desesperados esfuerzos por desprenderse de ellos.

En uno de sus movimientos logró soltarse de los brazos que lo tenían aprisionado, y, veloz como el pensamiento, se arrojó resueltamente al agua. Su rápida acción dejó por un momento sorprendidos á sus adversarios, y de esta sorpresa se aprovechó el fugitivo para alejarse, nadando vigorosamente en dirección á la playa.

Repuestos, no obstante, de su asombro aquellos hombres, no se manifestaron dispuestos á abando-

nar su presa; á una señal del que parecía ser el jefe, dos de ellos se precipitaron, á su vez, al mar, originándose de esta suerte una desesperada lucha entre los perseguidores y el perseguido.

El joven, como hemos dicho ya, nadaba con la desesperación que da el temor de un peligro; pero era evidente que los esfuerzos desplegados en el combate de la piragua lo habían fatigado extraordinariamente; sus perseguidores ganaban á cada segundo más terreno, la distancia se iba acortando, y no era dudoso prever cuál sería el resultado final.

Resguardado tras de las rocas, Robinsón seguía con avidez las peripecias de aquel combate, en que todas sus simpatías se encontraban de parte del fugitivo. Éste, al cabo, logró poner pie en tierra, y emprendió una loca carrera, precisamente hacia el paraje en que se ocultaba nuestro joven. Uno de los hombres que lo perseguían logró, empero, darle alcance, y ya se disponía á capturar al infeliz niño, cuando Robinsón, saliendo de improviso de su escondite, le asestó con la punta de su lanza un tan rudo golpe en medio del pecho, que el hombre se desplomó como herido por un rayo: estaba muerto, ó, cuando menos, gravemente herido.

No había tiempo que perder; el otro perseguidor podía presentarse de un momento á otro y los tripulantes de la piragua, alarmados por la ausencia de sus compañeros, desembarcar de nuevo en la isla,

en cuyo caso, Robinsón y el joven á quien había salvado estaban perdidos.

Así, Juan, haciendo una seña al indígena, prostrado ante él, en actitud de agradecimiento, emprendió ocultamente la retirada en dirección de la «Gruta». En ella penetraron ambos niños, refugándose en el rincón más distante, en donde, anhelantes, esperaron el resultado de la trágica aventura.



... Juan, haciendo una seña al indígena ...

Algún tiempo después, escucharon espantosos alaridos, gritos de terrible cólera, que los estremecieron de espanto. Eran, sin duda alguna, los salvajes que, como Juan había previsto, habían desembarcado nuevamente, y se habían encontrado con

el cuerpo de su camarada. Con toda evidencia buscaban en aquellos momentos al fugitivo y á su salvador para saciar en ellos su venganza.

Poco á poco, sin embargo, se fueron calmando aquellos gritos, y al terminar el día sólo se oía el rumor de las olas sobre la playa.

Transcurrió aquella noche sin ningún incidente, y al siguiente día continuó reinando el mismo inalterable silencio. ¿Se habían alejado los invasores, desistiendo de sus rencorosos propósitos? A pesar de esta probabilidad, los niños no abandonaron las profundidades de su hospitalario albergue; puesto que, como ya hemos dicho, Robinsón había almacenado en la «Gruta» las provisiones necesarias para alimentarse, no por un día, sino por una ó dos semanas, si era indispensable.

Dejaron, pues, que transcurriera aquel día y otro más, para salir al aire libre. Por fin, se aventuraron á hacerlo, aunque con infinitas precauciones, temerosos de una emboscada.

En la playa reinaba una profunda calma, y, recorriéndola cuidadosamente, no encontraron uno solo de sus temibles enemigos; ni aun el cuerpo del que Juan había herido. Era evidente que los salvajes habían cargado con él y se habían alejado en la piragua.

Pero ¿y si estaban ocultos en la espesura de los «Bosques», en espera de que sus adversarios acabasen, tarde ó temprano, por presentarse?

Cualquier peligro era preferible á aquella ansiedad. Robinson resolvió saber á qué atenerse, y haciendo una señal á su compañero de que lo aguardase en la «Gruta» — pues el idioma que hablaba el indígena le era completamente desconocido, — emprendió animosamente el camino de las «Cimas», desde donde, como ya sabemos, se abarcaba toda la isla.

Ascendió, pues, nuestro valiente joven hasta aquellas alturas, y con escrutadoras miradas investigó el horizonte, con la misma ansiedad, aunque deseoso de alcanzar distintos resultados, que el primer día en que se instaló en la isla. Como aquel día, Juan no descubrió indicio de la presencia de hombre alguno; como entonces, el



... Pero esta vez no estaba solo ...

joven se encontraba en una isla desierta, aislado del resto de la humanidad... Pero esta vez no estaba solo, porque la suerte le había deparado un compañero.

CAPÍTULO XI

SUMARIO. — La propiedad. — Cómo y cuándo ha nacido la propiedad. — La ocupación, primer elemento de la propiedad. — Bienes muebles y bienes inmuebles. — Propiedad colectiva y propiedad individual. — El trabajo, segundo elemento de la propiedad. — Cómo se traspasa la propiedad: la venta, la dádiva, la herencia. — En los pueblos civilizados la propiedad está reconocida por las leyes. — Ataques á la propiedad: el robo. — Las tribus primitivas de la Humanidad vivían del trabajo ajeno; las naciones civilizadas modernas viven del producto de su propio trabajo.

Era verdad, Juan tenía ya un compañero; pero ¿quién era éste? ¿de dónde venía? ¿cómo se llamaba? El joven no podía responder á ninguna de estas preguntas, porque, como hemos dicho, el indígena hablaba en un idioma ignorado para Robinsón.

Nuestro protagonista resolvió, sin embargo, bautizar á su camarada, y, en recuerdo del día en que lo había salvado, le ocurrió llamarle «Domingo», nombre á que el desconocido no tardó mucho tiempo en habituarse, atendiendo á él como si en su vida no hubiera tenido otro.

Dejando, pues, para más tarde el pasado de Domingo, Robinsón resolvió instalarlo al lado suyo, en *su* isla, pensando que le sería muy útil en los trabajos que había emprendido, tanto en los cultivos de *su* huerto, como en la construcción de *su* nave.



... le ocurrió llamarle Domingo ...

¿Por qué hablaba Robinsón de *su* isla, *su* huerto, *su* nave, como también de *su* «Gruta», *sus* herramientas, *sus* llamas y *sus* provisiones? Sencillamente porque aquellos objetos, aquellas *riquezas*, eran *bienes* suyos, le pertenecían, eran de su *propiedad*.

Pero ¿cuándo y cómo ha nacido la *propiedad*? Es evidente que la noción de la *propiedad* ha aparecido tan pronto como surgió la noción de lo *tuyo* y de lo *mío*. Cuando un objeto es mío, quiere decir que me pertenece, que soy su *propietario*; cuando otro objeto es *tuyo*, que eres tú el *propietario*. El hombre es propietario de sus facultades, de sus esfuerzos, de su inteligencia, de su salud.

¿Cómo ha pasado á ser propietario de las fuerzas, de las substancias, de las materias de la naturaleza?

Fijándose con atención en todos los seres vivientes que existen en el planeta, se observa que la *apropiación* es un hecho general á todos ellos: las plantas se apropian, tomándolos del aire y de la tierra, los elementos que les son indispensables para su nutrición; los animales, las presas que les sirven de alimento, y los hombres las materias destinadas á satisfacer sus necesidades.

Refiriéndonos exclusivamente al hombre, Robinson había recorrido una vez más el camino andado por la Humanidad.



En los primeros tiempos, cuando las tribus errantes marchan á la ventura, alimentándose de los frutos que toman de los árboles y de los animales que cazan, la *propiedad* se reduce únicamente á la flecha que sirve á cada individuo para matar á esos animales, y á las pieles que destinan á envolverse.

...elevan chozas en que guarecerse...

Más tarde, esas tribus se fijan en un pedazo de terreno, que cultivan, y elevan chozas en que guarecerse. De este modo

nace la *propiedad raíz*, que consiste, actualmente, en todas las riquezas incorporadas al suelo: campos labrados, edificios, etc., llamados también *bienes inmuebles*, es decir, que *no pueden moverse*.

Y no son éstos los únicos *bienes* que constituyen la propiedad, puesto que, de igual modo que Robinson, esas tribus, convertidas ya en *sedentarias*, comienzan á fabricar *instrumentos* para sus primitivas industrias, hacen acopio de *provisiones*, aprisionan ganados, etc., etc., *instrumentos y provisiones* que representan los *bienes muebles*, es decir, que son susceptibles de *moverse*.

En sus comienzos, la *propiedad de la tierra* fué común á todos los individuos. Entonces, la propiedad era de la *colectividad*, es decir, del conjunto de todos los individuos que componían la tribu, y por eso se la llamó *propiedad colectiva*. Juan recordaba que en México existen muchos terrenos que son de propiedad *colectiva ó comunales*, cultivados y explotados en provecho de un grupo de individuos.

Poco á poco, no obstante, cada grupo ó familia encerrada en una choza, va construyendo utensilios y herramientas para su servicio propio; cada uno de estos grupos ó familias va distinguiéndose por su esfuerzo en trabajar un pedazo de tierra; una familia es inteligente y laboriosa, otra perezosa y torpe; de esta suerte, cada una de ellas constituye una propiedad *familiar*, que depende del *individuo* jefe de esta familia. Así queda establecida la *propiedad in-*

dividual, que reconocen todos los pueblos civilizados.

El origen de la propiedad ha sido, pues, la *ocupación de la tierra* y de los elementos indispensables para la vida del hombre.

Robinsón podía, pues, considerar que aquel huerto era *su* huerto y que aquella gruta era *su* gruta, puesto que el joven había *ocupado* aquella tierra y aquella gruta *antes que ningún otro hombre*.

Pero entonces ¿puede decirse que la *ocupación* es lo que da origen á la *propiedad*?

En realidad, la *ocupación* es una de las causas que originan la propiedad, pero no es la única causa de ella.

¿Qué otra cosa había hecho Robinsón para creer que aquella tierra le pertenecía?

La había cultivado con esmero, la había mejorado con su labor de todos los días, le había agregado sus esfuerzos, su inteligencia, para obtener mejor partido de ella. Por eso *el trabajo* es otro de los elementos de la propiedad. Y por esta misma razón, podía decir que las provisiones que guardaba la «Gruta» y las herramientas que había fabricado eran de su propiedad, porque esas provisiones y esas herramientas eran el fruto de su trabajo.

¿Qué sucedería si Robinsón fuese un día salvado, como lo esperaba, y devuelto á su patria? ¿Tendría derecho para llevar consigo sus propiedades, sus herramientas, sus provisiones, sus armas, sus anima-

les domésticos, etc.? Claro es que sí, puesto que esos bienes eran *suyos*.

Y no sólo tendría derecho para llevarlos consigo, sino también para *venderlos* ó *regalarlos* á las personas que gustara. Esta es, en efecto, la primera condición de la *propiedad*: que puede ser cedida á otra persona. Y merced á esta condición, se ha establecido la *herencia*, en virtud de la cual, cualquier individuo, antes de morir, puede traspasar *su propiedad* á sus descendientes ó á las personas por quienes mayor cariño haya sentido durante su vida. La herencia no viene á ser, en efecto, sino una dádiva de su propiedad que hace el individuo para después de muerto.

Esta facultad de poder ser transmitida que tiene la propiedad — lo mismo de los *bienes muebles* que de los *inmuebles*, de igual modo las casas, los campos y las fábricas (los inmuebles), que los instrumentos, los objetos de uso común y el *dinero* (que no es otra cosa sino una *propiedad mueble*), — constituye el fundamento de todas las operaciones que diariamente se llevan á efecto ante nuestras miradas.

Un hombre *vende* un objeto porque es *propietario* de él; pero desde el momento en que el comprador lo *paga*, adquiere la propiedad de ese objeto.

Y en este sistema descansa la vida económica moderna de las naciones civilizadas, en donde las leyes, no sólo reconocen la propiedad, sino que castigan con penas al que atenta contra ella: á los ladrones,

asaltantes y malhechores de todo orden que se apropian de lo ajeno contra la voluntad de su dueño. De esta suerte, todo *ataque á la propiedad* se traduce por un *ataque al trabajo ajeno*.

Era evidente que si los salvajes que habían desembarcado en la isla, hubieran encontrado el huerto de Juan, sus plantas cultivadas, sus llamas domésticas, y si al cabo hubieran dado con la «Gruta», se habrían apoderado de las plantas, los animales, las armas, las herramientas y los utensilios, productos del trabajo del joven mexicano. Los pueblos salvajes viven, en efecto, del *robo*, es decir, del *trabajo ajeno*. En este período de la Humanidad, las tribus, en estado de guerra constante, se *despejan* unas á otras.

En la época actual, ampliamente civilizada, los pueblos viven de su *trabajo propio*, de los productos de su laboriosidad y de su inteligencia, tal como Robinsón había vivido en la isla.



Los pueblos salvajes viven del robo...

CAPITULO XII

SUMARIO. — La libertad y la esclavitud. — Cómo nació la esclavitud. — Los esclavos de los primitivos pueblos. — Cómo los esclavos se convirtieron en siervos. — Las corporaciones y las cofradías. — Obstáculos á la libertad del trabajo. — Sin libertad no existe la propiedad. — La venta de esclavos. — Abolición de la esclavitud.

Como era natural, la presencia de un compañero le hizo á Juan más soportable la vida en lo de adelante, y contribuyó poderosamente á que no echara de menos, como antes, muchas de las satisfacciones que aun no había podido procurarse.

El indígena y Robinsón iban, poco á poco, habituándose á estar el uno al lado del otro, y no cabía duda de que, tarde ó temprano, acabarían por entenderse. Domingo era, por lo demás, un muchacho muy vivo, apto para el trabajo y cuyas miradas inteligentes adivinaban prontamente las órdenes que Robinsón le transmitía.

Como nuestro compatriota deseaba enseñar el es-

pañol á Domingo, comenzó una serie de lecciones diarias, y puso el discípulo tanto empeño y aplicación de su parte, que no transcurrieron muchos

meses sin que llegaran á comprenderse.

Entonces pudo ya conocer Robinsón la historia del compañero que le había deparado la suerte.

Domingo pertenecía á una tribu que vivía en una de las islas que se alzaban en aquel océano. Esta tribu se encontraba en guerra constante con otras que poblaban las demás islas inmediatas.

En sus comienzos, aquellas guerras habían sido sangrientas, pues los adversarios se mataban sin compasión unos á otros. Más tar-

de, los combatientes comprendieron que era preferible apoderarse de los enemigos vencidos y hacer de ellos *esclavos* que les ayudaran á cultivar la tierra y á desempeñar todas las demás labores.



... iban, poco á poco,
habituándose ...

La *esclavitud* ha existido, en efecto, en todos los pueblos primitivos, y aun en época relativamente reciente se ha conservado esta bárbara costumbre, consentida y autorizada por las leyes.

Juan recordaba que entre los antiguos mexicanos la esclavitud era la condición de determinados grupos sociales, por más que se señalaba la forma en que estos esclavos podían alcanzar su libertad, lo que no ha sucedido en otras naciones.

Los países europeos conservaron la esclavitud en las comarcas que conquistaron, hasta el pasado siglo XIX. En Inglaterra fué suprimida la esclavitud el año de 1833; en el Brasil el de 1856, y España derogó la esclavitud mucho más tarde todavía. En los Estados Unidos, la abolición de la esclavitud hizo necesaria una guerra (la Separatista), de 1861 á 1864.

Recordemos los mexicanos que el inmortal Hidalgo escribió en su programa la libertad de los esclavos en América.

Domingo explicó á Robinson cómo los esclavos aprisionados por su tribu, en lucha contra las enemigas, no tenían *libertad* para trabajar en las tareas que más les agradaban. Aquellos esclavos estaban obligados por la fuerza á emprender las labores que les enseñaban sus *amos*. Unos eran confinados á labrar la tierra, otros á levantar palacios para el jefe de la tribu, y así sucesivamente.

Evocando sus memorias acerca de la historia de

México, Juan recordó todavía que los conquistadores aztecas impusieron á los pueblos que lograron dominar, los trabajos más diversos y que les eran más útiles. De esta suerte, los prisioneros huasteca fueron condenados á terminar el templo de Huitzauhac, y en el palacio de los reyes de Texcoco se emplearon doscientos mil operarios esclavos, reclutados entre los enemigos sometidos.



Domingo explicó á Robinsón cómo los esclavos ...

Por mucho tiempo, y lo mismo que en la tribu de Domingo, no ha existido en los pueblos la *libertad de trabajo*. Cada individuo, como en aquella tribu,

se ha visto obligado á desempeñar determinada labor. Después, *los amos* — grupo formado por las clases que vivían del trabajo de los esclavos — dulcificaron el trato y la condición de esos *esclavos*, que se convirtieron en *siervos*. Los *siervos* estaban obligados á cultivar la tierra y á dar una parte de los productos de ella á su *amo* ó *señor*. Á otros trabajadores se les confiaron las *tareas industriales*, instituyéndose los *gremios* ó *corporaciones*: el *gremio* de zapateros, el de sastres, el de plateros, etc., etc.

Para entrar en cada uno de estos gremios, era necesario un largo aprendizaje y cumplir con multitud de requisitos, *restricciones* ó *rémoras* opuestos á la *libertad del trabajo*, en virtud de órdenes dictadas por las autoridades.

El *progreso*, que ha suprimido la esclavitud, ha quitado también esos obstáculos á la *libertad del trabajo*, que, de igual modo que la *propiedad*, está reconocida por las leyes de todos los pueblos civilizados del mundo. El hombre puede actualmente emprender el género de trabajo que más le agrada, naturalmente siempre que este trabajo sea lícito y no ataque á la propiedad ajena.

La *libertad* es la base más fija de la *propiedad*, de tal modo, que sin aquélla no puede decirse que ésta exista. Por eso los esclavos no son *propietarios* de nada; ni de la tierra que cultivan, ni de los objetos que fabrican.

Así sucedía en la tribu de Domingo; los esclavos

no gozaban de ninguna propiedad, ni aun de la de su propia persona, puesto que sus amos podían cambiarlos por otros esclavos ó por objetos ó productos.

Entre los antiguos mexicanos, los *esclavos* se cambiaban por *piezas de manta*, y durante algunos siglos ha existido en algunas naciones la *compra* y *venta* de esclavos.

Volviendo á la historia de Domingo, el indígena siguió refiriendo á Robinsón que un día su tribu fué vencida por sus enemigos, matados los ancianos, y los jóvenes reducidos á la esclavitud por los vencedores. Él se encontraba en el número de los vendidos.

Entonces Domingo comenzó á sufrir por parte de sus amos el maltrato y la *expoliación* — es decir, el *despojo del trabajo ajeno*, — como la tribu del joven había maltratado y expoliado antes á sus esclavos.



... Domingo trató de escaparse...

Por último, en una excursión marítima en la que Domingo tomó parte, el indígena trató de escaparse de las manos de sus señores.

El resto lo sabía ya Robinsón: la fuga de la piragua, la persecución de los opresores y, por último, el encuentro con el joven mexicano, al que Domingo

debía la vida y á quien estaba tan profundamente agradecido.

Y al decir esto, las miradas del indígena se fijaban con ternura en Robinson, y dos gruesas lágrimas, desprendidas de sus párpados, corrían lentamente por sus mejillas.

CAPITULO XIII

SUMARIO. — Repartición de la riqueza. — Parte que corresponde á la tierra en el reparto de la producción. — El propietario rural. — Arrendamiento de la tierra. — El arrendador y el arrendatario. — La renta. — Gastos de explotación de la tierra. — El cultivo extensivo y el cultivo intensivo. — La grande y la pequeña propiedad. — Cómo ha desarrollado el hombre la productividad de la tierra.

Desde que Domingo se encontró á su lado, Robinsón comenzó á *compartir* con su compañero todos los *productos y bienes* de su *propiedad*.

No sólo le dió, en efecto, un lecho en la «Gruta» y *una parte* de los frutos del huerto, sino también pieles con que vestirse y otra flecha que fabricó con el propósito de que el indígena le ayudara en sus cacerías. Más tarde le cedió un espacio del huerto, que Domingo se dedicó á cultivar con mucha inteligencia.

Una porción de los productos obtenidos por el joven, los utilizaba él mismo para sus necesidades, y el resto lo entregaba á Juan, quien iba, poco á poco, aumentando de esta suerte sus provisiones.

Juan podía *distribuir* de este modo sus bienes y sus productos, puesto que eran exclusivamente suyos; pero en la *vida social*, tal como la conocemos, no sucede lo mismo, sino que, como son varias las personas que intervienen en la obra de la *producción de la riqueza*, la *distribución* de los productos se hace entre esas personas, que en la isla se reducían á una sola.



... y otra flecha que fabricó ...

Robinsón había sido, primero, *propietario de la tierra*; después, *trabajador* de ella, y á la postre *capitalista*. Así, pues, el propietario *rural* (ó de la

tierra), el *trabajador* (llámese éste *peón* de los campos, *director* ó *empresario* de una industria, etc.) y el *capitalista* (poseedor de cualquier orden de capital de los que ya hemos mencionado) tienen derecho á una *parte* de la producción.

Pero ¿cómo el primitivo *propietario de la tierra* ha acabado por ceder á otras personas porciones más ó menos considerables de ella?

No tenía Robinsón que calentarse mucho la cabeza para resolver este punto, porque los hechos han ocurrido enteramente igual á como se habían presentado en su isla, y del mismo modo que el joven mexicano había cedido una porción de su huerto á Domingo para que éste le entregara una parte de los productos obtenidos, así también los primitivos propietarios rurales han cedido á otros hombres la explotación de su propiedad, contentándose, igualmente, con una porción de los productos alcanzados por estos hombres, á los que se llama *arrendatarios*, como al propietario que cede á otra persona una parte de su propiedad se llama *arrendador*, y *renta* la parte que el arrendatario entrega al arrendador. Domingo era, pues, un arrendatario de Robinsón y los productos que le entregaba eran *la renta* de nuestro compatriota. En los primeros tiempos, en efecto, la *renta* la satisfacía el arrendatario *en productos*; más tarde *en dinero*, puesto que con *dinero se adquieren* todos los productos.

En México existen todavía muchos trabajadores de la tierra, designados con el nombre de *medieros*, que se consagran á cultivar terrenos de propiedad ajena y entregan al propietario *una parte* de los *productos* que cosechan.



Domingo era, pues, un arrendatario de Robinsón ...

Nuestro compatriota tenía presente que su padre, *propietario rural* del Estado de Sinaloa, como hemos hecho saber ya en páginas anteriores, había explotado por su propia cuenta unos terrenos, y cedido otros, para que los explotaran otras personas que los tomaron en *arrendamiento*.

En cuanto á los terrenos que explotó por su cuenta, el padre de Juan había tenido necesidad de hacer algunos *gastos de explotación*: los *salarios* de los *peones*, los *sueldos* del *administrador* de la hacienda y de los empleados, el *costo* de las semillas destinadas á la siembra, etc., etc. Más tarde, la *producción de la tierra* estaba encargada de cubrir estos gastos y proporcionar una *utilidad* al *explotador*.

¡Cuántas veces nuestro héroe había oído en su casa: este año tenemos buena cosecha! Y los corazones se ensanchaban, pensando que en aquella ocasión la tierra había proporcionado un *rendimiento* de *producción* suficiente para pagar al propietario su *renta*, al arrendatario su *arrendamiento* y á los empleados y jornaleros sus *sueldos* y sus *salarios*, dejando de esta suerte cubierta la parte que á cada uno de ellos correspondía en la distribución de la riqueza.

En otras ocasiones, la cosecha era menos abundante y hasta llegaba á perderse, por una de esas prolongadas sequías que son en nuestro país tan frecuentes.

Entonces, todos los que contribuían á la producción se lamentaban amargamente: el propietario, porque no podía obtener una *renta* tan elevada como la esperaba; el arrendatario, porque á duras penas llegaba á satisfacer el precio de su *arrendamiento*, y aun los mismos empleados y jornaleros, pues á menudo era preciso despedir á mucha gente

para disminuir de esta suerte los *gastos de explotación*.

Como era natural, tanto el padre de Juan como sus arrendatarios estaban interesados en obtener el mayor *rendimiento* de la tierra.

¡Y esto era esforzarse en cuidar la porción de terreno que explotaban! ¡Y esto era también tratar de mejorar las condiciones de ese terreno, dotándolo de mayor productividad!



... se había esforzado en cuidar y mejorar su huerto ...

Asimismo, Robinson se había esforzado en cuidar y mejorar su huerto, para hacerlo producir mayor cantidad de plantas y frutos.

Cuando llegó á la isla, nuestro joven disponía de una gran cantidad de terreno que hubiera podido explotar *alternativamente*, es decir, sembrando hoy una porción de tierra, mañana otra, y ocupando, de esta suerte, una gran *extensión*. El cultivo del suelo habría sido, por lo tanto, *extensivo*.

Las primeras tribus (á las que tantas veces hemos aludido en el curso de este relato) se encontraron en las mismas condiciones que Robinsón al llegar á la isla. Esas tribus se consagraron á cultivar la tierra *extensivamente*; disponían de inmensos espacios de terreno y pasaban de un espacio á otro; quemaban árboles gigantescos, desperdiciaban gran número de semillas y se preocupaban muy poco de que la tierra perdiera sus cualidades fecundantes, es decir, los variados elementos que hacen nacer y desarrollarse las plantas.

Esta forma de explotación del terreno constituye la *gran propiedad* que, en los comienzos de la labor agrícola, fué peculiar á todos los pueblos.

En México existe todavía un número muy considerable de *grandes propietarios*, que disponen de inmensas extensiones de terreno, de las que sólo cultivan algunas porciones, más ó menos amplias, según sus necesidades y según los capitales de que disponen esos propietarios.

Robinsón, sin embargo, se había fijado en una pequeña porción de la gran propiedad de que disponía. Era, por lo mismo, un *pequeño propietario*,

como han llegado á serlo la mayor parte de los pueblos que comenzaron por ser *grandes propietarios*.

Trabajando exclusivamente sobre esta pequeña extensión de terreno, Juan se había preocupado por obtener el mayor rendimiento de la tierra, transformando el *cultivo extensivo* en *intensivo*, es decir, en un cultivo en que la tierra explotada llega á su mayor *fuera de producción*.

Por fortuna para nuestro héroe, las tierras de la isla que había entregado al cultivo poseían excelentes condiciones: abundaban en elementos fecundantes, y cada semilla que se depositaba en ellas daba origen á una planta que se desarrollaba con extremado vigor y lozanía. No sucede esto siempre, sino que en ocasiones, el propietario rural se encuentra con terrenos infecundos, ó las tierras, cansadas de producir, necesitan descanso ó que se agreguen á ellas substancias (llamadas *abonos*) que les devuelvan sus cualidades productivas.

Entonces el propietario ó el arrendatario (cualquiera de los dos que tenga á su cargo la *explotación de la tierra*) necesitan incluir en los gastos que arriba hemos mencionado (jornales, sueldos, semillas para la siembra, etc., etc.) el costo de estos abonos.

El esfuerzo del hombre para dotar á la tierra de elementos de productividad, ha sido de una tenacidad infatigable. No sólo ha devuelto á antiguas porciones de tierra, ya agotadas por continuas explotaciones, sus cualidades fecundantes, sino que ha

dotado de esas cualidades á otros terrenos que la naturaleza había condenado á permanecer eriazos y sin vegetación.

Como uno de los ejemplos más notables de este esfuerzo, son de citarse los trabajos llevados á feliz término por los holandeses, quienes han quitado al mar grandes espacios de terreno que pasan hoy por ser de los más fecundos que existen.

En México hay comarcas en que la tierra ofrece al cultivador agrícola notables elementos de fecun-



... y el suelo de la isla ofrecía elementos suficientes...

didad; pero, en cambio, existen otras en las que el suelo, cansado por un cultivo de muchos siglos, exige reposo, ó, cuando menos, que se le devuelva, mediante un oportuno sistema de abonos, su antigua fuerza de producción.

Como hemos dicho, Robinsón no se encontraba en ese

caso, y el suelo de la isla ofrecía elementos suficientes, no sólo para alimentar á sus dos moradores, sino á un número mucho más considerable de habitantes.

CAPITULO XIV

SUMARIO.—Parte del trabajador en el reparto de la producción: el salario. — El salario está destinado á satisfacer las necesidades del trabajador. — Estas necesidades aumentan con el grado de civilización del asalariado. — Relación entre la riqueza de una sociedad y los jornales que se pagan á los trabajadores. — Jornales altos y jornales bajos. — Por qué se elevan y bajan los jornales. — Salario nominal y salario real.

Cada día se encontraba Juan más satisfecho con la ayuda de Domingo.

El muchacho, además de estar dotado de altas cualidades de inteligencia, poseía una gran habilidad manual y una decidida afición al trabajo.

Era, pues, un colaborador activo de Robinsón, y los *servicios* que prestaba á nuestro compatriota compensaban ampliamente la *parte* de alimentos que consumía, así como el lecho que ocupaba en la «Gruta» y los vestidos con que cubría sus miembros.

La *participación* de Domingo en los bienes y productos que constituían la propiedad de Robinsón,

era el *salario* del indígena, esto es, la *porción que le correspondía por su trabajo en la obra de producción*.



... poseía una gran habilidad manual ...

De este modo, si cazaba una gallina silvestre, el pedazo de pechuga que cenaba aquella noche lo había en realidad ganado por su esfuerzo en hacer caer el ave; el lecho de que disfrutaba estaba pagado con sus cuidados por asear y conservar la «Gruta», y las frutas que golosamente comía eran satisfechas con la atención con que cultivaba el huerto.

Esta *parte* es, en efecto, lo que corresponde *al trabajador* en la *distribución* de la *riqueza*.

Pero ¿cuál debe ser esta *porción* del trabajador?

Robinson había dado á su *obrero*, como acabamos de ver, alimentos, lecho y vestidos con que satisfacer sus necesidades; por manera que puede decirse que la *participación del trabajador* debe corresponder á *sus necesidades*, las que, como sabemos, son en extremo variables.

En efecto, cuando Juan llegó á la isla, lo primero que atendió fué á su alimentación; después trató de proporcionarse un albergue, y más tarde acudió á exigencias superiores, propias de un joven que ha nacido y se ha educado en una sociedad civilizada.

De igual suerte, las necesidades y exigencias del trabajador dependen del grado de su civilización, y también de las *condiciones económicas* de la comarca en que vive. No basta, á la verdad, que un hombre sea muy civilizado y tenga muchas exigencias, sino, además, es preciso que la comarca cuente con una gran cantidad de productos destinados á satisfacer tales exigencias.

Domingo, hasta entonces, había vivido en una tribu semisalvaje, y de ahí que Robinson pudiera satisfacer la parte que correspondía al joven indígena (en su calidad de *trabajador* ó *asalariado*), con los frutos que producía su isla y los escasos bienes de que disponía. Pero aun suponiendo que Domingo hubiese experimentado el deseo de atender á mayor

número de necesidades, Robinsón no habría podido satisfacer esas necesidades del indígena, porque ya sabemos que la isla sólo proporcionaba, hasta entonces, un número muy limitado de productos.

De esta suerte, los jornales varían en cada pueblo, *según las necesidades de cada trabajador y según la riqueza de cada comarca*. En unos países, los jornales son más elevados que en otros, y el *obrero* (dependiente, empleado, etc.) cuenta con mayores elementos con que hacer frente á las exigencias de su vida.

En México, por desgracia, los jornales — con especialidad los de la gente que se dedica á las labores del campo — son muy reducidos, pues apenas bastan para que el trabajador pueda atender á las más apremiantes satisfacciones de su existencia. En otros países, los jornales son más elevados y los obreros pueden, por lo tanto, procurarse mayor número de satisfacciones.

Supongamos, ahora, que Robinsón, contando con la feracidad de la isla, hubiese tenido que satisfacer necesidades de un número mucho más considerable de personas. Entonces se habría visto obligado á buscar más trabajadores, que es precisamente lo que hace todo explotador de la tierra ó de una industria cualquiera, para obtener mayor cantidad de productos.

De este modo, el padre de Juan y sus arrendatarios solicitaban cada año más jornaleros, á medida

que ensanchaban sus cultivos. Esto es lo que constituye la *demanda de trabajo*.

Inútil habría sido que en la isla se hubiera presentado un grupo de hombres ofreciendo sus trabajos. Ni Juan ni Domingo los solicitaban para mantenerse en el período de vida primitiva que llevaban ambos. Si esos trabajadores se hubiesen presentado á Robinsón, habría habido una *oferta de trabajo* superior á las necesidades de los dos jóvenes.

También el padre de Juan se veía obligado con mucha frecuencia á no

aceptar la labor de los peones que se le ofrecían, por tener ya un número suficiente de ellos y no serle preciso obtener una cantidad de productos mayor de la que anualmente ponía á la venta.

Estas circunstancias, es decir, la *abundancia* ó *escasez* de trabajo, en relación con la cantidad de productos que el propietario ó explotador debe obtener normalmente, determinan la *elevación* ó *bajatura* de los jornales, sueldos, etc.



... período de vida primitiva
que llevaban ...

Así, en una comarca en que la *demanda* de trabajo es superior á la *oferta*, los salarios son elevados; mientras que en otra, en donde la *oferta* de trabajo es superior á la *demanda*, los salarios son bajos.

Un economista inglés ha formulado este principio, diciendo: «Cuando dos patronos corren detrás de un obrero, se elevan los jornales; pero cuando dos obreros corren detrás de un patrono, los jornales bajan.»

En la isla, Robinsón, propietario y explotador de la tierra y de las pequeñas industrias que había implantado, entregaba á Domingo una parte de los productos, después de haber obtenido estos productos. En la actual vida social no sucede lo mismo, sino que el propietario ó explotador satisface al jornalero la parte que á éste corresponde, antes de haber obtenido la producción, y esta parte se paga en dinero, en vez de hacerlo, como Juan, en productos, ya que, como hemos dicho en nuestro anterior capítulo, el dinero puede cambiarse por todos los bienes y productos que tienen los hombres á su disposición.

De esta suerte, lo que interesa al *trabajador* es que la cantidad de dinero que se le paga por su trabajo, sea suficiente para comprar con él todos los productos destinados á satisfacer sus necesidades.

Domingo vivía feliz, porque los productos con que Robinsón pagaba sus trabajos eran suficientes para cubrir las modestas exigencias del indígena.

No pasa lo mismo en todas las sociedades, puesto que á veces el salario satisfecho *en moneda* (llamado por los economistas *salario nominal*) no basta para proporcionar todas las satisfacciones que desea el trabajador.



Un obrero, dependiente, empleado, profesor, etc., es decir, un hombre *que vive de su tra-* ... Robinson pagaba sus trabajos ...

bajo, experimenta, además de sus necesidades propias, las de su familia, porque el deseo de formar un hogar y procurar á todos los individuos de este hogar el mayor número de satisfacciones, es una noble aspiración que nace del corazón del hombre y le infunde fuerzas para trabajar con mayor aliento.

El número de *satisfacciones*, ó sea el de *necesidades satisfechas*, que se adquieren con el jornal estimado en moneda, se llama el *salario real*, y claro es que cuanto mayor sea el número de las satisfacciones, mayores son también *el bienestar*, los goces, la *riqueza* de los asalariados.

CAPÍTULO XV

SUMARIO. — Parte que corresponde al capital en la repartición de la riqueza. — Servicios prestados por el capital á la obra de la producción. — Interés del capital. — Por qué aumenta y se reduce el interés del capital. — Necesidad de capitales en los países nuevos. — Seguridades y garantías que reclama el capital. — La usura. — Casas de empeño.

Siguiendo el ejemplo de su amo, Domingo se levantaba muy temprano todas las mañanas, se desayunaba apresuradamente y dirigíase á los «Bosques», armado con la flecha que Juan le había cedido.

El indígena hacía una abundante provisión de huevos y cazaba los animales que encontraba en su camino; después entraba en el huerto y escogía en él frutas y hortalizas; todo lo que estaba destinado al alimento de aquel día, y también, como ya sabemos, á aumentar las provisiones de los siguientes.

Domingo empleaba la tarde en ayudar á su amo en la construcción del navío que nuestro compatriota pensaba siempre utilizar para salir de su destierro.

El indígena había adquirido una gran destreza en e manejo de las herramientas que Robinsón le había proporcionado, y, de esta suerte, su trabajo iba alcanzando cada vez mayor *rendimiento*.



... ayudar á su amo en la construcción del navío ...

Si Domingo prestaba un gran *servicio* á Robinsón procurándole mayor cantidad de productos, no eran menores los servicios que Robinsón prestaba á Domingo, proporcionándole herramientas que hacían más *productiva* su tarea.

Bueno es recordar que aquellas herramientas constituían *el capital* de Robinsón, y que, por consiguiente, una parte de los beneficios que Juan obtenía de los trabajos de Domingo, ya fuera en el avance de alguna de las empresas perseguidas, ó ya en el aumento de producción, podía considerarse como la porción que al capital de Juan correspondía.

Naturalmente, si Domingo *hubiese carecido* de las *herramientas* que Juan había puesto á su disposición, el trabajo del indígena hubiera sido *menos productivo*. No tenemos sino recordar los primeros días

que Robinsón pasó en la isla, para darnos cuenta de los servicios prestados por el capital.

Sin la fabricación de instrumentos destinados al aumento de esa producción, ¡cuán triste y miserable habría sido la existencia de los dos jóvenes! Sin los servicios del capital, en efecto, no sólo Domingo y Robinsón, sino la Humanidad entera habría permanecido, como ya hemos dicho, en la angustiosa edad en que los hombres no tenían bastantes productos con que atender á sus más apremiantes necesidades y en la que el hambre y la miseria reinaban en la faz de la tierra.



... de los frutos que cosechaba Domingo ...

Justo es, por lo mismo, que los *servicios prestados por el capital* sean pagados con una *parte de la producción*, ya que estos servicios contribuyen á *aumentarla*.

Así como Juan, en su calidad de propietario de la tierra, percibía una parte de los frutos que cosechaba Domingo, así también el Robinson Mexicano percibía, en su calidad de capitalista, otra parte de dichos productos.

En los tiempos primitivos, los capitalistas no tuvieron otra forma de obtener la porción que les corresponde en la *distribución* de la riqueza.

De igual suerte que los arrendatarios agrícolas entregaban al propietario de la tierra una parte de sus cosechas, los que hacían uso del capital ajeno cedían al capitalista otra parte de los productos que obtenían con su trabajo, en recompensa de las ventajas que alcanzaban con el empleo de este capital ajeno.

Más tarde, la porción que corresponde al capitalista (llamada *interés del capital*) se ha comenzado á satisfacer *en dinero*, lo mismo, según hemos dicho ya, que la porción que corresponde al propietario agrícola por su *renta* y al trabajador por su *trabajo*. El que vive en una casa ajena, el que hace uso de una máquina de otro ó el que toma dinero de determinada persona, está obligado á pagar un *interés* al capitalista dueño del dinero, de la casa ó de la máquina.

En la isla no había más que un solo capitalista, Robinson, y un solo individuo que utilizara el capital ajeno, Domingo; pero en la actual vida social no sucede lo mismo, sino que son muchos los capitalistas y muchos también los hombres que hacen uso de los capitales ajenos.

En la estrecha alianza de afectos en que el joven mexicano y el indígena vivían, ni éste pensaba que la porción de productos que entregaba á Juan era mayor que la parte correspondiente al capital, ni á Robinsón se le antojaba pequeño el interés que Domingo le satisfacía. Pero en la vida moderna, á que tantas veces nos hemos referido, puesto que en ella vivimos y es la que necesitamos conocer y estudiar en todas sus manifestaciones, los asuntos económicos no se rigen por los *afectos*, sino por las *conveniencias* de cada individuo, sea *capitalista* ó *trabajador, propietario* ó *asalariado*.

Así como al propietario ó explotador de la tierra le *conviene* pagar el menor salario al jornalero, y á éste le *conviene*, por su parte, obtener un salario más elevado, así también la *conveniencia* del capitalista consiste en *cobrar* el mayor interés por el *alquiler* ó *préstamo* de su capital, y la del que hace uso del capital ajeno consiste en *pagar* el menor interés posible por el empleo de ese capital.

En realidad, puede decirse que el *interés del capital* está sujeto á reglas semejantes á las que determinan el salario de los trabajadores: cuando dos capitalistas corren detrás de un individuo para que éste haga uso de sus capitales, el interés baja; cuando dos individuos corren detrás de un capitalista, el interés sube. En el primer caso, se dirá que hay *oferta de capitales*; en el segundo, que hay *demand*a de ellos.

Cuando Juan llegó á la isla, no había en ella ningún capital, y eso pasa precisamente en los *pueblos nuevos* que, además de ofrecer gran variedad de *riquezas naturales*, cuentan con una población activa é inteligente, dispuesta á la explotación de esas riquezas.

No basta, en efecto, con que tales países tengan inmensos elementos de producción, sino que es preciso, además, que los individuos que los habitan experimenten el deseo de atender á un número mayor de necesidades, hecho que, como hemos visto por la historia de Robinson, hasta el actual momento, reclama el empleo de capitales. Así, la tribu de Domingo no solicitaba capitales, porque los individuos que la forma-



A Juan le hacía falta capital ...

ban no tenían más necesidades que las de su vida primitiva. A Juan le hacía falta capital, porque las exigencias de su existencia eran superiores á las que

le proporcionó la isla durante los primeros días de su estancia en ella.

Entonces se registra en esos *pueblos nuevos* una *demanda de capitales*, traducida por un alto *interés del dinero*, y como hay otros pueblos en los que existe una *oferta de capitales*, es natural que la *oferta* de los segundos acuda á la *demanda* de los primeros.

Acontece, sin embargo, que, á pesar del aliciente de obtener un *interés mayor*, los capitalistas no se deciden á emplear su dinero en los pueblos nuevos, porque en ellos no están suficientemente garantizados los capitales; éstos no se emplean sino mediante la seguridad de que han de ser respetados. Ninguno, en efecto, quiere perder su dinero, y sólo lo emplea en aquellos negocios ó explotaciones en que no corre ningún riesgo.

En México, durante muchos años, no hubo capitales *nacionales*, es decir, del país, y no venía ninguno extranjero, porque en la República reinaron continuas revoluciones y los perturbadores de la paz atentaban con mucha frecuencia contra los capitales, saqueaban las haciendas, secuestraban los bienes particulares, y, en una palabra, cometían frecuentes *ataques á la propiedad*.

Ha sido preciso que en nuestro país se haya asegurado el orden y garantizado la propiedad eficazmente, para que hayan venido *capitales extranjeros* á tomar parte en la *explotación* de la *riqueza mexicana*.

Por todo lo que hemos dicho, se habrá visto que el interés de los capitales, en medio de las fluctuaciones á que da origen la oferta ó la demanda de ellos, tiende á equilibrarse en cada comarca. Así, se dirá que el interés del capital en Inglaterra ó Francia es del *tres al cuatro por ciento*, es decir, de *tres ó cuatro* pesos, por ejemplo, por cada *cient* pesos. En México, en donde hay menos capitales, el interés será del *seis al ocho por ciento*, y en otras naciones del mundo es más elevado todavía, porque esas naciones cuentan con menos capitales que nuestra República.

Cuando el capitalista presta su dinero á un interés *considerablemente más alto* que el fijado por los demás capitalistas, se dice que hace una operación de *usura* y en tal caso á ese capitalista se le designa con el nombre de *usurero*.

Los «empeños» que existen en México, son establecimientos *usurarios*, en los que al que lleva una prenda cualquiera, como *seguridad ó garantía* del dinero que recibe, se le cobra un interés exorbitante. Por eso debe evitarse acudir á esas casas, en las que el necesitado paga una cantidad mayor de la que debiera, y pierde á menudo el objeto que empeña por una suma menor de lo que vale su prenda.

CAPÍTULO XVI

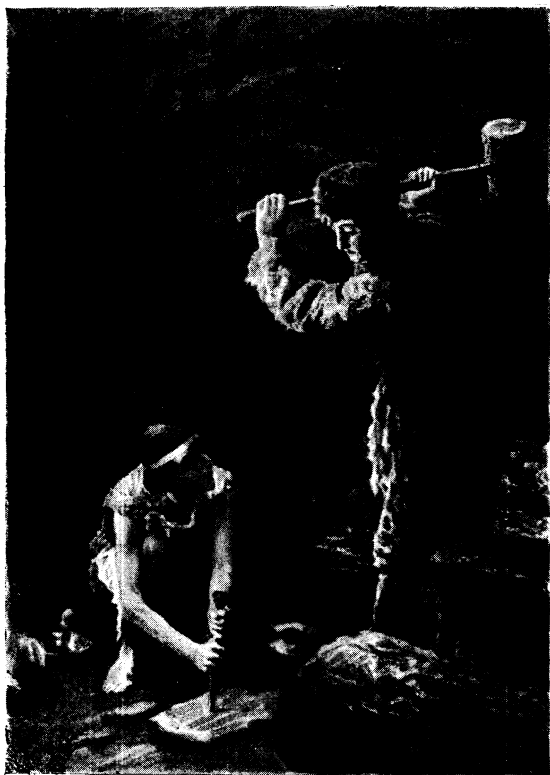
SUMARIO. — Parte del empresario en la repartición de la riqueza. — Funciones del empresario; sus cualidades. — La dirección del trabajo. — Utilidad, beneficio ó ganancia. — Los servicios prestados por el empresario son, en ciertos casos, superiores á los prestados por el propietario y el capitalista. — Los beneficios excepcionales de ciertos empresarios significan un beneficio más considerable para la humanidad.

La actividad de Robinsón no iba en zaga á la de su joven *asalariado*.

Verdad es que Juan había abandonado una gran parte de los trabajos manuales, que confiaba exclusivamente á Domingo; pero, en cambio, nuestro compatriota se consagraba, cada día con mayor aliento, á poner en orden todos los elementos naturales de la isla, y merced á su atenta *dirección*, las *empresas* acometidas por los dos niños avanzaban con rapidez increíble.

Robinsón, en efecto, proporcionaba al indígena eficaces consejos acerca del cultivo de determinadas plantas; le indicaba de qué manera había de hacer caer un árbol, ordeñar una llama, colocar una trampa,

como antes le había enseñado á cuidar de la hoguera, condimentar los manjares y manejar las herramientas.



La actividad de Robinsón no iba en zaga ...

La vigilancia y atención de Juan, habían, indudablemente, contribuído al relativo bienestar que los dos jóvenes disfrutaban.

Sin la viveza y el cuidado de Juanito, sin su constancia y energía, ni existiría el «huerto» ni contarían con animales domésticos, ni tendrían vestidos con qué abrigarse, ni les alentaría la esperanza de tener muy pronto á su disposición una nave que les permitiera regresar con los suyos.

Así, Juan había sido el *director* de todos esos trabajos, el que había iniciado esas *empresas*, el *empresario*, en una palabra.

Era, en efecto, indudable que tanto ó más que el trabajo de Domingo y los capitales creados por Robinsón, habían contribuído las excelentes condiciones de Juan, como *empresario*, al buen éxito de la *producción de riquezas*. Su *inteligencia* para discernir cuáles eran los elementos que debía aprovechar, sus *conocimientos* para ponerlos en orden y su *iniciativa* para acometer y perseverar en las distintas tareas que reclamaban la utilización de esos elementos, habían traído consigo la *prosperidad* y la *abundancia*.

La verdad es que el empresario debe estar dotado de grandes cualidades; él es quien, como acabamos de indicar, dirige toda la obra de producción: instala establecimientos industriales, después de estudiar las materias de que puede disponer y la utilidad del negocio; contrata obreros, descubre *mercados*, ó sea comarcas populosas en las que se solicitan los *objetos* producidos, etc., etc.

Por eso se han comparado muy exactamente las

funciones del *empresario* en la obra de la producción á las del cerebro en el cuerpo humano; el empresario manda á los demás elementos de la producción: al trabajador, al propietario y también al capitalista (cuando él no lo es), de igual modo que el cerebro manda á todos los miembros del cuerpo: los brazos, las piernas, etc., etc.

Pensemos por un momento lo que sería de la Humanidad si no existieran los empresarios. Y para darnos cuenta de lo que en realidad sucedería, no hay sino trasladarnos, otra vez más, al día en que Robinsón llegó á la isla. ¿Qué había entonces en ella que la hiciera habitable?

Existían, es cierto, muchas materias — terrenos, animales y plantas; — pero si el *empresario*, es decir, si Juan no hubiese cultivado esos terrenos, cazado y domesticado esos animales y tejido esas plantas, ni Juan



... ni Juan ni Domingo habrían tenido alimentos ...

ni Domingo habrían tenido alimentos, vestidos, vasijas y tantos otros objetos útiles de que ambos niños disponían.

De esta suerte, la Humanidad tampoco habría logrado aumentar sus *productos*, como tampoco acrecentar sus *capitales*, sin el auxilio de los *empresarios*, que son los que verdaderamente han hecho progresar las industrias, aminorado el esfuerzo en la producción y puesto todos los objetos útiles al alcance de la mayoría de las gentes.

Demasiado sabemos ya que, en la isla, Robinsón había sido al mismo tiempo *trabajador*, *propietario*, *capitalista* y *empresario*; pero en la sociedad no pasa siempre lo mismo, sino que á veces el *empresario*, que nunca deja de ser un *trabajador*, no es ni *propietario* ni *capitalista*. Entonces tendrá que dirigirse á uno de estos dos, ó á los dos al mismo tiempo, solicitando de ellos el alquiler de la *propiedad* y el del *capital*, por los que pagará, al primero una *renta* y al segundo un *interés*, según hemos visto en capítulos anteriores.

Domingo era un *empresario* de los terrenos que Robinsón le había cedido, y por los que pagaba á Juan (propietario) una renta, estimada en productos. Los arrendatarios agrícolas del padre de Juan habían sido también *empresarios* del terreno que cultivaron.

Hay, á menudo, muchos hombres que carecen de dinero para instalar una fábrica, poner una tienda, etc., y recurren á los capitalistas que, después de tomar informes sobre la *honradez é inteligencia* de los solicitantes, les prestan una cantidad, que esos hombres, convertidos en *empresarios*, aprove-

charán en su propio beneficio, después de haber pagado á los capitalistas el interés que á éstos les corresponde.

Naturalmente, como el empresario contribuye á la tarea de la producción, justo es que tenga también una *parte* en el objeto producido. Esta parte se llama *utilidad*, *ganancia* ó *beneficio* del *empresario*.

Si, después de separar la porción que tocaba á Domingo, en su calidad de *trabajador*, hubiera sido posible hacer tres partes del total de productos que pertenecían á Robinsón, una de estas partes correspondería al joven mexicano como *propietario*, otra parte como *capitalista* y la tercera como *empresario*. La *renta*, el *interés*



... la porción que tocaba á Domingo ...

y la *utilidad* eran percibidas por un solo individuo.

En la vida social no es, generalmente, uno, sino que son tres los individuos encargados de percibir estas tres partes, en las que, luego de haber separado el *salario*, se divide la producción.

No faltan personas que juzgan que *las ganancias* de los empresarios son, en ciertos casos, demasiado elevadas, y que, por lo tanto, la parte que les corresponde en el *reparto* ó *distribución* de la *riqueza* es muy exagerada, si se la compara con la porción que corresponde al capitalista y al propietario. En realidad, los *servicios* prestados en diversos casos por el empresario son mucho más importantes y ventajosos que los que prestan el propietario y el capitalista, y por eso es justo que su porción sea, asimismo, mucho mayor.

Consideraremos, por ejemplo, el caso Bessemer.

Bessemer fué un industrial inglés que, después de muchos trabajos, descubrió el famoso procedimiento para fabricar acero que lleva su nombre. Las *ganancias* de este empresario le permitieron dejar á sus herederos más de cinco millones de pesos oro. Pero, en cambio, su procedimiento permitió reducir tan notablemente *el precio* del producto, que puede decirse que las *utilidades* alcanzadas por la Humanidad han sido mucho mayores.

De este modo, las ganancias excepcionales de ciertos *empresarios* significan una *ganancia* considerable para *la sociedad*, porque, en esos casos, el empresario realiza un gran bien á todos los hombres, y presta inmensos *servicios*, no sólo á los *contemporáneos*, sino también á las *generaciones futuras*.

CAPÍTULO XVII

SUMARIO. — Las huelgas. — Causas de las huelgas: el aumento del jornal y la reducción del trabajo. — Daños que traen consigo las huelgas. — El socialismo y la cuestión social. — Por qué no tienen razón los socialistas. — Monopolios y acaparamientos. — Los «*trusts*». — Los monopolios son una expoliación del capital sobre el trabajo.

¡Quién lo hubiera dicho! Aquel Domingo, tan activo y trabajador, que con tal alegría desempeñaba todas las tareas, se levantó un día perezoso y malhumorado, decidido á abandonar sus habituales labores.

En vano fué que Robinsón pretendiera disuadirlo de sus propósitos, haciéndole entender que el trabajo, sano ejercicio del cuerpo y del espíritu, es una necesidad de todos los hombres, especialmente de los que desean aumentar su *bienestar*, necesidad á la que están sometidos aun los mismos capitalistas.

El indígena, en otras ocasiones atento y dócil, se mostró aquella vez esquivo y rebelde á las observaciones de su amo.

Acontece á menudo, en efecto, que los trabajadores de una empresa ó industria resuelven dejar momentáneamente sus quehaceres, y se declaran, de esta suerte, en *huelga*.



En vano fué que Robinsón pretendiera disuadirlo ...

En México ha habido algunas *huelgas*, aunque no en cantidad tan considerable, ni los obreros que en ellas han tomado parte en número tan crecido como en Europa y los Estados Unidos.

Pero, ¿por qué se había declarado Domingo en *huelga*?

El indígena no se podía quejar de que su patrón lo maltratara, ni mucho menos; tampoco de que Juan no le entregara un salario suficiente para atender á sus necesidades. Menos todavía podía lamen-

tarse de que Robinsón le hiciera trabajar más de lo que permitían sus energías, pues el compañero del joven mexicano tenía en favor suyo, para *reponer* sus *fuerzas*, no solamente el descanso dominical, que observaban los dos habitantes de la isla, sino también las horas de reposo y las que para ambos transcurrían en la «Gruta», los «Bosques» y el huerto, en animada conversación, transmitiéndose uno al otro sus impresiones.

En las sociedades modernas, las *huelgas* tienen habitualmente alguna de las causas que acabamos de indicar: el mal trato de los amos, el deseo de los asalariados de ganar un *jornal más elevado* ó el de que se les reduzcan las horas de trabajo.

Los obreros *huelguistas* abandonan entonces los talleres y las fábricas, y amenazan á los patronos con no reanudar los trabajos, si no obtienen de los capitalistas ó empresarios el aumento de jornal, la reducción de las horas de labor, y, en ocasiones, ambas cosas á la vez.

Naturalmente, tanto los patronos como los operarios sufren mucho en sus intereses, á consecuencia de las huelgas; los primeros, porque como no pueden seguir produciendo los objetos de su industria, no obtienen ya el *interés* del *capital* ni las *utilidades* de la *empresa*; y los segundos, porque como *no trabajan* durante el tiempo que dura *la huelga*, no reciben tampoco salario, y, por lo tanto, no pueden atender á sus necesidades; se imponen entonces

grandes privaciones, y á menudo suelen llegar á la miseria.

Las discusiones entre los patronos y los trabajadores se han hecho muy frecuentes durante estos últimos años, en la mayor parte de los países de Europa y en los Estados Unidos, dándose á este estado de cosas el nombre de *cuestión social*.



... si Domingo abandonó sus tareas ...

La verdad es que en la isla no había tal *cuestión social*, pues si Domingo abandonó sus tareas, no fué, como hemos dicho ya, por el deseo de que Robinsón le aumentara la cantidad de productos que de su patrón recibía en pago de su salario, ni menos aún que le disminuyera las horas de trabajo, sino por una pereza pasajera, de la que ya no volvió á acordarse al siguiente día.

Otra cosa hubiera sido si el indígena hubiera dado en pensar que *la parte* que á su amo corres-

pondía en el *reparto de las riquezas* de la isla, era *demasiado grande*, y que la que á él tocaba en ese *reparto* era, por lo contrario, *en extremo pequeña*.

Entonces Domingo se hubiera convertido en un verdadero *socialista*. Los *socialistas* sostienen, en efecto, que la riqueza está *mal distribuida*, puesto que la parte que obtiene el capitalista y la del empresario, son *superiores* á la que el trabajador alcanza.

Se olvidan, no obstante, los que tal dicen, que siendo mucho *más importantes* los *servicios* prestados á la producción, es decir, á la riqueza de una sociedad, por el empresario y el capitalista, que los prestados por el trabajador, justo es que sea *más importante* también la porción que á los dos corresponde.

Supongamos que Domingo hubiese desembarcado en la isla sin que en ella se hubiera encontrado Robinson. Por grandes que hubieran sido las cualidades del indígena, su actividad, su destreza, su energía, de poco ó nada le habrían servido, si los capitales acumulados por nuestro joven compatriota y su dirección como empresario, no hubieran venido á asegurar la obra de producción.

Por lo demás, y como ya hemos dicho, el indígena no podía acusar á Juan de que éste separara una porción exagerada del total de los productos de que ambos disponían.

No sucede esto siempre en sociedad, sino que, en ocasiones, ocurre que determinados empresarios y

capitalistas se agrupan con el fin preconcebido de *acaparar* ciertos productos, es decir, de hacerse dueños de las *existencias*, ó sea del conjunto de todos estos productos, y estorbar su *adquisición*.

Á estos hombres se les llama *monopolizadores*, y *monopolio* á cualquier maniobra que tiene por objeto evitar que los objetos *monopolizados* sean fácilmente disfrutados por los demás hombres.

Si Robinsón hubiera cerrado su huerto, no hubiese consentido que Domingo se aprovechara de los pro-



... é hiciera uso del fuego ...

ductos que rendía, hubiera impedido que el indígena ordeñara las llamas domésticas é hiciera uso del fuego y de los utensilios de cocina, habría cometido actos de verdadero *monopolio*.

Se explica perfectamente que los *consumidores*, es decir, las personas que se ven

obligadas á procurarse todos los productos indispensables para satisfacer sus necesidades, resulten perjudicados por los monopolios, que se forman con objeto de proporcionar á los empresarios ó capitalistas *monopolizadores*, una ganancia exorbitante, á costa de los daños y los sacrificios de la *mayoría* de los habitantes de un pueblo.

En México se presentan con lamentable frecuencia algunos *monopolios* de artículos de *primera necesidad*, con grave perjuicio de las clases pobres, que tienen que pagar á precios muy altos los productos *acaparados*.

Bien recordaba Robinsón cómo se ejercen estos *monopolios* en nuestro país; en los años de cosechas poco abundantes, los *monopolizadores* procuran adquirir toda ó la mayor parte de la producción del maíz, que es, como nadie ignora, el alimento de la clase pobre; una vez dueños de esa producción, los *monopolizadores* no ponen á la venta el producto *monopolizado* (que se dice también *acaparado*), si las personas que lo necesitan no pagan por él altos precios.

En los Estados Unidos se designa con el nombre de *trust* á cualquier acto ejercido por un grupo de industriales, capitalistas ó empresarios con el objeto de *acaparar* un producto.

Los monopolios deben ser considerados como una odiosa expoliación del capital sobre el trabajo, algo semejante á la ejercida por los antiguos amos sobre los esclavos, y por eso los gobiernos de todos los pueblos civilizados del mundo los persiguen y aun imponen, en algunos casos, severas penas á los individuos que tratan de asegurar su *prosperidad* y su *riqueza particular* á costa de la escasez y la miseria de los demás hombres.

CAPITULO XVIII

SUMARIO. — Parte del Estado en la repartición de la riqueza. — Derecho que asiste á las autoridades para exigir una porción de los productos. — El Estado y los asociados. — Servicios prestados por el Estado. — Tributos, impuestos, contribuciones. — El impuesto debe ser relacionado con la riqueza y bienestar de los contribuyentes. — Obligación del Estado y obligación del contribuyente. — El impuesto directo y el impuesto indirecto.

Más de un año se había cumplido desde que Domingo se encontraba al lado de nuestro compatriota.

Después de las tibias brisas de primavera, de las calurosas jornadas de estío y de las nubladas tardes de otoño, el invierno descargaba nuevamente sus tempestades sobre la isla.

Con la llegada del mal tiempo, los náufragos se refugiaron en la «Gruta», y en ella transcurrían aquellas largas veladas que los niños empleaban en evocar sus recuerdos.

Juanito iba, poco á poco, dando idea al indígena de las costumbres y organización de las *sociedades*

modernas, y el indígena, por su parte, hablaba largamente acerca de los usos y costumbres de su tribu.



... los náufragos se refugiaron en la gruta .

Estas conversaciones eran muy instructivas para ambos, porque si Domingo adquiría nociones acerca de la *vida social* de los pueblos civilizados, Robinson, en cambio, aprendía otras relacionadas con los *primitivos grupos humanos*.

Una noche la conversación se emprendió entre los dos de esta manera:

Robinsón. ¿No echas de menos, querido Domingo, la vida de tu tribu, y no deseas volver al lado de tus compatriotas?

Domingo. Si he de decir verdad, amo mío, ni echo de menos esa vida, ni tampoco deseo encontrarme entre los míos. Sacrificados mis padres por mis enemigos, sólo me esperarían los trabajos más rudos y los *tributos* que forzosamente habría de satisfacer al jefe de la *tribu*.

Robinsón. ¿Tan rudos son esos tributos?

Domingo. Puede mi amo juzgar por sí mismo: en mi tribu, cada hombre está obligado á dar al jefe una *porción* de los productos que le proporciona su trabajo: el que labra los campos, una parte de sus frutos; el que hila tejidos, una determinada cantidad de éstos, y el que no produce nada, debe tomar parte, por lo menos algunos días, en las labores de los edificios destinados á este jefe y al de toda la gente consagrada á su servicio.

Robinsón. La verdad es, amigo mío, que no veo la causa de tu mala voluntad en aceptar el pago de esa parte que corresponde al *Estado* (conjunto de individuos que vive bajo las mismas leyes), ó por mejor decir, á las *autoridades*, que representan al *Estado*, en la *distribución de la riqueza*. Has de saber que el cobro de este *tributo* es un derecho que tienen las autoridades encargadas de hacer cumplir esas

leyes, de igual modo que el trabajador lo tiene al cobro de su salario, el capitalista al interés de su dinero y el empresario á las utilidades de su empresa, porque si esos hombres prestan importantes servicios á la producción, no son menos importantes los que á la producción prestan las autoridades.

Indudablemente que desde los primeros tiempos en que se agruparon los hombres, primero por *tribus*, después por *ciudades*, y últimamente por *naciones*, los *asociados*, es decir, los individuos reunidos *en sociedad*, se sometieron á aquéllos que más se distinguían por su valor, su fuerza y su inteligencia.

Los más débiles, ya con objeto de resguardarse de los ataques de los animales feroces, ó bien para precaverse de las agresiones de sus enemigos, solicitaron el amparo de esos hombres superiores, llamados *jefes*, *caciques*, *señores*, *caudillos* ó *reyes*, quienes constituyeron en aquellos tiempos las *autoridades* de esos grupos.

En cambio, los débiles se sometieron á la *autoridad*, á la que entregaron una porción de los productos obtenidos con su trabajo, con el fin de que los jefes les aseguraran contra los ataques de que eran víctimas. De esta suerte, los jefes, señores, caciques ó caudillos pudieron consagrarse á la tarea de dar seguridades á la producción de los *asociados*, y éstos, por su parte, á la de aumentar esa producción.

La parte que á las autoridades corresponde por los servicios que presta á los asociados, se llama *tributo*, *impuesto* ó *contribución*, y de igual modo que la renta de la tierra y el interés del capital, los hombres de las primitivas tribus lo satisfacían en productos y también en trabajos, en provecho de los jefes ó *mandatarios* de esas tribus.

Así, los primitivos mexicanos estaban obligados á pagar al soberano y á los señores de la comarca una



... vasijas de barro que producían ...

parte de las cargas de maíz y cacao, vasijas de barro, rollos de papel y tejidos de manta que producían.

Después, el impuesto se ha comenzado á satisfacer en dinero, que es como ahora se paga en las naciones civilizadas del mundo.

Nada de esto comprendía bien Domingo, quien persistía en afirmar que el *tributo* pagado por cada *contribuyente*, es decir, por cada hombre que satisface á las autoridades los *gastos de seguridad*, era un sacrificio muy rudo para el total de los individuos de la tribu.

En el fondo, el indígena tenía razón, pues aunque los jefes que representan la autoridad, tienen derecho para reclamar de los contribuyentes una porción de

sus trabajos, esta porción no debe ser tan grande que prive á los asociados de la satisfacción de sus primeras necesidades.

Esto ocurre en los primitivos grupos humanos, en los que hay una ó varias clases de hombres superiores (reyes, sacerdotes, nobles, propietarios agrícolas, etc.) que viven exclusivamente de los fuertes *tributos* que pagan las demás clases.

Los contribuyentes deben, en efecto, satisfacer los impuestos, pero de tal modo, que la porción que pague cada uno esté en relación con los productos que obtiene, ó de otro modo, con su *bienestar* ó *riqueza*. El Estado, por su parte, debe corresponder á los impuestos ó contribuciones, procurando á los asociados los *servicios* que ellos deben obtener en cambio.

En un *Estado moderno*, el *contribuyente* sabe que el *impuesto* que satisface ha de ser compensado por las autoridades. En efecto, ese impuesto sirve para pagar al ejército, que asegura la paz en el interior del país y hace frente á las agresiones de otros Estados; á la policía, consagrada á hacer guardar el orden y á perseguir á los individuos que atacan los intereses de los asociados (la persona ó la propiedad); á mantener hospitales, hospicios y prisiones, en los que se alberga á los enfermos, los pobres y los delincuentes; en proporcionar alumbrado, en conservar la higiene de las ciudades y en otra diversidad de *gastos* que aprovechan á la *tranquilidad*, al *bienes-*

tar, á la *riqueza* de los hombres reunidos en sociedad.

Pero si el contribuyente está obligado á pagar al Estado el impuesto, cuya *recaudación* total sirve para atender á los gastos ya expresados, que se llaman *gastos públicos*, en cambio el Estado se encuentra también en la obligación de no exigir del contribuyente un *desembolso* superior á sus *utilidades*. Cuando esa parte es muy elevada, se dice que el contribuyente está muy *recargado* por el Estado. Entonces el trabajador, el capitalista, el empresario, tienen justicia para quejarse, como se quejaba Domingo, de los *sacrificios* impuestos por el jefe, caudillo ó rey de la tribu, ó lo que es lo mismo, de los *sacrificios* impuestos por las *autoridades* que *representan* al *Estado*.

En los primeros tiempos, el *tributo* se exigía *directamente* sobre los productos; más tarde, se han imaginado medios para hacer que se satisfaga en



... obligado á pagar los *gastos*
de *timbre* ...

multitud de actos en que los productos no aparecen.

Así, por ejemplo, cuando un individuo arrienda á otro una propiedad cual-

quiera, un campo, una casa, etc., se verá obligado á pagar los *gastos* de *timbre* que el contrato origina.

En ese caso el impuesto es *indirecto*, porque no recae sobre los *productos* que van á obtener el arrendador y el arrendatario, sino sobre la cantidad en que ambos han convenido en realizar el arrendamiento.

Muchos son los impuestos, directos unos é indirectos otros, y los medios adoptados para percibirlos, así como las materias ó *fuentes de riqueza* que se sujetan al pago de los *gastos públicos*. Del *tributo* de las tribus primitivas á las contribuciones de los Estados modernos, hay la misma distancia que existe entre la isla de Robinson y las sociedades actuales, entre el «monarca Juan» y los representantes de los Estados modernos.

CAPÍTULO XIX

SUMARIO. — La parte del Estado en la repartición de la riqueza. — Administración de los caudales públicos. — Empleo de las rentas públicas. — Presupuesto de ingresos y presupuesto de egresos. — Presupuestos equilibrados, con déficit y con superávit. — Deudas y empréstitos.

Ya que no «monarca», Robinsón era la primera *autoridad* de aquel minúsculo *Estado*, que contaba con dos *asociados*: él y su fiel Domingo.

Nuestro compatriota estaba encargado, no solamente de sostener una atenta vigilancia en la isla y asegurar las *propiedades* de ella, sino también de *administrar* los *caudales públicos*, es decir, el total de los *impuestos* recaudados con el fin de mantener esa vigilancia.

Con este objeto, Juan había hecho que su *contribuyente* Domingo levantara una empalizada detrás de la entrada de la «Gruta», que les sirviera á entrambos de baluarte en el caso de que los adversarios del indígena, que eran también los suyos, hicieran un nuevo desembarco.

Así proceden todas las autoridades de un Estado: su primera obligación, en efecto, consiste en tomar las medidas conducentes á evitar las agresiones enemigas, y de ahí el sostenimiento de los ejércitos y las compras de armas de fuego, destinadas á las guerras que pueden provocarles los pueblos ó Estados extranjeros.

Pero no es éste el único empleo que las autoridades hacen de las *rentas públicas*, ó sea el conjunto de los impuestos pagados por los contribuyentes, sino que otra parte de esas rentas se consagra á menudo á realizar *obras materiales* — apertura de caminos, mejoramiento de puertos, saneamiento de ciudades, construcción de ferrocarriles, etc., etc. — que tienen por fin desarrollar la *riqueza pública*.

Como la *riqueza pública* de la isla consistía únicamente en los productos y objetos de que disfrutaban ambos asociados, la tarea de Robinson, en su calidad de autoridad, consistía en la conservación de esos productos. Y para atender á ella, Juan se esforzaba en almacenar en la «Gruta», durante el buen tiempo, la mayor cantidad de provisiones: carne asada, frutas secas, pieles, etc., que pudieran ser aprovechadas en la mala estación. De esta suerte, el joven hacía su *presupuesto* de productos destinados á las necesidades de los habitantes de la isla.

En las sociedades modernas, el Estado hace también sus *presupuestos*; sino que, en vez de basarse,

como el dueño de una casa ó el jefe de una familia, en los *ingresos* ó producto de su trabajo, ante todo estudia los *egresos* ó gastos originados por los *servicios públicos*, y con arreglo á estos gastos deja establecidos los impuestos que deben satisfacerse.

Así, el Estado, como el individuo, tiene que hacer *dos presupuestos*: el de los *ingresos* y el de los *egresos*, y su principal cuidado consiste en procurar que los *ingresos* basten para *pagar* los *egresos*. De igual suerte, Robinsón procuraba que los productos almacenados en la «Gruta», fueran suficientes para atender á sus necesidades y las de Domingo, en los días en que el mal tiempo les obligaba á permanecer encerrados en su retiro.

Bien recordaba Robinsón que todos los años, el Gobierno Federal de México, lo mismo que los Gobiernos de los Estados, presentan sus presupuestos de ingresos y de egresos: en los primeros, constan pormenorizadamente los probables productos de las contribuciones; en los segundos, los gastos que deben satisfacer los contribuyentes: los sueldos del ejército y de los empleados, los gastos de hospitales, establecimientos de educación, etc., etc.

Cuando los *egresos* son *iguales* á los *ingresos*, se dice que los presupuestos están equilibrados; si las *rentas* son *mayores* que los *gastos*, hay un *sobrante* ó *superávit* en el presupuesto; pero en el caso de que los *ingresos* sean menores que los *gastos*, existe un *déficit* en el presupuesto.

Veamos, por ejemplo, tres presupuestos de tres hombres, que tiene cada uno un sueldo de cien pesos mensuales:



Presupuesto equilibrado

PRESUPUESTO EQUILIBRADO

| <i>Ingresos</i> | <i>Egresos</i> |
|--------------------|--------------------------|
| Sueldo. . \$ 100 | Alimentación . . . \$ 50 |
| | Habitación 20 |
| | Vestido. 15 |
| | Distracciones, etc. 10 |
| | Otros. 5 |
| <hr/> \$ 100 <hr/> | <hr/> \$ 100 <hr/> |

PRESUPUESTO CON SOBRANTE

| <i>Ingresos</i> | <i>Egresos</i> |
|--------------------|--------------------------|
| Sueldo. . \$ 100 | Alimentación . . . \$ 45 |
| | Habitación 15 |
| | Vestido. 13 |
| | Distracciones, etc. 8 |
| | Otros. 5 |
| <hr/> \$ 100 <hr/> | <hr/> \$ 86 <hr/> |

PRESUPUESTO CON DÉFICIT

| <i>Ingresos</i> | <i>Egresos</i> |
|--------------------|--------------------------|
| Sueldo. . \$ 100 | Alimentación . . . \$ 55 |
| | Habitación 25 |
| | Vestido. 20 |
| | Distracciones, etc. 20 |
| | Otros. 10 |
| <hr/> \$ 100 <hr/> | <hr/> \$ 130 <hr/> |

Cuando un hombre (como un gobierno) gasta más de la suma que constituye sus ingresos, demuestra una gran falta de *previsión* y poco espíritu de *economía*.

Sucede, sin embargo, con alguna frecuencia, que el aumento de gastos depende de causas que no ha estado en la facultad de los hombres ó de los gobier-

nos evitar. Una enfermedad, la falta de trabajo, tratándose de un individuo; una guerra, una peste, una pérdida de cosechas, si se trata de un Estado, pueden *reducir* los *ingresos* ó *aumentar* los *egresos*, lo que da el mismo resultado, puesto que destruye el equilibrio del presupuesto.



Presupuesto con sobrante

Ahora bien; cuando un individuo, lo mismo que un gobierno, no puede pagar sus gastos con sus entradas, se ve precisado á solicitar dinero de los capitalistas, que éstos le prestan, con la condición, naturalmente, de que ese anticipo le sea devuelto dentro de cierto tiempo. Entonces ese particular ó ese gobierno contrae una *deuda*, por la que tiene que satisfacer á los capitalistas un *rédito*, que viene á ser el *interés* de esos capitalistas por el servicio prestado á los que hacen uso de su dinero.

A veces las *deudas* no son contraídas por los particulares ó los gobiernos para remediar un daño, sino para emplear el *empréstito* (ó dinero tomado prestado) en algún negocio lucrativo (si es particular

quien contrata el empréstito) ó una mejora material (si el empréstito es contratado por un gobierno) que tiene por objeto aumentar el bienestar y la riqueza de los asociados.



Presupuesto con déficit

En la isla de Robinsón no había *deudas* ni *empréstitos*, porque, como ya sabemos, aquel pequeño Estado se encontraba en un primitivo período de la vida social, en aquel en que los asociados no reclaman más que la satisfacción de sus más apremiantes necesidades.

CAPÍTULO XX

Una noche, la tormenta descargó con mayor fuerza que nunca sobre las costas de la isla. Los dos niños, encerrados en las profundidades de la «Gruta», escuchaban los violentos choques del mar contra los arrecifes y los dolorosos gemidos del viento al deslizarse á través de los árboles. Muy cercana la madrugada, la tempestad pareció calmarse, y, en un momento de tregua, los desterrados creyeron escuchar el estampido de un cañonazo, como el que disparan las embarcaciones que solicitan auxilio.

Inútil es decir que nuestros jóvenes no pudieron ya cerrar los ojos, y tan pronto como en Oriente surgieron las primeras claridades, se lanzaron ambos fuera de su albergue, con objeto de ver si habían ó no sido engañados por sus oídos: en una de las pequeñas bahías que formaba la playa y sobre un bajo de rocas, yacía el casco de un navío.

Era un buque de vela, desprovisto de palos, con grandes desperfectos, y que las olas se encargaban de seguir desbaratando.



... embarcaciones que solicitan
auxilio ...

A la alegría que se apoderó de Juanito al contemplar, después de tanto tiempo, una nave que pudiera, por fin, sacarlo de su destierro, sucedió una gran alarma, pensando que tal vez en el interior de aquel maltratado barco se encontrarían algunas personas heridas, moribundas acaso... Y apresuradamente, seguido de Domingo, se echó

al mar con resolución, y pocos minutos después se encontraba en la cubierta del buque náufrago.

En vano recorrió todo el navío; no vió en él una sola persona, por lo que pensó que, á semejanza de lo que había ocurrido con la embarcación que le condujo á la isla, los tripulantes del barco perdido debían también haber sido arrebatados por alguna rápida corriente que arrastraba á los náufragos mar adentro ó quizás hacia las costas de alguna otra isla de las que se alzaban en aquellas aguas.

Pero si Juan no tropezó con ningún semejante

suyo, en cambio le fué dado descubrir multitud de objetos útiles y provisiones, cuya vista le causó extraordinario regocijo.

Había sacos de trigo, barriles de harina y de pólvora; escopetas, pistolas, machetes, útiles de carpintería, latas de conservas, cajas con cuentas de vidrios de colores, libros, alhajas y, para que nada faltara, en el armario de un camarote encontró Juan un cofrecillo de acero que contenía gran cantidad de monedas de oro y plata y billetes de banco, de diferentes países.

Lo único que no pudo hallar fué ropa blanca, y á fe que lo lamentó Robinsón, pues, como sabemos, las plantas filamentosas que cultivaba en el huerto sólo habían servido para fabricar una tela muy áspera, con la que no podía pensarse en hacer calzoncillos y camisas de que tanta necesidad tenían el joven mexicano y su camarada.

Todos estos objetos, todas estas riquezas, venían á aumentar considerablemente el *capital* de nuestro héroe; así es que pensó en trasladarlas inmediatamente á los *almacenes* de su «Gruta», con tanta mayor razón cuanto que, según hemos dicho, el mar continuaba su obra de destrucción y era seguro que el buque no tardaría muchos días en ser hecho pedazos, á impulsos de las olas.

Por eso decidió Juan fijarse en aquellos objetos que más utilidades le prestaran y desembarcarlos á la mayor brevedad posible.



Pero lo que en el indígena produjo un espanto terrible ...

Después de una atenta y meditada elección, he aquí el cargamento en que se fijó nuestro joven:

Dos sacos de trigo y una caja de harina;
Latas de conservas;
Cajas de galletas;
Cuatro fusiles, dos pistolas, dos machetes;
Un barril de pólvora y otro de municiones;
Herramientas de carpintería;
Media docena de libros, entre los que figuraban las
instructivas obras de Smiles: *El Ahorro*, *Ayúdate*,
El Carácter y Vida y Trabajo;
Un eslabón con pedernal y yesca;

Cajas con cuentas de vidrio, que llamaron fuertemente la atención de Domingo;

Algunos estuches con alhajas, y el Cofrecito con monedas y billetes.

Todo esto fué cuidadosamente apartado, y muy pronto se encontró el cargamento en el interior de la «Gruta».

Atónito estaba Domingo á la vista de tantas cosas nuevas para él, y con curiosidad de saber para qué servían. Su amo le fué enseñando poco á poco el objeto de cada una de ellas y la manera de usarlas. Pero lo que en el indígena produjo un espanto terrible, fué el disparo de las escopetas y las pistolas. Pronto, ~~sin~~ embargo, comenzó á mirar aquellas armas con menos desconfianza y aun se atrevió á manejarlas.

Robinsón, por su parte, se mostraba en extremo satisfecho, pensando que aquellos objetos habían venido á hacer mayor el *bienestar* que hasta entonces disfrutaron los dos habitantes de la isla.



Una semana más ...semejaba el gigantesco esqueleto... tarde, no quedaba del buque náufrago sino el armazón carcomido del casco, que, visto á distancia, semejaba el gigantesco esqueleto de algún monstruo marino.

CAPITULO XXI

SUMARIO. — El valor. — Lo que es indispensable para qué valga una cosa. — El valor de un objeto varía según las necesidades y las circunstancias de cada hombre. — La utilidad, primer elemento del valor. — El valor de un producto está determinado por la oferta y la demanda de ese producto. — La competencia. — Cuál es el límite del valor de un producto. — El costo de producción. — Cambio de productos.

¡Robinsón era rico! Era inmensamente rico, porque aquel cofrecillo que, según todas las apariencias, no tenía ya dueño, contenía en *monedas de oro y plata* y en billetes una gran *fortuna*. Nuestro héroe podía proporcionarse, pues, todos los objetos, todas las *comodidades* de que aún carecía.

¡Pero no! No era así, porque ese *dinero* de nada le servía, no *valía* nada, puesto que para que una cosa *valga*, es indispensable que pueda *cambiarse* por otras que necesitamos.

Supongamos, por ejemplo, dos hombres, uno de los cuales posee un cántaro de agua y el otro una torta de pan; el primero tiene hambre y el segundo

tiene sed. Estos dos hombres se encuentran, se refieren sus necesidades, y uno da al otro un pedazo de pan, y éste á aquél un trago de agua. Entonces diremos que para esos dos hombres un trago de agua *vale* un pedazo de pan.



¡Robinsón era rico!

No era indispensable que Robinsón se esforzara en idear tales suposiciones, puesto que ya en el colegio había *cambiado* lápices por canicas y estampas por dulces. ¿Y qué niño no ha hecho lo mismo que Juan?

Pues desde el momento en que un colegial conviene con un compañero en *trocar* un lápiz por tres canicas ó seis estampas por un dulce, es que ambos

han convenido en que el *valor* de tres canicas es el de un lápiz, y un dulce el de seis estampas.

Juan, sin embargo, seguía necesitando muchas cosas, pues, aunque disponía de una gran fortuna, como acabamos de decir, hubiera dado una parte de ella *en cambio* de una docena de camisas, que en una ciudad habría adquirido por unas cuantas de aquellas monedas.

De esta suerte, el *valor varía* según las circunstancias en que vive el hombre. Para Robinsón, el *valor* de una camisa era extraordinario; para otros hombres, un billete de banco de los que el joven tenía á su disposición en el cofrecillo, *valía* infinitamente más que muchas docenas de camisas. El *valor* es, por lo tanto, una relación *en el cambio* de un objeto por otro.

Pero ante todo, y para que un objeto *valga*, es preciso que sea *útil*, como una camisa era para Robinsón, un trago de agua para el sediento y un pedazo de pan para el hambriento.

Los productos que Robinsón había llegado á obtener con su trabajo y su inteligencia, los objetos que había extraído del barco, eran *valores*, porque representaban para él cosas *útiles*. Y como el *dinero* no le proporcionaba ninguna cosa *útil*, podía decir sin equivocación que no era, en sus actuales circunstancias, un *valor*.

Pero supongamos á Juan de regreso en su patria. Entonces ese *dinero* sí sería un *valor*, porque con él

podría obtener nuestro héroe una infinidad de objetos que vendrían á satisfacer sus necesidades.

Por el contrario, el joven disponía de muchas otras cosas que para él tenían un gran valor, y que en cualquiera sociedad civilizada no lo tendrían, ó lo tendrían, en todo caso, muy pequeño: su flecha primeramente, después sus escopetas, su hoguera hasta aquel día, ahora su eslabón y pedernal para encender fuego.

—¡Ah! pensaba el joven. ¡Si á cambio de todas estas monedas, llegara alguno á la isla á *ofrecerme* lo que *solicito*!

Esta es, efectivamente, la causa que determina el valor de un objeto cualquiera, llámese éste moneda, flecha, escopeta, hoguera, eslabón, pan ó agua: la *oferta* de ese objeto y la *demanda* que de él se hace.

Claro es que cuanto mayor sea la *oferta* de ese objeto, menos valor tendrá, y que, á la inversa, mayor será su valor cuanto más grande sea la *demanda*.

Por eso, para Robinson *valían* mucho las camisas, mientras que para el fabricante de ellas tienen más valor las monedas.

De tal suerte, cuando, por ejemplo, hay mayor número de personas que desean deshacerse de trigo que de personas que tratan de comprarlo, el *valor* del trigo bajará, indudablemente, y sucederá lo contrario si el número de *vendedores* es menor que el de *compradores*. Por eso las cosas que *abundan* son más *baratas*, es decir, *valen poco*, y las

que *escasean* son *caras*; ó, de otro modo, *valen mucho*.

Robinsón recordaba que el valor del maíz sube en México el año de malas cosechas, como se reduce considerablemente en los años abundantes.

Naturalmente, si el fabricante de camisas en una sociedad adelantada hubiese sabido que para Juan valían más las camisas que para cualquier otro hombre, habría acudido á la isla, á que nuestro joven se las pagara con mayor número de monedas de las que por esas camisas obtenía en aquella sociedad.



Después habría llegado otro fabricante, ofreciendo camisas más baratas, y después un tercero y un cuarto, que las venderían todavía más baratas que sus compañeros.

Tal es la *competencia*, en cuya virtud cada productor va rebajando el valor de los objetos que produce.

Y tan eficaz y activa ha sido la *competencia*, que puede decirse que el progreso económico de la Hu-

manidad ha consistido en la *reducción* del *valor* de los productos y objetos que el hombre ha menester para acudir á sus necesidades.

De esta suerte, las actuales generaciones pueden proporcionarse muchas cosas que en tiempos pasados tenían un *valor excesivo* y que en nuestros días se encuentran al alcance hasta de las personas menos ricas y acomodadas.

Nuestro joven estaba ahí para demostrar el alto valor que para las sociedades primitivas tienen objetos que, como una camisa ó una vara de *manta*, cualquier hombre, aunque sea pobre, está en posibilidad de adquirir.

Así, hemos dicho, que el valor de las cosas va reduciéndose con la *competencia*.

Pero, ¿no tiene un límite esta reducción? Cuando un hombre vende una camisa, necesita obtener de ella suficiente cantidad de dinero para pagar á todos los que han intervenido en su fabricación: costureras, obreros que hilaron el algodón ó el hilo, agricultores que cultivaron la fibra, etc., etc.

Todas estas porciones que, como sabemos, corresponden á los diversos individuos que toman parte en la obra, constituyen el *costo de producción*. Por manera que el *costo de producción* es el que determina el valor del producto.

Si el *costo* es bajo, el *valor* del producto será también bajo; pero si aquél es alto, alto será, asimismo, lo que el producto valga.

Á Robinsón le convenía, pues, que sus camisas tuvieran el menor costo de producción. Mas, ¿dónde estaban esas camisas? ¿Cuándo lograría, no ya una camisa, sino, por lo menos, algunas varas de tela, que, en teniéndolas, él se daría buenas trazas para fabricárselas?

Y en verdad que *en cambio* de esas telas, Juan hubiera podido dar, aparte de las riquezas que encerraba el cofrecillo — que de buena voluntad pensaba devolver á su dueño, si por acaso llegaba á encontrarlo, — una multitud de productos, que si para el desterrado no tenían ningún valor, para otros hombres lo tienen en alto grado: los minerales que encerraban las entrañas de la isla, los árboles frutales que



... da al segundo un trago de agua ...

crecían en su superficie, etc., etc.

Entonces él podría proporcionar esos productos á los que carecían de ellos, recibiendo en compensación otros que ellos tenían y que á él le hacían falta.

Este ha sido el origen del *cambio*: la demanda de un producto y la oferta de otro. En el caso del hombre que tiene sed y del que tiene hambre, cuando

el primero da al segundo un trago de agua y el segundo al primero un pedazo de pan, se ha realizado un cambio.

Y del mismo modo que se cambian tragos de agua por pedazos de pan y canicas por estampas y camisas por minerales y frutas por varas de manta, se cambian todas las materias que la tierra produce espontáneamente ó los productos que el hombre elabora con su trabajo, y este cambio ha sido la causa de la prosperidad y de la riqueza de las naciones que, auxiliándose unas á otras en sus necesidades, han podido encontrar mutuamente los medios de satisfacerlas.

CAPÍTULO XXII

SUMARIO. — Comercio. — Cómo se cambian los productos. — El trueque. — El comercio entre los pueblos primitivos. — Mercados de producción y mercados de consumo. — Las caravanas de comerciantes. — Medios de transporte: animales, carros y ferrocarriles. — Beneficios de los ferrocarriles.

Aquella primavera coincidió con la terminación del barco que ambos jóvenes habían estado construyendo. La embarcación estaba, en efecto, ya lista para ser botada al agua. Verdad es que Robinsón había aprovechado muchos de los aparejos y materiales que le proporcionó el buque náufrago.

Resolvió nuestro protagonista abandonar la isla, por más que no se forjaba grandes ilusiones respecto al resultado de la excursión en proyecto.

Demasiado comprendía que el bajel no estaba en condiciones de atravesar el mar; pero pensaba también que podía conducirlo á una de las islas cercanas, en donde acaso lograrse encontrar alguno de los tripulantes de las embarcaciones perdidas en aque-

llas costas. De todas maneras, siempre quedaba á nuestro joven el recurso de regresar á aquella hospitalaria tierra.

Adoptado este plan, embarcáronse los dos niños, una espléndida mañana, cuidando de llevar á bordo una buena parte de las *riquezas* de que disponían: armas, provisiones, herramientas, sin olvidar el cofrecillo ni las alhajas, por si encontraban al dueño de aquel tesoro, que, como hemos dicho con anterioridad, el joven mexicano estaba dispuesto á devolver inmediatamente.



... á bordo una buena parte
de las *riquezas* ...

Se hicieron, pues, á la mar, favorecidos por una persistente brisa, que muy pronto los alejó de las playas de la isla.

Navegaron así durante aquel día, y al amanecer del siguiente descubrieron una amplia costa, que Domingo saludó con demostraciones de extrema alegría. Era la patria del indígena, la isla que habitaba su tribu. Robinsón se encontraba, por lo tanto, entre amigos, pues no dudó un momento que lo fueran suyos los compatriotas de su joven compañero.

No tardó en confirmarse esta opinión, cuando, momentos más tarde, se encontró entre los naturales de la isla.

Grandes fueron, efectivamente, las muestras de cariño de los indígenas hacia Robinsón, al referirles Domingo el peligro de que Juan le había salvado y la dulce y afectuosa acogida que le había proporcionado el niño mexicano.

Pasados los primeros instantes, Robinsón procuró indagar, como se había propuesto, si no habían llegado hasta la tribu las señales de algún naufragio. Los indígenas informaron á nuestro joven que, en efecto, en una de las violentas tempestades del invierno último, observaron que el mar había arrasado algunos cadáveres, que se apresuraron á enterrar en la costa.

Por lo demás, la violencia de las corrientes era tal en aquellas aguas durante la mala estación, que podía suponerse que pocas ó tal vez ninguna de las personas que en ellas naufragaran pudieran salvarse.

Satisfecho este primer deseo, Robinsón pensó que tal vez los indígenas podrían auxiliarlo en algunas de las necesidades que aún no había logrado satisfacer. Una de las más importantes, como sabemos ya, era la de proveerse de ropa interior. Y como Juan no ignoraba, por Domingo, que los habitantes de la isla habían llegado á tejer telas, decidió solicitar de sus nuevos amigos algunas varas de aquéllas.

Los indígenas iban, de este modo, á convertirse en *proveedores* de Robinsón.

Para moverlos á que se las entregaran, se propuso *cambiárselas* por algunos de los objetos que había traído consigo en su embarcación. Entre aquellos objetos se encontraba una de las cajas con cuentas de colores, que nuestro joven mostró inmediatamente á los compatriotas de Domingo, recordando la gran admiración que de éste se apoderó al contemplarlas. No fué, en verdad, menor el asombro de los indígenas al ver esos objetos, de tan poco valor en las sociedades industriales civilizadas.

Así es que cuando Robinsón les propuso cambiar unos cuantos puñados de cuentas por una vara de manta, aceptaron inmediatamente el *trueque* ó *permuta*, que es la primera manifestación del *comercio* en los grupos humanos.

También en éste, como en todos sus demás actos, Robinsón había procedido de igual modo que las primeras tribus ó pueblos. Ya hemos visto en anteriores capítulos que la necesidad de acudir unas tribus á otras va cada día en aumento, sea porque la tierra que habitan no les proporciona *las materias* ó sustancias indispensables para producir ciertos objetos ó *mercancías*, ó bien porque carecen de habilidad y conocimientos para producirlos.

En cambio sucede frecuentemente que esos pueblos ó tribus van asimismo aumentando la cantidad de las mercancías que producen, de tal suerte, que



... aceptaron inmediatamente el trueque ó permuta ...

después de haber satisfecho el *consumo*, ó de otra manera, después de haber acudido á las necesidades que todos los individuos del grupo tienen de esas mercancías, queda un *sobran*te de ellas.

Entonces esos pueblos piensan que así como ellos necesitan determinados productos de que carecen, otros pueblos pueden necesitar los que á ellos les sobran. Si esos dos pueblos pudieran ponerse en relaciones y *cambiarse* los objetos que han menester, se prestarían un servicio semejante al que Robinsón y los indígenas obtuvieron, trocando las cuentas de vidrio por varas de tela.

Para alcanzar este propósito, era, sin embargo, indispensable que esos pueblos se pusieran en contacto, como Juan se había puesto en contacto con los indígenas de la isla.

Con este fin, algunos individuos de esos pueblos se organizaban en *caravanas* de *comerciantes*, que, cargadas con los productos de la comarca, emprendían viajes cada vez más largos, en busca de *mercados* de *consumo* de los artículos que llevaban, y que al regreso traían los objetos que sus compatriotas solicitaban.

Así, repetimos, han procedido todos los pueblos primitivos. En el antiguo México, por ejemplo, todas las tribus que poblaban el territorio, comerciaban entre sí por medio de caravanas.

Recorrían estas caravanas el país entero, llevando á las comarcas del Sur los productos del centro: mantas, armas, cascabeles, etc., y trayendo del Sur plumas, cacao y metales preciosos.

Robinson tenía á su vista un ejemplo del trueque entre pueblos ó tribus, puesto que las varas de tela que obtuvo por sus cuentas de vidrio, no las habían fabricado los indígenas con quienes realizó la permuta. Estos indígenas, que habitaban la playa, se ocupaban exclusivamente de la pesca, cambiando el producto de ésta por una multitud de objetos que fabricaban los habitantes del interior de la isla.

En los primitivos tiempos á que nos hemos refe-

rido, el transporte de las mercancías que cambiaba el comerciante, se hacía á lomo de bestias.

Más tarde, el *tráfico* se llevó á efecto por medio de carros, y en nuestros tiempos el ferrocarril ha venido con su rapidez á acortar las distancias y á facilitar el transporte, por la enorme cantidad de productos que puede arrastrar.



... el ferrocarril ha venido con su rapidez ...

Por eso se ha dicho con mucha justicia que los ferrocarriles prestan grandes servicios á las naciones, porque no solamente favorecen al comercio, sino á todos los individuos que toman parte en la producción, á los empresarios como á los obreros, y á éstos como á los capitalistas, abriendo caminos por donde dicha producción sea conducida, y encontrando mercados donde pueda ser solicitada.

En México, los ferrocarriles han favorecido á la agricultura, á la minería y á todas las industrias, en general, contribuyendo notablemente al desarrollo de la riqueza de nuestra Patria.

Después de permanecer dos días al lado de los indígenas, Robinsón decidió regresar á su isla acompañado de su leal Domingo, quien no consintió en abandonarlo.

El joven prometió á sus nuevos amigos que no tardaría en volver á visitarlos, y se hizo al mar, lleno de alegría al pensar que estaba ya en comunicación con otros semejantes suyos.

CAPÍTULO XXIII

SUMARIO. — Comercio (continúa). — Transportes marítimos. — Las naciones conquistadoras y las comarcas conquistadas. — Metrópoli y Colonia. — Sistema colonial. — Desarrollo del comercio por la civilización. — Comercio exterior. — Exportaciones é importaciones.

No transcurrieron muchas semanas sin que Robinsón decidiera emprender un segundo viaje á la isla. No solamente lo llevaba á ella el deseo de seguir en comunicación con sus nuevos amigos, sino también la esperanza de desarrollar el *comercio* que había inaugurado con los indígenas.

En su breve estancia entre aquella gente, Juan había advertido que podía procurarse multitud de cosas de que él aún carecía, proporcionando al propio tiempo á los compatriotas de Domingo otros productos que los indígenas no tenían á su disposición.

Ocurriósele, por lo tanto, incluir en su *cargamento*, no sólo otra caja de cuentas de vidrio, sino algunas frutas esmeradamente cultivadas en el «huerto», aguzadas puntas de hierro, propias para dardos de

flechas, pieles curtidas y otra porción de objetos de los que fabricaba de continuo.

Se hizo, pues, de nuevo al mar, con mayores seguridades de buen éxito que los hombres que en las remotas edades se lanzaron por vez primera al Océano, deseosos de encontrar nuevas tierras y productos, y aunque los mismos navegantes europeos que, en la época de las grandes exploraciones geográficas, buscaron en la movible superficie de las aguas otros derroteros y otras riquezas que los conocidos hasta entonces; audaces tentativas que trajeron, entre otros benéficos resultados, el descubrimiento del continente americano.

Se hizo, pues, de nuevo al mar ...



No ha sido, en efecto, la *caravana* terrestre la única forma que han tenido los pueblos para comuni-

carse, ni las bestias y los ferrocarriles los únicos *medios de transporte* con que ha contado el comercio; pues antes, acaso, de que esas caravanas se dirigieran de comarca á comarca, y antes de que se emplearan las bestias de carga, los hombres habían aprovechado el camino del mar y el vehículo de las embarcaciones para ponerse en contacto y cambiarse los productos de una á otra zona de la tierra.

Más tarde, los pueblos se hicieron *conquistadores*, es decir, procuraron descubrir tierras nuevas, no solamente con el objeto de comunicarse con los naturales de ellas, sino con el de someter esas tierras á las autoridades y á las leyes de los países á que los descubridores pertenecían. En esos casos, tomaban *posesión* de las comarcas descubiertas en nombre de sus soberanos.

Así fué como Hernán Cortés conquistó á México, en nombre de los reyes de España.

La tierra *descubierta y conquistada*, á veces tras una encarnizada guerra, como sucedió en nuestro país, se llama *colonia*, y *metrópoli* el país de que depende la colonia.

Ha sucedido, sin embargo, que han sido tantos los obstáculos que algunas de esas *metrópolis* han puesto á la *libertad de trabajo* y á la *producción de la riqueza* en sus *colonias*, que muchas de éstas han concluido por emanciparse, declarándose independientes.

Este es el caso de México, que, como bien sabía Robinsón, había proclamado su independencia de la dominación española el año de 1810, haciendo efectiva esta independencia en 1821.

Los pueblos *conquistadores*, acabamos de decir, han opuesto grandes obstáculos al trabajo y á la producción de la riqueza de las comarcas *conquistadas*.

Efectivamente, los gobiernos de esos pueblos conquistadores no permitían á sus *colonias* que *comerciaran* con otras naciones, sino con sus metrópolis; prohibieron que las *colonias* cultivaran las plantas y fabricaran los productos que fabricaba y cultivaba la *metrópoli*; pusieron todas las *trabas* posibles á la labor de los trabajadores é instituyeron *monopolios*, en cuya virtud ningún hombre podía *explotar* ó *vender* determinados productos, puesto que esta explotación ó esta venta sólo era lícita á los gobiernos ó á sus representantes.

Así, los holandeses arrancaron los árboles de especias de las islas Molucas; los portugueses impidieron la explotación de minas de diamante en el Brasil, y los españoles persiguieron en México el cultivo del olivo y de la vid y la cría de gusanos de seda.

Todo este conjunto de medidas constituye lo que se ha llamado el *sistema colonial*.

El comercio, sin embargo, se ha efectuado, desde muy remotos tiempos, no sólo entre las naciones conquistadoras y los pueblos conquistados, sino también entre países independientes.

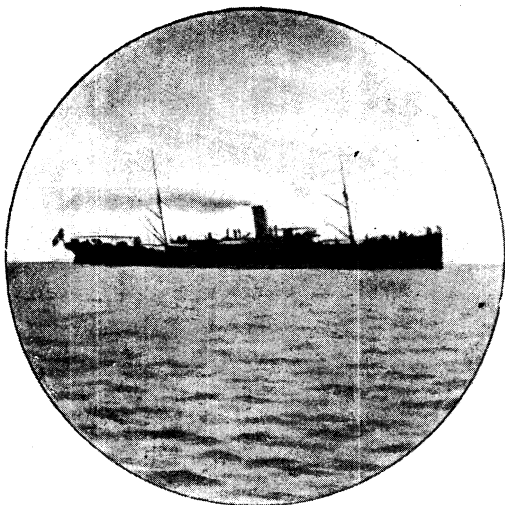
Los pueblos que en un principio comenzaron por hacerse la guerra y mantenerse del despojo ajeno, han acabado, según hemos dicho ya en uno de los primeros capítulos de este libro, por vivir pacíficamente del trabajo unos de otros, por medio del *cambio de sus productos*, tal como Juan y los indígenas habían cambiado cuentas de vidrio por varas de tela.

Y es que el comercio va constituyendo cada día una necesidad mayor para los pueblos civilizados, al grado que no existe actualmente una nación que pueda decirse que se contente con los artículos que produce. Todas solicitan de los *países extranjeros* lo que les *falta*, cediendo en cambio lo que les *sobra*, y mientras mayor es el bienestar y la prosperidad de una nación, mayor es también la magnitud de su comercio.

Los países más ricos envían anualmente grandes cargamentos de mercancías á otros países, ya por medio de *camino de hierro* que enlazan á las naciones, ó bien por medio de grandes embarcaciones que cruzan constantemente los mares de uno á otro hemisferio del globo. Así se lleva á efecto el *comercio exterior*, es decir, el comercio entre varias naciones.

Las *ventas* que hace un país á otro han recibido el nombre de *exportaciones*, y las compras las de *importaciones*. Así, Robinsón había *exportado* á los indígenas cuentas de vidrio y había *importado* telas de la isla de esos indígenas.

México *exporta* á las naciones extranjeras plata, café, henequén, pieles, etc., *é importa* de esas naciones maquinaria, tejidos, algodón, etc.



... por medio de grandes embarcaciones ...

El comercio ha sido un poderoso elemento de la civilización. Merced á él, los pueblos se han puesto en contacto, los hombres se han conocido, han adoptado los usos y las costumbres que les han parecido mejores, han adquirido nuevos conocimientos y se han cambiado las ideas, como se cambian las mercancías. El comercio, como hemos dicho ya, ha estimulado la *producción* y ha acelerado el *consumo*; ha servido para satisfacer un número mayor de nece-

sidades y ha mejorado la condición de la especie humana.

Sin él, los hombres habrían vivido en un estado de atraso, de *escasez* y de *miseria*, muy distinto del bienestar en que viven en la actualidad.



Robinsón, ya vestido con las telas que le habían proporcionado los indígenas, era un ejemplo en pequeño de las ventajas alcanzadas por el comercio.

Por lo demás, la segunda expedición de nuestro héroe fué todavía de más felices resultados que la primera, pues-

... sandalias de cuero ... to que en cambio de las mercancías que llevó en su embarcación, pudo obtener multitud de objetos y provisiones de que carecía: túnicas bordadas, maíz miel, y sandalias de cuero, con los que regresó alegremente á su isla.

CAPÍTULO XXIV

SUMARIO. — La moneda. — El trueque ó permuta. — Los productos se cambian por productos en los primeros tiempos de la Humanidad. — La mercancía-moneda. — El patrón monetario. — Inconvenientes de las primeras mercancías usadas como moneda. — La moneda metálica. — Cómo ha substituído el dinero á las mercancías en el cambio de los productos. — Ventajas de la moneda metálica. — El peso y la ley. — Los falsificadores de moneda. — En qué consiste el fraude. — La moneda está sujeta á la oferta y á la demanda. — La depreciación de la moneda de plata. — Los metales preciosos no son las únicas riquezas. — Esos metales y las monedas que con ellos se fabrican valen solamente porque pueden cambiarse por los demás productos que sirven para satisfacer necesidades.

En una de sus próximas excursiones, Juan decidió entrar en amistad con los habitantes del interior de la isla. Internóse, pues, en ella, y fué en todas partes recibido con las mismas muestras de buena voluntad y simpatía. No alcanzó, sin embargo, resultado tan satisfactorio cuando trató de cambiar los productos que llevaba en aquella ocasión por los que podían proporcionarle aquellos indígenas.

El cargamento de nuestro joven se había reducido, efectivamente, en este viaje, á una gran canti-

dad de frutas, que pensaba trocar por telas; pero los habitantes del interior no habían menester de aquellas frutas, como los de la playa, puesto que en sus frondosos bosques y espaciosos terrenos cultivados recogían suficiente provisión de vegetales para satisfacer sus necesidades. En cambio, estos habitantes solicitaban pescados, conchas y otra porción de productos, que les proporcionaba la gente de la playa.

Entonces ocurrió á Robinsón la idea de valerse de esta última para efectuar indirectamente el trueque apetecido. Regresó de nuevo á la playa, cuyos habitantes solicitaban frutas, á cambio de conchas y pescados, y efectuada la permuta, volvió de nuevo al interior, trocando los pescados y las conchas que había adquirido, por telas, que era lo que él necesitaba.

De este modo, Robinsón pudo apreciar por sí mismo los inconvenientes del *trueque*, tal como se ha llevado á efecto entre las tribus y pueblos primitivos. En efecto, así como Robinsón no encontró, en un principio, quien le cambiara telas por frutas, los pueblos que cedían, por ejemplo, carneros á cambio de trigo, se encontraban con frecuencia con otros hombres que tenían trigo, pero que no necesitaban carneros, sino telas.

Y es que cada persona cede una porción de los objetos que posee, á cambio de los que le hacen falta.

Cuéntase que una célebre cantante dió una vez un concierto en una comarca de Oceanía, habitada por una población semejante á la de la isla que comerciaba con Robinsón. Al retirarse á su casa, la artista quiso conocer lo que los concurrentes habían pagado y se encontró, entonces, con algunas docenas de gallinas, un centenar de huevos, cuatro racimos de plátanos y una gran cantidad de naranjas. Cada individuo de los que formaban el público había cambiado alguno de los productos que tenía á su disposición, por dos ó tres horas de música.



... quiso conocer lo que los concurrentes habían pagado ...

Las dificultades que experimentó Robinsón para cambiar sus frutas por telas, las han experimentado todos los pueblos primitivos que han comerciado

por medio del trueque. Para evitar semejantes dificultades, esos pueblos pensaron en adoptar una mercancía que fuera recibida por todos: esa vendría á ser la *moneda* que simplificase la permuta de las otras mercancías.

Así, los griegos usaron como moneda el ganado; los habitantes de ciertas islas del Asia, el arroz, y los antiguos mexicanos el cacao y las piezas de manta.

Esta *mercancía-moneda*, aceptada por todos los habitantes de un país, se llama el *patrón* de este país, y es una especie de medida por la que se valúan los demás productos, así como la «vara» y el «metro» constituyen la medida de las telas, el «cuartillo» y el «litro» el del vino y el aceite, y la «libra» y el «kilo» el de otros productos.

La moneda viene á ser, pues, la *medida del valor*. En vez de decir: un ciento de naranjas *vale* seis varas de manta ó media docena de pescados ó una flecha, se dice: un ciento de naranjas *vale* tal cantidad de *moneda*.

Y al asegurar esto, no solamente aseguramos que esa cantidad de moneda vale cien naranjas, sino también una flecha, media docena de pescados ó seis varas de manta, es decir, todos los productos por los que se cambia un ciento de naranjas.

Cada pueblo — acabamos de decir en párrafos anteriores — ha escogido una *mercancía-moneda*, pero, naturalmente, ha sido preciso que esta mer-

cancia reúna ciertas condiciones que simplifiquen el trueque. ¿Cuáles son esas condiciones?

En primer lugar, que el producto que sirve de moneda sea aceptado por la mayoría de los habitantes de un pueblo.

En segundo lugar, que esa *mercancía-moneda* se conserve inalterable; que tenga un *valor* dotado de cierta fijeza. Las frutas que Robinson había llevado consigo á la isla no tenían este valor, porque después de algunos días comenzarían á podrirse y entonces ya no valdrían lo que primeramente. Igual cosa sucede con otros productos: el cacao, las telas, el arroz, etc., mercancías susceptibles de perderse ó malearse.

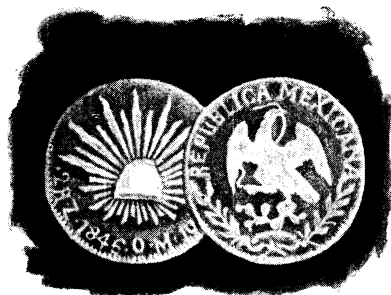
Además, había necesidad de buscar productos que tuvieran el mayor valor, á la vez que fueran los menos estorbosos, puesto que de tal suerte el trueque se podría llevar á efecto sin grandes esfuerzos de transporte.

Ahora bien, desde que los hombres han comenzado á explotar la naturaleza, ningunos otros productos han reunido en tan alto grado estas condiciones como los metales preciosos, el oro y la plata.

Estos metales, en efecto, se encuentran en cantidad relativamente limitada, lo que les asigna un elevado valor; no se echan á perder y pueden ser fácilmente transportados.

Así, hace mucho tiempo que los pueblos han comenzado á usar la plata y el oro para facilitar sus

cambios; se utilizaban estos metales en muchas formas distintas: en polvo, pepitas y barras. Pero como estas formas ofrecían el inconveniente de no conte-



... invención de la moneda ...

ner cada una de ellas igual cantidad de metal, era necesario pesar estos polvos, estas barras ó estas pepitas. Este inconveniente desapareció con la invención de la moneda, propia-

mente dicha, es decir, con las piezas de metal de cierto *tamaño* y *peso*, que sirven para medir todos los demás productos ó valores.

Las monedas que contenía el cofrecillo que Robinsón encontró en el buque náufrago, eran, pues, los medios más perfectos de cambio en los pueblos civilizados modernos. Cada una de esas piezas tenía no solamente un peso y un tamaño determinados, sino también una determinada cantidad de oro ó plata, metales unidos á otro, generalmente el cobre, destinado á dar mayor consistencia á la pieza. La cantidad del metal precioso contenido en una moneda, es lo que se llama su *ley*.

De esta suerte se dice que el *peso* mexicano tiene una *ley* de 902 milésimas; es decir, que de 1,000

partes 902 son de plata y el resto, ó sean 98, de cobre.

Muy pronto, conforme la humanidad ha ido avanzando, el *dinero* ha substituído á las mercancías en el cambio, y los pueblos que antiguamente trocaban *productos por productos*, han acabado por aceptar las monedas, ya que éstas se cambian por todos esos productos.

La facilidad para aceptar la moneda consiste, sin embargo, en la certeza que tiene el que la recibe de que cada una de las piezas posee, como ya hemos dicho, un mismo peso y una misma ley. Esta garantía la dan los gobiernos, imprimiendo en la moneda las armas de su nación é inscribiendo la cantidad de metal precioso que cada una contiene.

Por eso la acuñación de monedas es una tarea confiada á los gobiernos, porque solamente ellos se encuentran en condiciones de poder realizar este trabajo, garantizar al público y castigar á los *falsificadores*, es decir, á los que fabrican piezas de otros metales que no son los preciosos, ó disminuyen el peso ó la ley de esas piezas.

El que cambia el metal de que debe estar fabricada una moneda ó altera su *ley*, ó su peso, comete un *fraude*, es decir, un engaño, puesto que el que trueca esa moneda por otros productos, toma esa moneda en la creencia de que posee el metal de que se le dice que está compuesta y en la cantidad que también se le asegura que contiene. De este

modo, la moneda es una mercancía que vale según el valor de la cantidad de metal precioso que posee. Por eso una moneda de oro de igual peso que una de plata vale más que esta última, porque el oro vale infinitamente más que la plata.

Los metales preciosos están, en efecto, sujetos á la ley de la oferta y la demanda que norma el precio de las demás mercancías. ¿Hay mucha oferta y poca demanda de plata? Pues bajará el valor de las monedas fabricadas con este metal, como, en efecto, ha bajado en el curso de estos últimos años.

Por eso, la República Mexicana ha visto disminuir el *poder de adquisición* de su moneda de plata; es decir, que para cambiar un producto se reclama hoy mayor cantidad de monedas de plata de lo que se exigía antes, cuando la plata tenía mayor valor del que tiene ahora.

Basta lo que llevamos dicho para comprender que ni los metales preciosos ni las monedas que con ellos se fabrican, constituyen una riqueza por sí mismos, y que de nada servirían, como á Robinsón no le servía el tesoro que había encontrado, si no se pudiesen cambiar por los objetos y productos que los hombres necesitan para su vida.

Hubo un tiempo, sin embargo, en que se creyó que los *metales preciosos* eran las *únicas riquezas* y se olvidaron todas las demás substancias y materias de la tierra. Fundados en este error, los españoles conquistadores de México, se consagraron casi ex-

clusivamente al laboreo de las minas de plata, desdénando la agricultura, que constituye una de las más notables fuentes de *bienestar humano*.

La fábula nos ha dejado un claro ejemplo de lo que serían por sí mismos los metales preciosos, si no tuvieran el poder de cambiarse por los demás productos. Cuéntase que los dioses de la Mitología concedieron á un rey la facultad de convertir en oro todo cuanto tocaba. ¡Feliz monarca! se dirá. Pues no era sino el más desgraciado de los hombres, puesto que para él no había pan, ni carne, ni alimento alguno, porque apenas lo tomaba en su mano, se transformaba en un pedazo de metal que no le servía para aplacar su hambre.

Por lo demás, todos los esfuerzos que Robinson hubiese hecho para introducir la moneda en su comercio con los indígenas, habrían sido inútiles: primero, porque las monedas de que disponía no eran suyas, puesto que nuestro héroe persistía en considerar el dinero encerrado en el cofrecillo, como un depósito que estaba obligado á de-



... dinero encerrado ...

volver al dueño de este tesoro, ó, si había muerto, á sus herederos, si algún día lograba averiguar quié-

nes eran; y en segundo lugar, porque los indígenas no habían alcanzado aún ese período de civilización en que la moneda substituye á la mercancía en la permuta de un objeto por otro.

Y he aquí por qué se vió obligado á seguir haciendo uso del trueque para obtener los productos que necesitaba á cambio de los que él podía proporcionar.

CAPITULO XXV

SUMARIO. — El crédito. — Qué es el crédito. — La confianza, base del crédito. — La prenda ó garantía. — La hipoteca. — El recibo y el pagaré. — Historia de los Bancos. — Las letras de cambio. — La circulación de los documentos de crédito. — Qué es un billete de Banco. — Servicios prestados por los documentos de crédito en el cambio de la riqueza pública.

Deseaba Robinsón, antes de que terminara el buen tiempo, y que, por consiguiente, se viera obligado á suspender sus viajes á la vecina isla, *proveerse* de todos los productos y objetos de que carecía y que podían proporcionarle los indígenas.

Con este fin, resolvió llevar consigo, en una de sus excursiones, la mayor cantidad posible de *mercancías*, que destinaba á cambiar por aquellos objetos y productos que solicitaba, entre los cuales se contaban telas, que no sólo le habían servido para confeccionarse ropa blanca, sino también para otros muchos empleos, como la fabricación de un colchón, la de un toldo, etc., etc.

Sucedió, sin embargo, que los indígenas no pudieron proporcionarle telas en la cantidad que nuestro héroe demandaba, y entonces un jefe de aquellas



... de un colchón, de un toldo, etc.

tribus se comprometió con Juan á darle en uno de sus próximos viajes estas telas, entregando al joven una flecha, *en prenda ó garantía* del *compromiso* adquirido en nombre de sus compatriotas.

Robinsón no tuvo dificultad en *confiar* en la palabra del jefe, y de este modo comenzó á figurar el *crédito* en las relaciones de Juan con los indígenas.

Por lo demás, Juan conocía el respeto que los habitantes de la isla tenían por sus armas. Eran éstas consideradas por ellos como objetos sagrados, de los que no consentían en separarse; de suerte que nuestro joven tenía la certeza de que al confiarle su flecha, el indígena estaba en la seguridad de recobrarla. Por eso la admitió nuestro héroe, confiado en que el jefe cumpliría la promesa que había hecho en nombre de los suyos.

Como acaba de verse, *crédito* es *confianza*, fe en que una persona nos devolverá un objeto, un producto, un valor, una riqueza, que es de nuestra *propiedad*. Así como Robinson había *confiado* en que los indígenas le entregarían las mercancías que antes había pagado con los productos que les llevara, así también los capitalistas *anticipan* á otros hombres, que no disponen de dinero, cantidades de monedas que esos hombres se comprometen á *devolver*, ya sea en dinero, ya en mercancías.

De esta suerte, se anticipan cantidades sobre cosechas futuras, sobre productos de una industria, sobre rentas de una casa, sobre sueldos ó jornales, de modo igual que Robinson había anticipado unas mercancías á cambio de otras.

Ya hemos visto que, en *garantía* del pacto que el joven había celebrado con el jefe indígena, nuestro héroe recibió una flecha que le servía como de *promesa de pago*. En las operaciones de crédito interviene, efectivamente, una *garantía* ó *prenda*, encargada de responder del *cumplimiento* del *compromiso* contraído por el *deudor*, es decir, el que *adeuda*, en favor del *acreedor*, es decir, del que tiene derecho á la deuda.

Esa prenda puede tener un *valor* determinado, de suerte que si llegado el *vencimiento del crédito*, ó de otro modo, el día en que el deudor se ha comprometido á pagar al acreedor, no se *paga* ese *crédito*, el que posee la prenda la pone á la venta y recobra

el importe de su anticipo; ó puede también ser un objeto como la flecha que recibió Robinsón, cuyo valor no corresponde al importe del crédito.

Sean dos hombres, uno de los cuales es propietario de una casa y el otro sólo cuenta para vivir con el fruto de su trabajo. Los dos necesitan dinero y acuden á un capitalista para que se lo *preste*.

Pues bien; el primero puede ofrecer su casa al capitalista en *prenda* ó *garantía* de su *deuda*. En ese caso se dice que la finca queda *hipotecada*, y si llegada la época en que el propietario ofrece pagar al *acreedor*, no se efectúa dicho pago, la casa pasa á ser propiedad del individuo que anticipó el dinero.

El segundo personaje de nuestro ejemplo, no puede dejar en manos de la persona que le anticipó el dinero, ninguna *garantía* cuyo valor sea igual ó mayor al *crédito*: y entonces entrega al prestador algún *documento* en el que, bajo su firma, se compromete á pagar la cantidad que se le anticipó.

Varios son los documentos que pueden extenderse con este motivo, siendo los más comunes el *recibo* y el *pagaré*.

Robinsón recordaba haber visto algunos de ellos y aún tenía presente la forma en que estos documentos se extienden.

El *recibo* dice, poco más ó menos:

He recibido del Sr. ... (aquí el nombre de la persona que anticipa el dinero) *la cantidad de...*

(aquí la suma del dinero recibido) *en calidad de préstamo.*

(Nombre del lugar en donde se hizo la operación.)

(Fecha y firma de la persona que recibió el dinero.)

El *pagaré*:

Pagaré en la ciudad de... el día... á la orden de... la cantidad de... que he recibido en efectivo del mismo.

(Fecha y firma.)

En el caso de Robinsón y del jefe de la tribu, el *anticipo* que el joven había hecho al indígena no tenía como *prenda* un valor que respondiera de la *operación de crédito* llevada á efecto entre ambos, pues la flecha del indígena no tenía el *valor* de los productos que Juan había entregado á cambio de las telas que deseaba. La *garantía* reposaba, pues, antes que nada, en la confianza que el indígena inspiraba á Robinsón, y, en efecto, ya hemos dicho que la *confianza* es la base del *crédito*.

Al alejarse Robinsón de la isla, en aquella ocasión, los indígenas del interior le debían una determinada cantidad de telas; pero él, á su vez, debía otra cantidad determinada de frutas á los habitantes de la playa, los que, por su parte, tenían que pagar á los del interior otra cantidad en conchas y pescados.

Entonces ocurrió á nuestro héroe que fácilmente podía *saldar* su deuda con los de la playa, entre-

gándoles la flecha que el jefe le había dado en garantía. Sabía muy bien que sus *acreedores* no dejarían de aceptar esta prenda, *en pago* de lo que les debía, en virtud de pertenecer á una de las tribus de la isla, en donde, según sabemos, se tenía á las armas en tan gran veneración.

Y dicho y hecho, tal como Robinsón lo había pensado. Los habitantes de la playa, no sólo aceptaron en pago la flecha, sino que la recibieron con demostraciones de regocijo, pensando, indudablemente, que un objeto tan estimado no iba á permanecer, si quiera fuese por breve tiempo, en las manos de un extranjero.

Sucedió, sin embargo, que tan pronto como los indígenas del interior supieron que la flecha se encontraba en poder de los de la playa, decidieron recogerla, y para alcanzar este objeto les ocurrió darse por recibidos de los pescados y conchas que los poseedores del arma les debían, siempre que se la entregaran, como hicieron los *deudores* efectivamente.

Así, sólo con pasar la flecha de una á otra mano, resultaron *liquidados*, es decir, *cobrados* por una parte y *pagados* por otra, tres créditos distintos por medio de una simple operación. De lo contrario, los indígenas del interior habrían tenido que entregar á Robinsón las telas que le debían; Robinsón hubiera tenido que entregar á los de la playa las frutas, y los de la playa hubiesen tenido que entregar á los del interior las conchas y pescados. Había bastado el

traspaso de la flecha para evitarse esta serie de operaciones.

Y lo que Robinsón hizo con la flecha se lleva á término con recibos, pagarés y *letras de cambio*.



... pasar la flecha de una á otra mano ...

Pero ¿qué es una *letra de cambio*?

Lástima que nuestro protagonista ignorara la interesante historia de este documento, tan útil en los *cambios* de valores entre poblaciones ó países distintos.

Hace algunos siglos, Europa, la única parte del mundo civilizada que en aquellos tiempos se conocía, se encontraba dividida en multitud de Estados,

cada uno de los cuales era gobernado por un príncipe ó *señor*. Cada uno de estos Estados tenía su moneda metálica especial, de suerte que había una gran cantidad de piezas de oro y plata en *circulación*, que pasaban de un Estado á otro.

Algunos de esos príncipes imaginaron disminuir la porción de metal precioso contenido en las piezas, es decir, la *ley monetaria*, convirtiéndose de esta suerte en *falsificadores de moneda*. Entonces apareció un grupo de hombres que se encargaron de analizar dicha ley. A esos hombres, llamados *cambistas*, acudían las multitudes para conocer el verdadero valor de las monedas que poseían. Se instalaban, generalmente, en unas *bancas*—de donde más tarde les vino el nombre de *banqueros*,—desde las que atendían al público.

Los *cambistas* de todos aquellos Estados estaban muy relacionados entre sí, y esto facilitaba mucho las operaciones de crédito. ¿Un comerciante de Italia trataba, por ejemplo, de pagar á otro comerciante de Francia el *valor* de unas mercancías que éste había remitido á aquél? Pues no tenía más que dirigirse al *cambista* italiano y depositar en él la suma de dinero que representaba dicho valor; el *cambista* italiano daba orden á su colega el *cambista* francés que entregara esa misma cantidad al acreedor francés del comerciante italiano y así se realizaba una operación que habría exigido las mismas ó mayores dificultades y pérdidas de tiempo que la de Ro-

binsón con los indígenas, y que arriba hemos señalado.

En *garantía* de esta operación, el cambista ponía en manos del individuo que traía el dinero un documento, en el que constaba la cantidad entregada, el nombre de la persona que lo había entregado, el de la persona que debía cobrarlo y el del otro cambista que tenía que pagarlo. Este documento se llama *letra de cambio* y está concebida en estos ó semejantes términos:

(Nombre de la ciudad en que se hizo la entrega
y fecha de ésta)

A (tantos días fecha ó *vista* de la letra) *pagará usted por esta letra de cambio la cantidad de...* (aquí la cantidad á que asciende la entrega) *valor recibido de...* (nombre de la persona que entregó el dinero) *á la orden de...* (nombre de la persona que debe cobrar el dinero) *y que sentará usted en cuenta de S. S.*

(Firma de la persona que recibió el dinero
y nombre de la persona que debe pagarlo.)

Esta letra de cambio era remitida generalmente á la persona que debía cobrar el dinero; pero acontecía con mucha frecuencia que esa persona deseaba disponer del dinero antes del día señalado para el cobro, con objeto de pagar alguna otra cantidad que á su vez debía. Entonces se dirigía á alguno de los cambistas, proponiéndole que le anticipase

esta cantidad, en cambio de la letra que el interesado *endosaba*, es decir, cedía en favor del banquero.

En realidad, Robinsón había *endosado* á los habitantes de la playa la flecha que el jefe de las tribus del interior de la isla entregó á la *orden* del joven.

Todas estas y otras *operaciones de crédito* están destinadas, como fácilmente se comprende, y hemos dicho ya, á *ahorrar tiempo y transporte de mercancías* (ó lo que es lo mismo, *de dinero*) *en el cambio de productos*. Así, Robinsón había ahorrado un cargamento de frutas para pagar lo que debía á las tribus de la playa, como éstas también habían ahorrado el envío de las conchas y peces que á su vez debían á los pueblos del interior. En las sociedades modernas, en las que las operaciones de crédito se han multiplicado extraordinariamente, los *recibos*, los

pagarés y las *letras de cambio* han aumentado la *rapidez* de los cambios.

Pero ningún documento ha ahorrado tanto el *dinero* y el *tiempo* en los cambios como los *Billetes de Banco*, esos *billetes* que el cofrecillo que Robinsón había encon-



... un billete de Banco?

trado en el buque náufrago encerraba en tan gran cantidad.

Pero, ¿qué es un *billete de Banco*?

Para formarse una idea, no tenía nuestro héroe más que leer lo que estaba escrito en uno de ellos, precisamente del Banco Nacional de México.

Decía así:

El Banco Nacional de México pagará 100 pesos á la vista, al portador, en efectivo.

Como se ve, esto quiere decir que un *Banco* llamado «Nacional de México», — es decir, un establecimiento semejante al de los antiguos cambistas, que entregaban y tomaban *letras de cambio* y demás documentos de crédito,—pagará 100 pesos al *portador*, ó de otro modo, al dueño de ese billete. El billete de Banco es, por lo tanto, una *promesa de pago*, y todo el mundo lo recibe como si fuera la cantidad de dinero que representa, porque sabe que al presentarse en las oficinas de ese Banco, el billete será cambiado por esa cantidad de moneda.

Así, pues, los Bancos son *establecimientos de crédito*, consagrados no solamente á hacer anticipos de dinero á las personas que lo soliciten y que en cambio de esos anticipos ofrezcan garantías ó prendas, á dar (ó *girar*, como se dice en términos comerciales) letras de cambio, á entregar dinero por pagarés ó recibos suscritos por personas que merezcan confianza, sino también á poner en circulación *billetes* que *cambian* luego por el dinero efectivo que repre-

sentan. En este caso, se les llama *Bancos de Emisión*, puesto que *emiten* esos billetes.

Los Bancos prestan grandes servicios, y todas las naciones modernas cuentan con establecimientos de este género, que con sus anticipos de dinero y las facilidades que han proporcionado á los cambios, se consideran como uno de los medios más eficaces y provechosos á la circulación de las riquezas. Hay algunos países como Francia é Inglaterra, que cuentan cada uno con un solo Banco de *emisión*, y otros, como México y los Estados Unidos, en los que hay varios.



... y los billetes de Banco, que substituyen ...

En la isla de Robinsón y en la que habitaban sus amigos, la única operación de crédito había consistido en la cesión y traspaso de una flecha de unos á otros individuos, y no podía ser de otra manera, puesto que el crédito es un hecho *económico* que sólo se presenta en las sociedades muy adelantadas, en donde el *trueque* y la *permuta* se han transformado en operaciones de cambio muy perfeccionadas, en las que figuran documentos como las *letras de cambio* y los *billetes de Banco*, que substituyen provechosamente á las mercancías y las monedas.

CAPÍTULO XXVI

SUMARIO. — Qué se entiende por consumo. — La población. — Desigualdad en la distribución de los habitantes del mundo. — El hombre como elemento de la producción de la riqueza. — Aumento de población: causas y dificultades de este aumento. — El desarrollo de la población y el de las subsistencias. — El pauperismo. — Emigración é inmigración. — Colonos.

Con mucha tristeza veía Robinsón la llegada del invierno, que le obligaba á suspender los viajes á la isla de sus amigos.

Nuestro compatriota, no sólo había hallado en sus relaciones con los indígenas un motivo de satisfacción al ponerse en contacto con semejantes suyos, aun cuando éstos no estuvieran á su misma altura en punto á ilustración é inteligencia, sino que, además, esas relaciones sirvieron al huérfano para proveerse, como ya hemos visto, de multitud de objetos útiles.

Por otra parte, el deseo de procurarse estos objetos, á cambio de los que él podía entregar á los indígenas, sirvió de *estímulo* á Robinsón para consagrarse con mayor asiduidad á sus tareas.

Y así, ensanchó los cultivos de su «huerto», fabricó un número más grande de dardos de hierro, curtió mayor número de pieles, y, en una



... curtió mayor número de pieles ...

palabra, desarrolló su *producción* en términos de que fuera suficiente para atender al activo *tráfico* que había emprendido con los compatriotas de Domingo.

De esta suerte, en efecto, es como la *demanda de productos*, originada por el comercio, aumenta el trabajo de un pueblo, y contribuye, por lo tanto, al *desarrollo* de su *riqueza*.

Notablemente habían servido á nuestro Robinsón para el aumento de esta riqueza, los granos de trigo que encontró en el buque náufrago. Juan había sembrado una porción de aquellos granos, y la primera cosecha que recogió dejóle verdaderamente asombrado. Es que el trigo, como el maíz, es una siembra que se reproduce en la tierra en cantidades verdaderamente maravillosas.

Claro es que, para obtener este resultado, son indispensables buenas tierras y que sean bien regadas, y como las de la isla de Robinsón reunían estas condiciones, no era de extrañarse la cuantiosa cosecha recogida por nuestro laborioso protagonista.

Volviendo ahora á nuestra narración, diremos que en el último viaje que Juan resolvió efectuar á la isla de los indígenas y cuando se disponía á alejarse de ellos, en compañía de Domingo, quien ni por un momento pensó en separarse de su amo, experimentó una agradable sorpresa al ver que un grupo de habitantes de aquella comarca se dirigió á él, en los momentos en que iba á embarcarse, solicitando de nuestro joven que los llevara consigo.

Y fueron tantos los ruegos de aquellas gentes y tales sus protestas de adhesión y cariño, que Juan

acabó por acceder á sus súplicas, pensando que aquellos indígenas le podrían ser muy útiles en las labores que había emprendido.



... aquellos indígenas le podrían ser muy útiles ...

La verdad era que la isla de los indígenas contaba con una *población* bastante crecida para obtener los productos destinados á su *consumo*, es decir, á la satisfacción de sus necesidades, y aun había un sobrante de esta producción, mientras que la isla de Juan sólo tenía dos habitantes, los que no eran suficientes para la cantidad de riquezas susceptible de alcanzarse en ella. La isla de Robinsón era, en efecto, más rica que la de los indígenas en *elementos naturales*; las tierras eran más fértiles, más abundantes las corrientes de agua, y se encontraba en ella mayor cantidad de minerales. Y sin embargo, esta isla había estado desierta hasta que Robinsón se instaló en ella, al paso que la de los indígenas, como acabamos de decir, se encontraba suficientemente poblada.

La *población del mundo* está, efectivamente, distribuída con suma *desigualdad*. Existen muchas na-

ciones en que el número de habitantes es muy elevado, en tanto que en otras este número resulta, por el contrario, sumamente reducido. Entre las primeras, se pueden citar los Países Bajos, que tienen 130 habitantes por cada kilómetro cuadrado, y Bélgica, con 200 habitantes por kilómetro; entre las segundas, se cuentan todos los países de África, muchos de Asia y la mayor parte de los del Continente americano.

México, desgraciadamente, se halla muy poco poblado, puesto que, tomando en cuenta la gran extensión del territorio nacional, nuestro país tiene menos de siete habitantes por kilómetro cuadrado. Y decimos desgraciadamente, porque ya hemos visto que el *hombre*, por su *trabajo* y su *inteligencia*, constituye un elemento de mucha importancia en la *producción* de la *riqueza*.

Ocorre, no obstante, que la escasez de habitantes de un país ó de una comarca se va mejorando por el *aumento de población*. La del mundo aumenta, en verdad, de una manera constante, á causa de que la cifra de nacimientos es cada día mayor que la de defunciones. Este aumento de población no se realiza, empero, de un modo igual en todos los países, sino que hay comarcas en las que el número de habitantes crece de una manera muy rápida, mientras que en otras este número permanece estacionario ó, cuando menos, crece con mucha lentitud.

¿A qué se debe esta diferencia en el aumento de población de las diversas comarcas del mundo?

Ya sabemos que la isla de Robinsón ofreció desde el primer día al joven náufrago suficientes *elementos naturales* con los que, desde entonces, pudo proveer á sus necesidades: no solamente la tierra era fértil y propicia á los más variados cultivos, sino que, además, el clima era benigno y tan apropiadas las condiciones de salubridad, que Juan no había padecido la menor dolencia. Otra cosa habría sucedido si estas condiciones hubiesen sido distintas, porque en tal caso, Robinsón hubiera experimentado grandes dificultades para la vida y acaso habría acabado por perecer.

Así, pues, una de las primeras condiciones que debe tener una comarca para que el hombre pueda vivir en ella y formarse más tarde una familia, contribuyendo de este modo al aumento de población,



... las heladas regiones polares ...

es que esta comarca posea elementos explotables de riqueza, un clima que pueda resistir el cuerpo humano y que se encuentre, además, libre de enfermedades.

Por esta razón vemos que los arenosos desiertos del Sahara, en donde no hay señales de vegetación, no están habitados, y vemos también que en las heladas re-

giones polares tampoco hay habitantes. En cuanto á las enfermedades, existen otras comarcas combatidas frecuentemente por terribles epidemias que siembran la muerte entre sus pobladores, cuyo número no puede por esta causa aumentarse notablemente.

A pesar de los pertinaces enemigos que luchan contra la vida de los hombres, la población del mundo va acrecentándose constantemente, según hemos dicho ya, al grado de que por mucho tiempo se temió que este aumento llegara á ser algún día motivo de grandes sufrimientos.

Se pensaba entonces que la cantidad de *provisiones* no sería bastante para satisfacer las necesidades de todos los hombres, y que, por lo tanto, un gran número de ellos estaba condenado á morir por *falta de subsistencias*. En la actualidad, estos temores han desaparecido, porque cada día se descubren nuevas comarcas dotadas de gran fertilidad, y porque la ciencia ha enseñado á convertir en fértiles los terrenos más áridos.

Existen países, sin embargo, en los que la población se ha desarrollado de tal modo, que no tardan en presentarse esos sufrimientos; bajan los jornales, porque la oferta de trabajo es mayor que su demanda y se inicia el *pauperismo*, es decir, la miseria en un grupo muy grande de individuos.

Entonces, muchos de estos hombres deciden dirigirse á otras comarcas que les ofrezcan mejores condiciones de prosperidad. A estos hombres se les

llama *emigrantes*, porque *emigran*, es decir, abandonan su *patria*, para fijarse en otro país, en donde son recibidos como *inmigrantes*.

Los indígenas que acompañaban á Robinsón, eran *emigrantes* de su isla é *inmigrantes* á la del joven.

Robinsón cedió á cada uno de ellos un pedazo de terreno para que lo cultivase por sí propio, formando de esta suerte una *colonia*, no como esas colonias de que hemos hablado en páginas anteriores, puesto que los *colonos* de la isla de Robinsón no dependían de ninguna metrópoli y podían consagrar sus fuerzas á las tareas que más les agradasen.

Nuestro héroe podía disponer de esas tierras, porque contaba con una gran extensión de ellas. Sabemos, en efecto, que no faltaban terrenos á Juan; lo que necesitaba eran trabajadores, hombres activos y laboriosos, que le ayudasen á seguir aumentando la producción de la isla.

Esto es, asimismo, lo que México necesita: *inmigrantes*, *colonos* que vengán á trabajar nuestra gran extensión territorial, á desarrollar la agricultura patria y á dar mayor impulso á las industrias de la República.

Muy pronto pudo Robinsón apreciar las grandes ventajas de la ayuda que le proporcionaron los indígenas.

La colonia comenzó á prosperar muy rápidamente; aumentó la superficie de terrenos cultivados, tomaron un notable impulso las labores metalúrgi-

cas, bajo la dirección del infatigable joven, se recogieron abundantes cosechas y, por último, se construyeron varias casas de arcilla y ladrillos, moradas mucho más cómodas que las profundidades de las grutas, que hasta entonces habían servido de refugio á los habitantes de la isla.



... construyeron
varias casas ...

En una palabra, Robinson se había ido elevando, poco á poco, desde el aislamiento, la desnudez y la pobreza de los primeros hombres, hasta cierto grado de bienestar, propio de los grupos humanos que han pasado de la etapa del salvajismo y la barbarie para entrar en un período de relativa civilización.

Mucho se necesitaba todavía para que se pudiera considerar á los moradores de la isla á igual altura de progreso y riqueza que á los individuos de las avanzadas sociedades modernas, en donde se han llegado á satisfacer todas las necesidades, así del cuerpo como del espíritu, del mismo modo las materiales que las de la inteligencia; pero volviendo atrás la mirada, nuestro compatriota medía la distancia existente entre la terrible situación á que se vió reducido al día siguiente de su naufragio, y la que en la actualidad disfrutaba, merced á esa gran fuerza que eleva al hombre y lo conduce á las cimas de su *bienestar*, que se llama TRABAJO.

CAPÍTULO XXVII

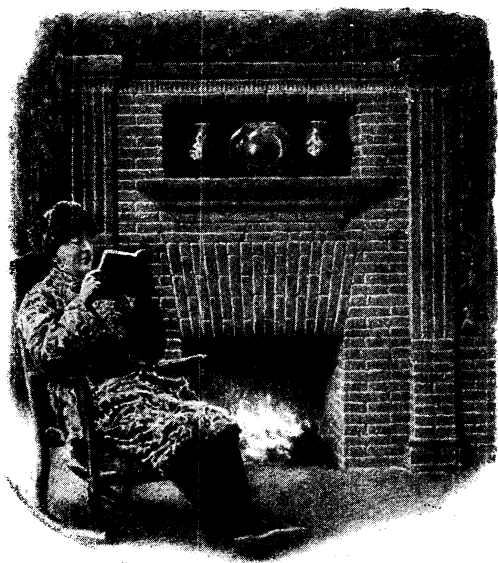
SUMARIO. — El ahorro. — Lo que lo constituye. — Los hombres económicos y los pródigos. — Ventajas y objeto del ahorro. — El lujo. — Cuándo aparece en las sociedades. — Las satisfacciones del cuerpo y las del espíritu.

¡Cuán distintas eran estas agradables veladas de las primeras que el joven pasó en la isla!

Refugiado entonces en el interior de la gruta, en las tinieblas, solo y temeroso, Robinsón pasaba las horas de una noche interminable, escuchando los violentos rumores de la tormenta. Ahora, frente á las alegres llamaradas de una chimenea, en la amplia sala de una espaciosa casa, provista de cómodos muebles, hábilmente trabajados por los colonos, nuestro compatriota charlaba con sus amigos, ó bien leía alguno de los libros que encontrara en el buque náufrago.

De todas las obras que Juan poseía, ninguna le habían llamado tanto la atención como las del célebre escritor inglés Samuel Smiles.

¡Ayúdate! había enseñado al joven que el esfuerzo, la actividad y la energía propias, son la base de todo progreso, y que el que desea alcanzar un objeto, debe comenzar por luchar sin descanso para

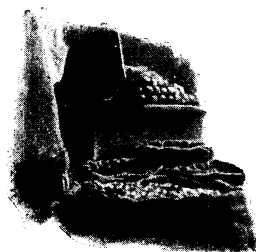


... leía alguno de los libros que encontrara ...

conseguirlo. *El Carácter* le demostró que esa actividad, ese esfuerzo, esa energía del hombre se apoyan en la voluntad, que no doblegan los mayores obstáculos. En *Vida y Trabajo*, conoció la existencia de grandes hombres que por su asiduidad, su constancia y labor se fueron conquistando, poco á poco, una posición y labrando una fortuna. Por último, en

El Ahorro, Robinsón comprendió que los grandes progresos del individuo como de la Humanidad, el desarrollo de la riqueza, el aumento de la prosperidad de un hombre como de una nación entera, se deben al resultado del trabajo, á la *previsión* para no *consumir* todo lo que se produce, á la buena costumbre de *reservar* una parte de esa producción.

¿Por qué podía Robinsón disfrutar de las comodidades que entonces le rodeaban? ¿Por qué contaban



... una porción de sus cosechas ...

él y sus camaradas con víveres para muchos meses? ¿Por qué los *almacenes* de la isla estaban llenos de trigo? ¿Por qué podía disfrutar de aquellos ocios? Sencillamente porque nuestro héroe había *ahorrado* una porción de sus cosechas; porque trabajando

sin cesar durante algún tiempo, se había asegurado aquel descanso.

La situación de Juan habría sido muy distinta, si el joven sólo se hubiese contentado, como hacen, por desgracia, muchas personas *imprevisoras*, con vivir, conforme se dice generalmente, *al día*, sin pensar en el mañana. Estas gentes *despilsarran*, es decir, gastan más de lo que juiciosamente debieran, y llega una ocasión en que se arrepienten de no haber sabido *ahorrar*.

Entonces, suele venir la mala época, la vejez, en

la que las fuerzas del hombre declinan, las enfermedades, y, á veces, la miseria.

En cambio, las personas *económicas*, las que no han consumido todas sus ganancias en gastos *superfluos*, es decir, en cosas que no son necesariamente indispensables, ven llegar esta época con tranquilidad, porque sus ahorros les permiten formarse una *renta*, ser dueños de una riqueza que les preserve de sufrimientos. Y este es el ideal y la aspiración de todos los hombres.

Así como Robinson no tenía ya una mala cosecha, pues había *ahorrado* suficiente trigo para que no le faltase alimento, así también el capitalista, el empleado, el obrero, el hombre juicioso, en fin, cualquiera que sea su categoría, guardan, éste una moneda en una alcancía, aquél un billete en un Banco, el otro adquiere una *propiedad* con los sobrantes de sus ganancias.

¡Qué distinta es la conducta de los *pródigos*, á los que nunca les *basta* el dinero que *ganan*!

Con mucha frecuencia vemos que un hombre contrae deudas por el placer de hacer compras innecesarias. Y si esta conducta es reprochable, más lo es todavía cuando ese dinero se gasta en vicios, por ejemplo, el juego y la embriaguez, que han hecho la desgracia de tantas familias.

No menos digna de censura es la costumbre de algunos trabajadores que abandonan su tarea, y que por lo tanto dejan de percibir el salario que les

corresponde por los días que desertan de ella. Los obreros que hacen *San Lunes*, costumbre muy generalizada, desgraciadamente, en México, son en realidad tan pródigos como los que gastan su dinero en cosas superfluas.

Los hábitos de ahorro llevan al hombre á no desperdiciar los objetos más insignificantes.

A este propósito se cuenta que una ocasión, un joven sin empleo fué á ver á un rico comerciante para que éste le proporcionara una colocación. El capitalista contestó al solicitante que por aquel mo-

mento no tenía ninguna plaza disponible.

Ya se retiraba el joven, cuando, en el momento de salir, vió en el suelo un alfiler; se inclinó á recogerlo, lo tomó y prendióselo en la solapa de su levita. El comerciante, que había observado todo, llamó al joven y le dió un puesto en su casa, pensando que sería, como en realidad fué,



... herramientas con las piedras
que hollaban sus pies ...

un empleado cuidadoso y un hombre económico.

Robinsón había hecho alfileres con las espinas de un pescado, redes con los filamentos de una planta,

herramientas con las piedras que hollaban sus pies. Nada es, pues, inútil, y todo, por lo contrario, sirve á la infatigable labor del hombre.

Por lo demás, conforme la colonia iba avanzando en prosperidad, más se complacían los individuos que la formaban en proporcionarse mayor número de comodidades. Ya no eran solamente las que se relacionaban con el cuerpo, como, por ejemplo, una cama mullida, un asiento cómodo, vestidos holgados, etc., etc., sino otra multitud de cosas que halagaban el espíritu, entre ellas las llamadas de *adorno*.

De esta suerte, los hombres tapizaron las paredes de sus casas con pieles de los animales que habían cazado, las mujeres se hicieron cinturones con las brillantes plumas de los pájaros que cruzaban aquellos horizontes; con jugos de plantas se tiñeron varias piezas de tela de algodón, prendidas en las habitaciones á modo de colgaduras; en una palabra, después de los tiempos de escasez y privación, aparecieron la comodidad y el *lujo*.

Así, pues, el *lujo* había nacido en la isla, como en todas las sociedades, cuando, después de haberse satisfecho las primeras necesidades, pueden procurarse otras satisfacciones, que no son las más apremiantes de la vida.

Claro es que, conforme un individuo, una tribu ó una sociedad va desarrollando su bienestar y aumentando sus ahorros, mayores serán también sus ele-

mentos de lujo. Para Robinsón y sus amigos una silla, una mesa, un lienzo teñido, una piel curtida eran objetos de lujo, que no lo son, en realidad, para los habitantes de las sociedades en que vivimos.

Y de igual modo, objetos de lujo fueron en otros tiempos un ropero, un espejo, una vajilla, que sin ser muy rico se puede poseer actualmente.

El lujo ha encontrado y encuentra todavía personas que lo combaten, apoyadas en que representa un gasto inútil. Y en verdad que esto puede ocurrir cuando los individuos ó las sociedades sacrifican *lo necesario á lo superfluo*.

Robinsón y sus colonos habrían procedido torpemente si, careciendo de víveres y vestidos, se hubiesen dedicado á teñir telas. Pero ya hemos visto que no había sucedido así, y que el joven y sus amigos sólo se permitieron introducir objetos de lujo cuando habían asegurado sus primeras necesidades.

La verdad es que entre las necesidades de los hombres no se cuentan únicamente las de su cuerpo, sino también las de su inteligencia. Un pedazo de pan produce una satisfacción; pero un trozo de música también proporciona otra.

Los placeres artísticos, que embellecen la vida, la contemplación de un hermoso cuadro, la lectura de un libro, la representación de una obra teatral, son, en verdad, manifestaciones de *lujo*, de las que el hombre civilizado no podría prescindir fácilmente.

Ninguno debe malgastar los frutos de su trabajo en cosas inútiles; pero todos proceden bien al consagrar la parte que les sobre de estos frutos, después de atender á sus más imprescindibles necesidades, á procurarse aquellos objetos y á proporcionarse aquellas satisfacciones que reclama su espíritu.

CAPÍTULO XXVIII

Ya había pasado la Primavera, y el Estío, con sus lentos días de fuego y sus noches estrelladas, hacía su aparición en la isla, en donde las labores de la colonia se proseguían sin descanso.

Dirigidos constantemente por Juan, transformado de *trabajador* en *empresario*, los indígenas, no sólo desarrollaron las diversas tareas que había iniciado nuestro protagonista, sino que acometieron otras, para cuyo satisfactorio resultado era indispensable el concurso de varias personas. Entre esas tareas, citaremos las obras realizadas para desprender, desde las alturas de los «Bosques», el agua contenida en el lago de que hemos hablado en los comienzos de este relato, y precipitarla á la playa.

El lago, como ya sabemos, se hallaba encerrado dentro de una cortina de montañas, con excepción de la parte que caía sobre la costa, en donde los bordes únicamente sobrepujaban algunas pulgadas

el nivel de las aguas que, mantenidas por un manantial interior, se escapaban bulliciosamente por las vertientes, en diversidad de arroyuelos sonoros.

Robinsón pensó que si llegaba á hacer caer, desde las alturas en que se encontraba almacenada una porción de aquella agua, podría fácilmente utilizarla como *fuerza para mover* alguna máquina.



... rebajaran los bordes del lago que daban
á la playa ...

¿Quién no sabe, en efecto, que los ríos mueven los molinos de trigo, merced á la fuerza de la corriente, que, de igual modo que arrastra hojas, ramas y cortezas de árboles, comunica impulso á una

rueda, obligándola á que gire? Y esta rueda, á su vez, hace que se muevan otras y otras, haciendo andar á las maquinarias de una fábrica.

Así, Juan creyó, y creyó bien, que improvisando una caída de agua, esta caída le serviría para mover un molino de trigo, y con este propósito hizo que los indígenas, armados de los instrumentos que había puesto en sus manos y enseñado á manejar (martillos, picos y hachas), rebajaran los bordes del lago que daban á la playa, hasta lograr que el agua cayera en una cascada artificial sobre las arenas de la costa.

La obra quedó terminada, después de algunas semanas de constantes trabajos, y el agua no tardó en dar movimiento, no sólo al molino de trigo, montado por la colonia, sino también á varias máquinas que Robinsón instaló y que fueron de gran utilidad para las tareas industriales.

Así, en México, las numerosas caídas de agua con que cuenta la República han sido utilizadas en proporcionar fuerza, dando, por lo tanto, movimiento á multitud de fábricas establecidas al pie de esas caídas. La fuerza proporcionada por el agua, hace que se ahorren grandes cantidades de carbón, que necesitan las industrias para hacer andar las máquinas.

En suma, la prosperidad y el progreso reinaban en la colonia, en los momentos en que se acercaba el fin del verano, y nada hacía presagiar los tristes acontecimientos de que iba á ser teatro la isla.

Era una brillante mañana de verano. El sol comenzaba á derramar sus rayos sobre la tierra y Robinsón se preparaba á dejar el lecho, cuando grandes gritos llegaron á sus oídos.

Vistióse apresuradamente, y al salir de su casa, un terrible espectáculo se ofreció á sus ojos asombrados: en todo el espacio de la playa que abarcaba sus miradas, grupos de indígenas desconocidos se alzaban en actitud hostil, frente á los colonos, que trataban de rechazar aquella invasión inesperada. En una de las pequeñas bahías de la isla, media docena de canoas vacías indicaban el lugar por donde se había efectuado el desembarque.

Inmediatamente comprendió nuestro héroe quiénes eran aquellas gentes y la peligrosa situación en que él y sus amigos se encontraban: los invasores pertenecían á la tribu enemiga de la de Domingo que de nuevo regresaban á la isla de Juan, en número más considerable y con mayor decisión que la primera vez que en ella se presentaron. La lucha era inevitable, y su resultado no podía menos de ser desventajoso para los colonos, dado el número mucho más crecido de sus adversarios.

Ya éstos se disponían á acometer á los moradores de la isla, que ajenos de este encuentro, habían salido sin armas para entregarse á sus habituales tareas, cuando Robinsón con un agudo grito llamó la atención de sus compañeros y con expresivos ademanes les ordenó que se reunieran con él en la casa,

en donde, después de asegurar bien la puerta, se encontraban todos, minutos después, discutiendo los medios de conjurar aquel tremendo peligro.

Los invasores se habían agolpado á la entrada, y aunque por el momento no parecían dispuestos á un asalto, parecía evidente que sus intenciones eran permanecer en acecho, formando, de esta suerte, una especie de sitio en torno de la casa. La situación para los colonos tenía por el momento sus ventajas, puesto que se hallaban resguardados de los ataques de sus adversarios; pero á la larga los sitiadores acabarían por obligar á los sitiados á salir de aquel albergue, y entonces no era difícil prever de parte de quiénes se decidiría la victoria.

Los asaltantes eran, según hemos dicho, en número muy superior á los colonos, y además estaban armados con flechas y lanzas, como desde una de las claraboyas de la casa podía juzgar Robinson por sus propios ojos. ¿Qué hacer, pues, si aquella gente se empeñaba en llevar adelante el cerco y librar, por último, una batalla, que sólo traería consigo la muerte ó la captura de Juan y sus amigos? Por otra parte, ¿qué harían éstos por defender sus *riquezas*, el huerto, los terrenos cultivados, las instalaciones industriales? Era necesario, antes de que sus enemigos discurrieran hacer una excursión en la isla y destruyeran tantos objetos útiles, que representaban una gran cantidad de trabajo, adoptar una rápida determinación, y ésta no podía ser otra sino

la de obligar á los asaltantes á alejarse de aquellas playas.

Juan recordó que entre los objetos que había extraído del buque náufrago se encontraban cuatro fusiles, dos pistolas y el parque correspondiente para estas armas de fuego. Mucha repugnancia le causaba tener que derramar sangre, pero comprendió que no habría otro remedio, puesto que la vida de los colonos se encontraba en peligro inminente.

De esta suerte, las leyes de los países civilizados protegen á los hombres que, en defensa de sus existencias, rechazan una agresión y emplean la fuerza contra la fuerza.

Rápido como el pensamiento, Juan distribuyó las armas entre una media docena de sus compañeros que conocían el manejo de ellas, y apostándose detrás de las claraboyas dió resueltamente la voz de ¡fuego! El terror que se apoderó de los invasores al escuchar el ruido de la descarga es indescriptible, terror que se convirtió en verdadero pánico al ver que dos hombres se habían desplomado en tierra, gravemente heridos.

La fuga fué tan precipitada, que apenas tuvieron tiempo para recoger los dos cuerpos y llegar en vertiginosa carrera al lugar de la costa en que se mecían sus canoas. Media hora más tarde, sólo se distinguían en el horizonte algunos puntos negros, que atestiguaban la derrota de los invasores y su fuga á través del Océano,

Por esta ocasión los colonos estaban salvados. ¿Pero no era posible que, repuestos de su sorpresa, pretendieran más adelante regresar á la isla, en número mucho más crecido aún, é intentar un nuevo asalto? ¿Qué sería entonces del desgraciado Robinsón y de sus fieles camaradas?



... dió resueltamente la voz de ¡fuego!

Este pensamiento tenaz se había apoderado del espíritu de Robinsón y lo tuvo despierto aquella noche hasta muy cercana la madrugada. Apenas comen-

zaba á acariciarlo el sueño, cuando, clara y perceptiblemente, llegó á sus oídos el estampido de un cañonazo. De un salto se puso en pie y precipitóse á la claraboya de su cuarto: en una de las bahías de la isla, un buque se mecía gallardamente á impulsos de las aguas.



... se agitaban sus brazos en solicitud ...

¡Un buque! ¡Qué inmenso gozo se apoderó del espíritu de nuestro héroe! Por fin iba á regresar á su patria, á verse de nuevo en una sociedad civilizada, á alcanzar las alegrías y obtener las satisfacciones

que su isla, no obstante sus grandes trabajos, no había podido proporcionarle, porque esas alegrías y esas satisfacciones únicamente se consiguen en pueblos muy adelantados.

Y sin poder contenerse, el joven daba al aire gritos de entusiasmo, mientras se agitaban sus brazos en solicitud del inesperado socorro.

No tardó en desprenderse un bote de los costados del navío y muy pronto, al vigoroso impulso de los remos, seis tripulantes saltaban á tierra, frente á las ansiosas miradas de nuestro protagonista.

Muy rápidas fueron las explicaciones: el buque anclado en las aguas de la isla era de nacionalidad inglesa, y hacía la carrera de Londres á los puertos chinos. Una casualidad lo había desviado de su frecuente derrotero, y antes de emprender el regreso á Europa, el capitán había querido conocer aquellas playas. Grande fué la sorpresa de este viejo marino al encontrarse con una isla habitada y mayor todavía al enterarse de que uno de los habitantes pertenecía á una sociedad civilizada.

Después de escuchar el relato de Robinsón, á quien pudo comprender perfectamente, pues en sus largas excursiones había llegado á aprender el idioma español, le brindó con un lugar en su buque, manifestándole que estaba dispuesto á hacer que llegara á México. Puede imaginarse la alegría de Juan al oír tal proposición, y sólo vacilaba al pensar en que tendría que dejar á sus amigos los indíge-

nas, de quienes tantas muestras de cariño había recibido.

Por último se decidió que el buque dejaría á los colonos en su isla, en donde se encontrarían más seguros contra cualquier agresión que intentasen sus enemigos, y que, luego, la embarcación emprendería el regreso, llevando consigo á Robinsón y á su fiel Domingo.



... Juan se encontró una mañana
camino de su inolvidable patria

Así se hizo, en efecto, y después de una postrera mirada á la isla que tanto amaba, Juan se encontró una mañana camino de su inolvidable patria.

CAPÍTULO XXIX

SUMARIO. — Las Cajas de Ahorro. — Beneficios que prestan á las clases trabajadoras. — Sociedades de seguros. — El seguro sobre la vida, sobre incendios y marítimo, etc., etc. — Sociedades mutualistas y sociedades cooperativas. — La Beneficencia pública: asilos y hospitales.

El vapor hizo la travesía con toda felicidad. Era una hermosa embarcación, elegante y sólida, cuyo rápido andar le permitió recorrer en pocas semanas la distancia que mediaba entre la isla de Robinsón y un puerto de la Gran Bretaña.

El buque llegó á Londres en los últimos días de otoño. Una enorme cantidad de barcos de todas clases y tamaños llenaba el puerto. De todas partes del mundo llegan, en efecto, buques de vapor y de vela, y descargan en aquellos muelles los más variados productos: plata, procedente de México y los Estados Unidos; cargamentos de te y tejidos de seda, que vienen del Asia; café, de las Repúblicas Centro-Americanas y del Brasil; vinos, de Italia y Francia; ganado, de la Argentina; trigo, de Rusia, etc., etc.

Y es que Londres es un *mercado de distribución*, una *plaza comercial* en la que se reunen todas las mercancías, que de ahí se reparten en los demás



El vapor hizo la travesía con toda felicidad

mercados del mundo. Por eso los precios que alcanza en ese puerto una gran cantidad de productos son, generalmente, los que sirven de tipo en la mayoría de las comarcas de *consumo*.

Desembarcaron Robinsón y Domingo, y su primer cuidado fué visitar la capital del Reino Unido, de la que nuestro protagonista había oído hacer los mayores elogios. Londres es, verdaderamente, una gran ciudad que cuenta hermosos edificios, almacenes inmensos é importantes casas de comercio. Es, en pocas palabras, un centro de negocios, así de *producción*, como de *circulación y consumo*.

Los establecimientos que más llamaron la atención de nuestro protagonista fueron las *Cajas de Ahorro*, á donde los obreros, los empleados y otra infinidad de personas depositan sus *economías*. En esas *Cajas* se guardan los ahorros de los trabajadores, á quienes se paga un interés por el empleo que se hace de su dinero. Las cantidades recaudadas en esos establecimientos son muy considerables, y muy considerables también los intereses que se distribuyen entre los dueños de esos *depósitos*.

De esta suerte, los individuos que logran hacer algunos ahorros, ven recompensados sus sacrificios con las *utilidades* que les proporcionan las *Cajas*, y los grupos menos acomodados, los jornaleros, por ejemplo, van, poco á poco, constituyéndose en *pequeños capitalistas*, que cuentan, además de sus salarios, con una *renta*, que les permite hacer frente á sus necesidades en las épocas difíciles, cuando no encuentran trabajo, viene una enfermedad ó llega la vejez.

Y no solamente los obreros, sino hasta los soldados y los niños cuentan en Londres con *Cajas de*

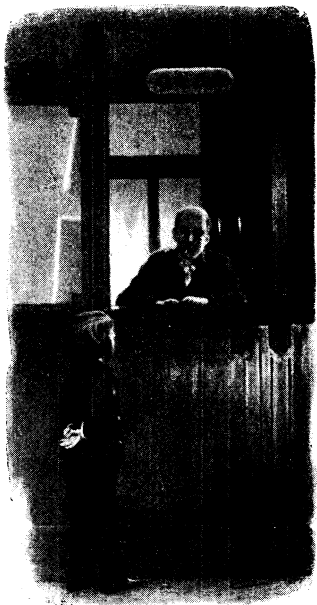
Ahorro, en donde depositar sus economías. Los Bancos Militares reciben grandes sumas, procedentes de la parte que los soldados separan de su haber, y en los colegios, en los que se da á los alumnos, desde edad muy temprana, lecciones de ahorro, se hacen colectas que se entregan á las Cajas, á nombre de cada niño que reúne una suma, generalmente pequeña, economizada de los gastos superfluos, la mayor parte de las veces de las cantidades que los padres les dan para juguetes.

Con este motivo, se cuenta que en una ocasión se presentó un muchacho á retirar de una Caja de Ahorros escolares una pequeña cantidad que tenía depositada en aquel establecimiento, y como el cajero le preguntara por qué sacaba su depósito, el pequeño le contestó:

«Señor, mi madre no

tiene con qué pagar este mes la renta de la casa, y yo quiero ayudarla á hacer ese gasto.»

Son verdaderamente inmensas las sumas de di-



... las sumas de dinero ...

nero que han recaudado las Cajas de Ahorro, y muy crecidos también los *intereses* que distribuyen entre las clases trabajadoras, cuya suerte ha ido mejorando, día á día, en virtud del ahorro.

Juan suspiró, pensando que en México no existe muy generalizado el hábito de la economía, no sólo entre los grupos trabajadores, jornaleros y operarios, que á veces no tienen un salario suficiente para economizar una porción de él, pero ni aun entre las clases más acomodadas, las cuales suelen gastar íntegramente el total de sus ingresos.

Todos estos establecimientos, todas estas *Cajas*, todos estos *Bancos*, se encontraban instalados en espaciosos y elegantes edificios, que nuestro joven contemplaba con miradas de asombro. Entre otros palacios, los que más llamaron su atención fueron los de las *Sociedades de Seguros*. La costumbre de asegurarse contra cualquiera desgracia futura (una enfermedad, un accidente que impida al trabajador consagrarse á sus habituales tareas, la muerte misma) está muy arraigada en el pueblo inglés.

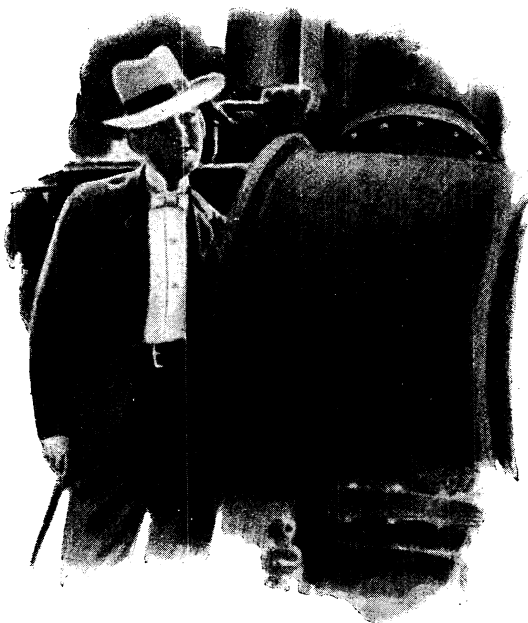
El *seguro* constituye, por lo demás, un verdadero ahorro. Merced á él, un hombre que en ocasiones no cuenta con la fuerza de voluntad necesaria para separar constantemente una porción de lo que gana, con objeto de dejar alguna suma de dinero á su familia, después de su muerte, ó que, aun teniendo esa fuerza, no le alcanza la vida para reunir un capital, más ó menos crecido, según sus recursos,

puede alcanzar el resultado que se propone, entregando periódicamente á una compañía de seguros una pequeña cantidad, y la compañía se encargará, al fallecimiento del interesado, de entregar á sus herederos una suma tanto más considerable cuanto mayores hayan sido las *anualidades*, es decir, las *cantidades* que año por año se depositaron en su caja.

Este es el que se llama *seguro de vida*, y con mucha frecuencia oímos decir que tal *compañía de seguros* pagó tantos cientos ó miles de pesos á la familia de alguna persona muerta, con lo que se atiende á la vida de esa familia, que sin esa *previsión* del jefe de ella, habría quedado tal vez en la miseria.

Pero no es esta la única forma en que se ejerce el seguro, sino que hay muchas y muy variadas que se ofrecen contra la multitud de peligros que amenazan constantemente al hombre y á los bienes que le pertenecen. Así, por ejemplo, un propietario asegura su casa contra *incendios*; en ese evento, la compañía está obligada á pagar á dicho propietario el valor de la finca, cuando las llamas la destruyen. Hay también *seguros marítimos*, que consisten en asegurar el valor de las embarcaciones; seguros sobre mercancías, sobre cosechas, y otros muchos. En todos estos casos, las *compañías aseguradoras*, se obligan á entregar á las personas que *aseguran* estos *bienes*, el valor de ellos, si son destruidos por alguno de los

riesgos que corren; como, por ejemplo, un naufragio, si se trata de un buque; una sequía, si es de una cosecha, etc., etc.



Visitó, pues, muchas fábricas y talleres ...

No se contentó Juan con admirar los grandes establecimientos con que Londres cuenta: bancos, cajas de ahorro, almacenes y cajas de comercio, sino que quiso conocer otros que ponen de relieve el adelanto de las industrias modernas. Visitó, pues, muchas fábricas y talleres, en donde un gran número de obreros se consagraba atentamente y con

gran cuidado á multitud de tareas distintas. Llamóle la atención, al par que el *orden* y la *disciplina* que reinaban en estos centros de trabajo, la habilidad de los operarios, la decencia de sus trajes y la verdadera alegría con que desempeñaban sus labores.

Muchas cosas pudo indagar acerca de la situación de estos obreros. Supo, entre otras, que ganan un salario suficiente para satisfacer todas sus necesidades; que viven, algunos de ellos, en viviendas cómodas é higiénicas y que aun llegan á hacer algunas economías que depositan religiosamente en las Cajas de Ahorro que el joven mexicano había conocido en días anteriores.

Supo más todavía: que estos obreros forman parte de *sociedades mutualistas*, agrupaciones que tienen por objeto socorrer á cada uno de los socios, en caso de una enfermedad ó de una desgracia. En efecto, mediante una pequeña *cuota*, que el socio obrero entrega mensualmente á la sociedad á que pertenece, tiene derecho de que se le mantenga cuando se halla en cama ó no encuentra trabajo, y aun muchas veces, si llega á morir, que la compañía señale una pensión á su familia.

Juan recordó que en México existen también *sociedades mutualistas*, por más que no hayan alcanzado, hasta ahora, todo el desarrollo de que son susceptibles.

No fueron las *sociedades mutualistas* las únicas agrupaciones de obreros y gente trabajadora (re-

unida con objeto de satisfacer, al precio de menores sacrificios, el mayor número de necesidades), que conoció nuestro joven; también le fué dado observar de cerca las sociedades *cooperativas*, tan numerosas, no sólo en Londres, sino en todo el resto de la Gran Bretaña. Dichas sociedades están fundadas en la *unión*, en el *apoyo común*, en la *cooperación*, de los individuos que se reúnen, con objeto de obtener un beneficio general á todos, que redundo, como es natural, en provecho de cada uno.

Así, por ejemplo, un grupo de trabajadores se reúne con el fin de obtener directamente de los industriales los productos que éstos elaboran y que ponen á la venta á un precio mucho más reducido que los comerciantes. A veces, también, otro grupo de individuos solicita dinero de un establecimiento de crédito, destinado á una empresa que resulta en provecho de todos. En estos y otros muchos casos que pudiéramos citar, ninguno de los miembros de las sociedades cooperativas posee, aisladamente, recursos con que poder satisfacer, ya una compra de productos, al por mayor, ya una deuda de cierta importancia; pero *unidos* todos ellos, haciéndose *solidarios*, es decir, *responsables*, en conjunto, y cada uno de por sí, de dicha compra ó de dicha deuda, encontrarán fácilmente un fabricante que les entregue mercancías ó un banco que les anticipe fondos.

Entre las *sociedades cooperativas* que mayor fama han alcanzado en la historia de los esfuerzos huma-

nos unidos, merece especial mención la de los obreros de Rochdale (Inglaterra). Robinson adquirió algunos pormenores acerca de esta institución, que le mostró el grado de progreso que alcanzan los hombres cuando se agrupan con un pensamiento y un interés comunes.

El año de 1844, algunos operarios de Rochdale se reunieron con el propósito de juntar sus ahorros en un fondo común y hacer algunas compras al por mayor de los artículos más indispensables para satisfacer sus necesidades. Con el importe de una cuota semanal que entregaba cada uno de los socios, lograron establecer una pequeña tienda, en la que cada asociado podía adquirir esos productos á un valor mucho más reducido del asignado por los comerciantes.

La sociedad progresó notablemente; pudo, más tarde, establecer un almacén de ropas, después un molino de trigo, y al cabo de algunos años disponía de un capital de más de medio millón de pesos, y el número de socios, que al principio fué el de 28, pasaba de seis mil.

La sociedad cooperativa de Rochdale, no sólo cuenta en la actualidad con establecimientos comerciales y fábricas, sino con un casino y una biblioteca con destino á los miembros de esta simpática agrupación, que es uno de los ejemplos más interesantes de los resultados obtenidos por la previsión y la perseverancia de los hombres, cuando *cooperan*,

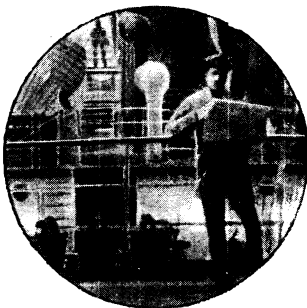
es decir, cuando mutuamente se *ayudan* en sus aspiraciones y necesidades.

Robinsón hubiera podido creer que en Londres los grupos trabajadores se encontraban en una situación muy bonancible y que satisfacían todas sus exigencias, si no hubiese visitado los barrios bajos de la gran capital. ¡Qué inmenso número de mendigos encontró en ellos! ¡Con cuánta miseria tropezó en las calles tristes y solitarias! Turbas de hombres, mujeres y chiquillos cubiertos de andrajos, flacos y sucios, lo asaltaban, pidiéndole una limosna, y tuvo que repartir algunos puñados de monedas para verse libre de los pordioseros que le interceptaban el paso.

Para remediar estas desgracias, los gobiernos de las sociedades civilizadas modernas han organizado un servicio llamado de *beneficencia pública*, que consiste en sostener *asilos* para *pobres*, *hospitales* para *enfermos*, y otros establecimientos destinados á mantener en ellos á esos enfermos y á esos pobres, con las cantidades pagadas por los *contribuyentes* en forma de *impuesto*. De este modo las sociedades son las que satisfacen los gastos de las personas que, por su edad, sus enfermedades ó su falta de trabajo, no pueden atender á sus necesidades. A esos establecimientos de beneficencia al cuidado de los Gobiernos, hay que añadir los fundados por la *caridad* de los particulares, y que contribuyen á remediar la multitud de desgracias que se registra siempre en una sociedad, por rica que sea.

Después de dos ó tres semanas empleadas en estudiar pormenorizadamente á Londres, nuestro protagonista decidió emprender el regreso á su patria, en compañía de Domingo, que ni por un momento se había separado de su lado. Todavía lo retuvo unos días un deber que Robinsón se había propuesto cumplir: la devolución del cofrecillo que contenía el tesoro que encontró en el buque náufrago á los parientes ó herederos del dueño de aquel capital, que conservaba en su poder como un depósito sagrado. Sin embargo, todos los esfuerzos del joven resultaron inútiles, pues á pesar de sus investigaciones, no pudo llegar á saber cuál era aquel buque, la gente que lo tripulaba ni, por lo tanto, las personas que tenían derecho á la cuantiosa fortuna contenida en el cofrecillo cuidadosamente guardado por nuestro compatriota.

Por último, Juan decidió realizar la travesía, cada vez más ansioso de encontrarse de nuevo en su querido México, del que por tanto tiempo había estado ausente y cuyo recuerdo, á través de tantos trabajos y sinsabores, no se había apartado jamás de su espíritu.



Por último, Juan decidió realizar la travesía...

CAPÍTULO XXX

SUMARIO. — El progreso económico de México. — En qué consiste la riqueza de los pueblos. — Conclusión.

Seis años habían transcurrido desde que Robinsón faltaba de México. En esos seis años, se habían realizado en su patria grandes hechos que marcaban el *progreso económico* de la República.

En primer lugar, durante el citado espacio de tiempo se habían construido muchos ferrocarriles, destinados á transportar mercancías de una comarca á otra del país. De esta suerte, los productos de un lugar, que, en otras épocas, no tenían *compradores*, habían encontrado caminos para llegar á numerosos *mercados de consumo*, en los que, antaño, se carecía de muchos artículos necesarios para la vida.

Estos ferrocarriles sirven, no solamente para acarrear productos en el interior del país, sino también para conducir á los puertos los que aquí no se consumen; siendo de allí embarcados con dirección al extranjero.

Para facilitar el embarque de esos productos, se habían hecho grandes mejoras en los puertos, obras que facilitaban extraordinariamente la carga y la descarga de las embarcaciones, que cada día en número más crecido anclaban en dichos puertos.

Así, el *comercio* de México con los demás países del mundo, se había activado considerablemente. Las *exportaciones* representaban cada día valor más grande, aumentando de este modo las *ganancias* de los *productores* de esos artículos y las de los *comerciantes* que los remitían para su venta á los mercados extranjeros. Por otra parte, las *importaciones* crecían de igual modo, buena prueba de que el país se había hecho más *rico*, riqueza que le permitía *comprar* cada vez mayores cantidades de productos consagrados á satisfacer las necesidades de sus habitantes.

Todos los ramos de *producción nacional* se habían desarrollado considerablemente. Se producía mayor volumen de plata, oro y cobre, y de productos agrícolas é industriales. La *minería*, la *agricultura* y la *industria* trabajaban, pues, con más actividad.

Además, se había introducido gran cantidad de *capital extranjero*, que acudía á la República con objeto de obtener buenas ganancias en la diversidad de *explotaciones* ó negocios mexicanos. Este aumento de *empresas* que se dejaba sentir en la República, había determinado una activa *demanda de trabajo*. Todos los hombres laboriosos encontraban ocupación y sus *salarios* eran cada día más elevados.

En muchas partes del país se habían fundado *bancos*, destinados á facilitar dinero á los hombres laboriosos, que, careciendo de capital ofrecían, sin embargo, la *garantía* de su trabajo. El país gozaba de gran crédito en el extranjero, porque se había esforzado en pagar puntualmente los *intereses* de la deuda que había contraído en otras naciones, con objeto de realizar grandes *obras materiales*, destinadas á facilitar la *producción*, la *circulación* y el *consumo*.

Tal fué el espectáculo que se ofreció á las miradas de nuestro compatriota, en extremo satisfecho de aquel estado de cosas, que le demostraba el *bienestar* de su patria.



... se hizo cargo de los bienes ...

Entonces comprendió Juan que la riqueza de las naciones consiste en el desarrollo de todos los elementos de *producción*, en la completa *distribución* de los productos, en el aumento del *trabajo*, y en la multiplicación de los capitales.

No tardó en llegar á Mazatlán, que se había convertido en un punto de gran movimiento, é inútil es decir la alegría con que fué recibido por todos sus amigos y compatriotas, que no esperaban volverlo á ver.



...contrajo matrimonio con una bella y virtuosa señorita...

Como su tutor había ya muerto, se hizo cargo de los bienes que le legaron sus padres, consagrándose

á administrarlos por su propia cuenta, en unión de su fiel Domingo, á quien nombró administrador de sus haciendas.

Muy pronto contrajo matrimonio con una bella y virtuosa señorita y tuvo varios hijos, á quienes educó en el amor al trabajo, inculcándoles el principio de que la perseverancia y la energía constituyen la base de la prosperidad y de la dicha del hombre.



ÍNDICE

PRODUCCIÓN DE LA RIQUEZA

| | Pág. |
|---|------|
| CAPÍTULO I | 7 |
| CAP. II. — <i>Sumario</i> : Necesidades; necesidades corporales y del espíritu. — Ventajas de la vida social; la cooperación. — Objeto de la vida en sociedad: bienestar de cada uno y de todos los hombres asociados. — Utilidad: por qué se llaman objetos útiles. — Riqueza y pobreza. Lo que constituye una y otra. — Riquezas naturales y riquezas económicas. Dones gratuitos. — Producción: su objeto. | 14 |
| CAP. III. — <i>Sumario</i> : El primer factor de la producción: la tierra. — Elementos y fuerzas naturales. Lo que produce la tierra: producción vegetal y producción mineral. — El suelo y el subsuelo. — Cómo el hombre utiliza la producción de la tierra. — Las materias primas y su transformación. — Otros elementos naturales favorables á la producción de la tierra: las lluvias; las corrientes de agua; el clima | 23 |
| CAP. IV. — <i>Sumario</i> : La tierra, primer factor de la producción (continúa). — La configuración geográfica y sus consecuencias para la riqueza de las naciones. — Vías de comunicación (fluviales y terrestres). — Ventajas de las comarcas situadas á orillas del mar. — Poder del hombre sobre la naturaleza. — El trabajo de la humanidad en el transcurso del tiempo. — Utilidad de los animales domésticos. — El hombre es reemplazado por la bestia y la bestia por la máquina | 34 |

CAP. V. — *Sumario*: El trabajo, segundo factor de la producción. — Cómo el trabajo aprovecha y modifica á la naturaleza: — Objeto del trabajo: la producción de riquezas. — La riqueza ó pobreza de una sociedad ó de un pueblo dependen del número de individuos que trabajan. — El trabajo físico y el trabajo intelectual. — Elementos del trabajo: la voluntad, la inteligencia y las fuerzas físicas. — De qué modo interviene cada uno de estos elementos 42

CAP. VI. — *Sumario*: El trabajo, segundo factor de la producción (continúa). — El trabajo aislado y el trabajo en común. — Unión de los esfuerzos humanos. — División del trabajo. — Ventajas de la división del trabajo. — División territorial del trabajo. — Sus consecuencias. — La acción del trabajo sobre la naturaleza y la acción de la naturaleza sobre el trabajo. 52

CAP. VII. — *Sumario*: El capital, tercer factor de la producción. — Primera forma del capital: provisiones y herramientas. — Capitales materiales y capitales inmateriales. — Todo capital procede del trabajo. — Formación del capital. — El sacrificio presente y el bienestar futuro. — El capital y la riqueza de los pueblos 62

CAP. VIII. — *Sumario*: El capital, tercer factor de la producción (continúa). — Inventario de capitales en una nación. — Capitales de consumo y capitales de producción. — Capitales fijos y capitales circulantes. — Las herramientas y las máquinas. — Errores contra las máquinas. — Persecución de sus inventores. — Ventajas de las máquinas. 70

CAP. IX. — *Sumario*: Historia económica de la Humanidad. — Cómo se han ido presentando las industrias. — Los períodos industriales según la marcha de la especie humana. — Qué es una industria. — Clasificación de las industrias. — La vida es una lucha y el trabajo sólo es una forma de esta lucha emprendida por el hombre, para alcanzar, mediante su industria y á costa del menor esfuerzo, el mayor número de las satisfacciones que reclaman sus necesidades. 79

REPARTICIÓN DE LA RIQUEZA

| | Pág. |
|--|------|
| CAPÍTULO X | 90 |
| CAP. XI. — <i>Sumario</i> : La propiedad. — Cómo y cuándo ha nacido la propiedad. — La ocupación, primer elemento de la propiedad. — Bienes muebles y bienes inmuebles. — Propiedad colectiva y propiedad individual. — El trabajo, segundo elemento de la propiedad. — Cómo se traspasa la propiedad: la venta, la dádiva, la herencia. — En los pueblos civilizados la propiedad está reconocida por las leyes. — Ataques á la propiedad: el robo. — Las tribus primitivas de la Humanidad vivían del trabajo ajeno; las naciones civilizadas modernas viven del producto de su propio trabajo | 98 |
| CAP. XII. — <i>Sumario</i> : La libertad y la esclavitud. — Cómo nació la esclavitud. — Los esclavos de los primitivos pueblos. — Cómo los esclavos se convirtieron en siervos. — Las corporaciones y las cofradías. — Obstáculos á la libertad del trabajo. — Sin libertad no existe la propiedad. — La venta de esclavos. — Abolición de la esclavitud | 105 |
| CAP. XIII. — <i>Sumario</i> : Repartición de la riqueza. — Parte que corresponde á la tierra en el reparto de la producción. — El propietario rural. — Arrendamiento de la tierra. — El arrendador y el arrendatario. — La renta. — Gastos de explotación de la tierra. — El cultivo extensivo y el cultivo intensivo. — La grande y la pequeña propiedad. — Cómo ha desarrollado el hombre la productividad de la tierra | 112 |
| CAP. XIV. — <i>Sumario</i> : Parte del trabajador en el reparto de la producción: el salario. — El salario está destinado á satisfacer las necesidades del trabajador. — Estas necesidades aumentan con el grado de civilización del asalariado. — Relación entre la riqueza de una sociedad y los jornales que se pagan á los trabajadores. — Jornales altos y jornales bajos. — Por qué se elevan y bajan los jornales. — Salario nominal y salario real | 121 |
| CAP. XV. — <i>Sumario</i> : Parte que corresponde al capital en la repartición de la riqueza. — Servicios prestados por el capital á la obra de la producción. — Interés del capital. | |

| | <u>Pág.</u> |
|---|-------------|
| — Por qué aumenta y se reduce el interés del capital. — Necesidad de capitales en los países nuevos. — Seguridades y garantías que reclama el capital. — La usura. — Casas de empeño. | 128 |
| CAP. XVI. — <i>Sumario</i> : Parte del empresario en la repartición de la riqueza. — Funciones del empresario; sus cualidades. — La dirección del trabajo. — Utilidad, beneficio ó ganancia. — Los servicios prestados por el empresario son, en ciertos casos, superiores á los prestados por el propietario y el capitalista. — Los beneficios excepcionales de ciertos empresarios significan un beneficio más considerable para la humanidad | 136 |
| CAP. XVII. — <i>Sumario</i> : Las huelgas. — Causas de las huelgas: el aumento del jornal y la reducción del trabajo. — Daños que traen consigo las huelgas. — El socialismo y la cuestión social. — Por qué no tienen razón los socialistas. — Monopolios y acaparamientos. — Los « <i>trusts</i> ». — Los monopolios son una expoliación del capital sobre el trabajo | 143 |
| CAP. XVIII. — <i>Sumario</i> : Parte del Estado en la repartición de la riqueza. — Derecho que asiste á las autoridades para exigir una porción de los productos. — El Estado y los asociados. — Servicios prestados por el Estado. — Tributos, impuestos, contribuciones. — El impuesto debe ser relacionado con la riqueza y bienestar de los contribuyentes. — Obligación del Estado y obligación del contribuyente. — El impuesto directo y el impuesto indirecto | 150 |
| CAP. XIX. — <i>Sumario</i> : La parte del Estado en la repartición de la riqueza. — Administración de los caudales públicos. — Empleo de las rentas públicas. — Presupuesto de ingresos y presupuesto de egresos. — Presupuestos equilibrados, con déficit y con superavit. — Deudas y empréstitos | 158 |

CIRCULACIÓN DE LA RIQUEZA

| | |
|---|-----|
| CAPÍTULO XX | 165 |
| CAP. XXI. — <i>Sumario</i> : El valor. — Lo que es indispensable para que valga una cosa — El valor de un objeto varía según las necesidades y las circunstancias de cada | |

hombre. — La utilidad, primer elemento del valor. — El valor de un producto está determinado por la oferta y la demanda de ese producto. — La competencia. — Cuál es el límite del valor de un producto. — El costo de producción. — Cambio de productos 170

CAP. XXII. — *Sumario*: Comercio. — Cómo se cambian los productos. — El trueque. — El comercio entre los pueblos primitivos. — Mercados de producción y mercados de consumo. — Las caravanas de comerciantes. — Medios de transporte: animales, carros y ferrocarriles. — Beneficios de los ferrocarriles 178

CAP. XXIII. — *Sumario*: Comercio (continúa). — Transportes marítimos. — Las naciones conquistadoras y las comarcas conquistadas. — Metrópoli y Colonia. — Sistema colonial. — Desarrollo del comercio por la civilización. — Comercio exterior. — Exportaciones é importaciones. 186

CAP. XXIV. — *Sumario*: La moneda. — El trueque ó permuta. — Los productos se cambian por productos en los primeros tiempos de la Humanidad. — La mercancía-moneda. — El patrón monetario. — Inconvenientes de las primeras mercancías usadas como moneda. — La moneda metálica. — Cómo ha subsistuido el dinero á las mercancías en el cambio de los productos. — Ventajas de la moneda metálica. — El peso y la ley. — Los falsificadores de moneda. — En qué consiste el fraude. — La moneda está sujeta á la oferta y á la demanda. — La depreciación de la moneda de plata. — Los metales preciosos no son las únicas riquezas. — Esos metales y las monedas que con ellos se fabrican valen solamente porque pueden cambiarse por los demás productos que sirven para satisfacer necesidades 193

CAP. XXV. — *Sumario*: El crédito. — Qué es el crédito. — La confianza, base del crédito. — La prenda ó garantía. — La hipoteca. — El recibo y el pagaré. — Historia de los Bancos. — Las letras de cambio. — La circulación de los documentos de crédito. — Qué es un billete de Banco. — Servicios prestados por los documentos de crédito en el cambio de la riqueza pública. 203

CAP. XXVI. — *Sumario*: Qué se entiende por consumo. — La población. — Desigualdad en la distribución de los habitantes del mundo. — El hombre como elemento de la producción de la riqueza. — Aumento de población: causas y dificultades de este aumento. — El desarrollo de la po-

| | Pág. |
|--|------|
| blación y el de las subsistencias.—El pauperismo.—Emigración é inmigración. — Colonos. | 215 |

CONSUMO DE LA RIQUEZA

| | |
|--|-----|
| CAPÍTULO XXVII. — <i>Sumario</i> : El ahorro. — Lo que lo constituye. — Los hombres económicos y los pródigos. — Ventajas y objeto del ahorro. — El lujo. — Cuándo aparece en las sociedades. — Las satisfacciones del cuerpo y las del espíritu | 224 |
| CAP. XXVIII. | 232 |
| CAP. XXIX. — <i>Sumario</i> : Las cajas de Ahorro. — Beneficios que prestan á las clases trabajadoras. — Sociedades de seguros. — El seguro sobre la vida, sobre incendios y marítimos, etc., etc. — Sociedades mutualistas y sociedades cooperativas. — La Beneficencia pública: asilos y hospitales. | 242 |
| CAP. XXX. — <i>Sumario</i> : El progreso económico de México. — En qué consiste la riqueza de los pueblos. — Conclusión | 254 |

BIBLIOTECA BALLESCÁ

Cantos Escolares.— Colección de preciosas melodías. Adaptación del francés, destinada á las Escuelas elementales de México, por AMADO NERVO.—Esta obrita, de que carecían hasta hoy las escuelas de la República, viene á llenar un vacío en la educación. También es un bonito libro propio para premios. Edición muy elegante, con preciosas ilustraciones alusivas á cada canto; música y texto apropiados á la patria mexicana. Forma en junto un libro verdaderamente artístico.—En tomito cartón fino, cubierta alegórica en cromolitografía \$ 0.65.

Elementos de Literatura Preceptiva, por el DR. D. RAFAEL GARZA CANTÚ.—De texto en importantes planteles de la República.—3.^a edición, corregida y aumentada. Un magnífico tomo, de 326 páginas, encuadernado en pasta \$ 2.50.

Estudios de Caligrafía, ideados y grabados por el profesor JUAN VILAS.—Además de una hermosa portada y elegante dedicatoria, se compone de: Trazos y rasguños de carácter inglés para que se haga pulso, aumentando hasta la letra corrida.—Carácter español, cuyas páginas son hermosecadas con variadas viñetas.—Italiano, Cancilleresco, Alemán, Ideal, Midolina, Redondo con ricas viñetas, Gótico bastardo y Gótico francés ó inglés.—Letras de adorno, etc.—Un tomo en papel bristol superior, cubierta cartulina \$ 1.00.

Nuevo Método Caligráfico, por JUAN VILAS, calígrafo y grabador litógrafo.—Contiene: Principios de carácter español.—Ejercicios y minúsculas, nombres y dictado de carácter inglés.—Trazos, minúsculas, mayúsculas y nombres de redondo.—Gótica, inglesa y alemana. Forma un elegante álbum primorosamente ejecutado y combinado de manera fácil para ejercitarse sin maestro.—2.^a edición. Un cuaderno de 20 páginas, buen papel y bonita cubierta \$ 0.50.